

061500002518

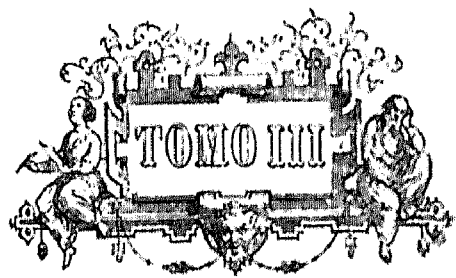
# MORELLA

Y

## SUS ALDEAS.

Corografía, Estadística, Historia, Tradiciones, Costumbres,  
Industria, Varones Ilustres etc. de esta antigua población  
y de las que fueron sus aldeas.

POR  
DON JOSÉ SEGURA Y BARRIEDA.



1923

Con el permiso de la Autoridad eclesiástica.

**MORELLA.**

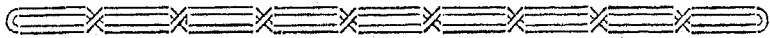
IMP. DE F. JAVIER SOTO, EDITOR, AÑO 1868.

420  
366  
1007

---

El Autor se reserva el derecho de propiedad.

---



# SECCION HISTÓRICA

## EPOCA SEGUNDA.

### CAPITULO IV.

#### RESUMEN.

Preliminares. 1—Coronacion de D. Pedro III. 2—Subyuga à los moros de Montesa. 3—Pretenciones de los nobles de Cataluña. 4—Guerra de Sicilia. 5—Desafío. 6—Continuacion de las hostilidades en Sicilia. 7—Privilegio de la UNION. 8— Entra en España el ejército francés, y sitio de Gerona. 9—Muerte de D. Pedro. 10—Alfonso III, sus hechos, su muerte.

**C**ontinuaremos nuestra tarea recordando la serie de hechos, cuya memoria ha podido llegar hasta nosotros, ora en las historias que vieron la luz pública, ora en los documentos inéditos que hemos podido conseguir á fuerza de sacrificios. Con ménos empeño quizá hubiéramos desmayado, por que todo conspira para cortar nuestro trabajo, y obligarnos á abandonar la empresa. Algunas páginas de nuestra obra se hallaban publicadas cuando estalló la revolucion, y sabido es, que cuando el trueno resuena y

los rayos cruzan los espacios, la tempestad que amenaza llama nuestra atención, nos distraen los hechos palpitantes, y difícil es encontrar aquella calma que necesitamos para retroceder los siglos y estudiar los hechos que pasaron ya. Pero haremos un esfuerzo, procuraremos ensordecernos al ruido de la revolución, y nos servirá de soláz pensar en lo que fuimos para no sentir lo que somos ahora.

Esto decimos después de haber alentado algunos días, vacilantes entre el deseo de continuar nuestras tareas, para cumplir con un compromiso, y los obstáculos que encontrábamos en nuestra continuación. Esto decíamos, y de nuevo tomamos la pluma, con ánimo resuelto de aprovechar los momentos tranquilos; y si al zumbido de los vientos que reinan siguiera el huracán, que amenaza conmover nuestra morada tranquila, engolfados en el estudio de los tiempos pasados, diríamos: dejadnos, que no somos de hoy. Continuemos pues la narración de los hechos.

1. D. Jaime I había bajado al sepulcro, después de una vida agitada y en continua lucha, dejando una parte del reino de Valencia alarmada por la rebelión de los moros, que encastillados en Montesa y recibiendo cada día refuerzos de Granada y del Africa, amenazaban reconquistar el terreno perdido. Su hijo D. Pedro, heredero de los tres reinos unidos, era valiente y pruebas había dado de su prudencia y talento en el mando, y conoció, que si bien convenia apagar el fuego de la rebelión, debía respirar algún tiempo para prepararse á la ceremonia de su coronación, y poder atraerse la eficaz

cooperacion de los señores del reino, para lanzar á los huéspedes molestos que turbarian la paz mientras pisaran sus estados. Otorgó á los moros rebeldes tres meses de tregua, firmando el tratado con los caudillos, pero disponiendo al mismo tiempo, que se reedificaran los castillos ruinosos del reino, abasteciéndolos, para el caso de una reaccion musulmica. Entre tanto pasó á Valencia á celebrar los funerales de su padre, desplegando toda la pompa y magnificencia, que correspondia á un rey como el conquistador.

No dudaba D. Pedro, de que los grandes le reconocieran como rey, pero no quiso se le diera otro nombre que el de *infante* hasta que fuera coronado con solemnidad. Con este objeto convocó córtes desde Valencia, llamando á los prohombres y procuradores de las villas, y pasó con su mujer D.<sup>a</sup> Constanca á recibir la corona y el cetro, que le pertenecian como heredero.

La ceremonia de la coronacion tuvo lugar en Zaragoza el 16 de Noviembre de 1276, recibiendo el óleo santo y la corona de mano del arzobispo de Tarragona D. Bernardo Olivella, pero con la protesta de no recibirla en nombre de la Iglesia, ni contra ella. En seguida fué reconocido infante sucesor su hijo D. Alfonso, prestando los grandes y síndicos de las villas el homenaje de fidelidad: acabada la fiesta de la coronacion, se vino á Valencia en donde le llamaban con urgencia los asuntos de la guerra con los moros.

2. El número de mahometanos reunidos en Montesa y los pueblos cercanos ascendian á treinta mil, y osados

desafiaban el poder del rey de Aragon. Este hizo un llamamiento general á los tres reinos; entre tanto acudian y mientras reunia pertrechos de guerra, dispuso, que los tercios de Morella, Culla, San Mateo, Onda, Castellon y los otros pueblos del reino, que habian permanecido fieles, se agregaran á sus tropas y sin reparar en la superioridad del número, marchan á talar los campos de los moros. Hacinados los mahometanos con sus familias en Montesa, esperaban á las tropas del rey, confiados en poderlas derrotar en el primer encuentro; pero D. Pedro, que habia dado muestras de su pericia en la guerra, no desmayó y confiado en la diciplina y bravura de los tercios que tenia á su disposicion, ocupó los puntos estratégicos hostalizando al enemigo con vario resultado. Cuando le pareció que tenia fuerzas bastantes para estrechar el cerco dió orden de atacar una muela, en donde se habian pertrechado los moros. El tercio morellano y el de Culla estaban capitaneados por el valiente jóven D. Arnal Rocafort, morellano, que en estos dias dió pruebas de su valor, que el rey recompensó poco despues. Dificil era penetrar en el rellano de la muela, defendida por los moros, cuya bravura rayaba en desesperacion. Pero era preciso desalojarles de aquella posicion ventajosa, siquiera á riesgo de perder algunos soldados. Mandó el rey asaltar la muela, y trepando los tercios por una pendiente cubierta de malezas, se dirigieron á la cumbre en donde los mahometanos con sus familias se habian fortificado, rodeando aquella rústica ciudadela de grandes pedruscos sueltos, y formando de sus escudos una muralla de acero. Los almogavares, aquellos rústicos hijos de las sel-

vas, ennegrecidos por los rayos del sol, avanzaron en la pendiente, seguian las demás tropas saltando sobre los cadáveres, aplastados por las grandes moles que arrojaban desde la cumbre. Pero ni los peligros, ni los ayes de los moribundos pudieron detener á los cristianos, que llegaron á la meseta, obligaron á los moros á replegarse en el centro, y atacados por las tropas del rey se entregaron los que no pudieron escapar para encerrarse en Montesa. La victoria fué completa, solo faltaba despues de tomada la muela arrojarlos de la poblacion, y D. Pedro no se durmió. Mandó asaltar las tapias de Montesa, y en las calles comenzó una lucha tan encarnizada, que los cadáveres de los dos bandos se amontonaban. Por fin desmayaron los moros y se entregaron implorando el perdón. Los demás pueblos, que habian secundado el movimiento, tuvieron por conveniente el entregarse á D. Pedro: asi acabó la rebelion de los moros de Montesa, en donde nuestros tercios al mando de D. Arnal Rocafort tuvieron una parte en el triunfo.

3. Pero apenas pudieron descansar nuestros soldados, porque el rey, antes de emprender otros proyectos que ocupaban su pensamiento, tuvo que sofocar otra rebelion, no de moros, sino de sus mismos vasallos. Hemos dicho, que D. Pedro se coronó en Zaragoza, y que se pasó á Valencia para combatir á los rebeldes de Montesa, antes que se engrosaran aquellas masas con los mahometanos que llegaban todos los dias de Granada, y esto que parecia un desprecio á los catalanes, que le esperaban para que jurase sus usajes, sirvió de pretexto á los orgullo-

sos condes de Fox, Pallás y Urgel para declararse contra el monarca levantando sus tropas y arrastrando en la rebelion á otros pueblos. Las tropelías y desmanes de los sublevados levantaron el grito de los pueblos fieles al rey, y D. Pedro corrió á castigar á los perturbadores, llamando otra vez á nuestros tercios. Los descontentos se fortificaron en Balaguer, resueltos á defenderse hasta el último trance y allí llevó sus tropas el rey con ánimo tambien de castigar la osadía de los condes y barones, que habian tomado las armas contra su rey. Hechos de valor se vieron en los dos ejércitos, sangre se derramó de uno y otro bando, cuando todos unidos debieran combatir al comun enemigo que ocupaba el reino de Granada, pero los rebeldes tuvieron la prudencia de entregarse al rey antes que las victimas se multiplicaran sin provecho alguno para la nacion. Los caudillos se enviaron presos á Lérida ó alguno á Siurana, y Cataluña quedó tranquila: nuestros tercios volvieron al seno de sus familias á descansar de la fatiga.

Faltábale á D. Pedro arreglar algunas diferencias. Como Jaime I habia dejado en testamento, á D. Pedro los reinos de Aragon, Valencia y principado de Cataluña y á D. Jaime el reino de Mallorca y condados de Rosellon y Montpeller, el primero pretendía, que D. Jaime solo debia tener aquellos estados en feudo, debiendo reconocer al rey de Aragon como señor. Duro era para el mallorquin que se consideraba como rey independiente, pero el poder de su hermano y su carácter inflexible le obligaron á ceder á la demanda bien contra su voluntad y aguardando ocasion para reclamar sus derechos.



4 Hasta aquí el Rey D. Pedro III se había coronado de gloria sin salir de sus estados, le veremos luego llamar la atención de la Europa y llevar sus armas triunfantes á otros reinos; para esto daremos una idea de los derechos que le asistían, y peripecias que precedieron á la conquista de Sicilia. Para no ser pesados lo reduciremos á pocas líneas.

D. Pedro se hallaba casado con D.<sup>a</sup> Constancia, hija de Manfredo, rey de Sicilia, pero este reino, años había, sufría una guerra encarnizada con los franceses. Carlos de Anjou, hermano de Luis IX rey de Francia, había invadido el territorio de la isla, y aunque Manfredo procuró defender sus estados, tuvo que ceder ante la fuerza de los franceses, que le despojaron de la púrpura, pereciendo en la batalla de Benevento. Carlos de Anjou se coronó rey de Sicilia, y abusó de tal manera de la victoria, que todos los atropellos, violencias y tiranías le parecían poco para humillar al pueblo vencido. Sombrío y hasta horrible pintan los historiadores el cuadro del reinado de Carlos. Por más, que rebajemos las acusaciones siempre nos quedará un tirano, que sin compasión descargaba su cetro de hierro sobre los sicilianos. El pueblo oprimido buscaba quien se encargase de vengarle, pero solo quedaba Conradino, hijo de Conrado, niño de 15 años. A la sombra de este jóven príncipe se agrupan los condes y poderosos, y Enrique, hermano de Alfonso de Castilla ofrece su espada y algunos soldados españoles para arrancar el cetro de las manos de Carlos de Anjou. Los castellanos se portaron como valientes; Carlos comenzaba á temer, pero la batalla de Tagliazzo fué favorable al fran-

cés y los coaligados, ó buscaron la salvacion en la fuga ó cayeron en manos del iracundo vencedor.

Las tropelías y bárbaras crueldades de los franceses exacerbaban los ánimos de los sicilianos, que tascaban el freno, pero esperaban un momento oportuno para escupirlo en la frente de Carlos de Anjou, vengando las injurias y arrojando de su patria á los despotas y tiranos que les tenian aherrojados con sus cadenas de hierro. Un acontecimiento, al parecer insignificante, fué la chispa eléctrica que encendió el fuego y dió esplosion á la mina preparada por un pueblo, que deseaba recobrar su libertad. Costumbre piadosa era en los habitantes de Palermo asistir á las vísperas que se cantaban en sus templos en los dias de solemnidad. En el segundo de Pentecostés del año 1282 delante la puerta del templo se habian formado unos grupos, ya de paisanos, ya tambien de soldados franceses; sino inspiraban recelo, tampoco disimulaban la aversion que los palermitanos tenian á los soldados extranjeros. Acertó á pasar una jóven de bella figura, y uno de los soldados franceses desprendido del grupo se acercó á la siciliana y con poco recato, se permitió una accion, que la jóven reprobó, levantando su voz pidiendo venganza. Luego se acercaron algunos paisanos, se trabaron de palabras con los soldados, y no tardaron á venir á las manos. Un jóven arrancó la espada al atrevido soldado, que se habia permitido acercarse á la jóven de Palermo, y con ella le pasa el corazon. La lucha tomó grandes proporciones; el grito de *mueran los franceses* recorrió por toda la ciudad, y el coraje y la saña tanto tiempo reprimida, cegó á los sicilianos, que ju-

raron ó vencer ó morir. El furor les habia cegado, y no contentos con lanzarse como fieros leones sobre los soldados, entraban en las casas, y arrastraban á los que tenían siquiera una gota de sangre francesa. La matanza fuó tan general que Palermo presentaba el triste espectáculo de un campo cubierto de cadáveres. Creció la insurreccion, cundió por las demás ciudades de Sicilia y las escenas de sangre y esterminio se repitieron con un furor inaudito. Hemos querido dar cuenta de esta insurreccion popular, conocida por las *Vesperas sicilianas*, porque es célebre en las historias y porque hemos de preparar á nuestros lectores para referir algunos hechos de armas, en los que tomaron parte nuestros tercios, y en los que tan rudos ataques dieron los almogavares, una gran parte rústicos pastores de nuestras montañas.

Arriesgado habia sido el primer paso de los sicilianos para romper el yugo de la opresion francesa, porque su territorio era reducido y Carlos de Anjou podia disponer de los batallones franceses, y de muchas tropas italianas. Su primer esfuerzo habia sido heróico, pero debia temer la venganza de su enemigo poderoso, y por esto dirigieron los sicilianos sus miradas al rey de Aragon, que además de ser valiente y tener unas tropas las mejores de Europa, estaba casado con una hija de Manfredo, sacrificado en la batalla de Benavento. En tales apuros enviaron una comision á D. Pedro, ofreciendole el reino de Sicilia, si corria en auxilio de sus naturales, que todos en masa se habian levantado para sacudir el pesado yugo del frances. Esto esperaba el sagaz rey de Aragon, pero quiso disimular, para que no se le acusara de am-

bicioso, presentando mil dificultades, para que su arrojo no mereciera las censuras de la iglesia, puesto que el Papa estaba por el de Francia. Despachó la comision, si bien con harta reserva prometió ir en ayuda de los sicilianos, pero con el pretesto de pasar al Africa y castigar algunas tribus audaces, previno una armada, reclutó tropas, cuidando de formar compañías de almogavares, aquellos fieros serranos que siempre habian sido el terror de los enemigos de Aragon. No se descuidó de pedir al Papa las gracias espirituales que otras veces se habian concedido á los que guerreaban contra el moro pero receloso el Sumo Pontífice, se hizo sordo á la súplica.

Salió la respetable armada de los Alfaques de la Rápita = *Port-Fangós* = y al llegar cerca de Bugía, saltó la tropa en tierra, sorprendiendo á los africanos que se retiraron á los montes. Los almogavares penetraron por los bosques y matorrales de Constantina, llevando á sangre y fuego lo que encontraban. Pero esto era una ficcion, D. Pedro tenia sus pies en Africa y su pensamiento en Sicilia, sus deseos eran medir sus armas con las de Cárlos de Anjou y humillar al francés demasiado orgulloso y que respiraba venganza. Otra comision se le presentó en la costa de Africa que reclamaba una ayuda pronta, y el rey de Aragon, dirigió su armada á Itália, llegando á Trapáni el 30 de Agosto. Las tropas del rey de Aragon fueron saludadas por los isleños, que cercados por todas partes, temian ser víctimas de la venganza. La ciudad de Mesina era la que se hallaba en los mayores apuros, y D. Pedro envió dos mil almogavares, mien-

tras él por tierra y Roger de Lauria por mar se acercaran á socorrer á los mesinés. La bravura, los rústicos ataques y feroces acometidas de los almogavares desconcertaron los planes de los franceses, dispersados por un puñado de españoles, que les acuchillaban en las mismas trincheras.

Cárlos de Anjou comenzó á temer del resultado, ya no le parecia el rey de Aragon un *pobre sin recursos*, porque si un puñado de almogavares humillaba al ejército francés, reforzado con los soldados de la coalicion, ¿que sería cuando llegase D. Jaime con el grueso de las tropas; que sería cuando la escuadra española flotara sobre las aguas de Mesina? El orgullo de Cárlos se vió abatido, y el que se habia ensañado contra los sicilianos tuvo que abandonar el campo receloso de caer en manos del rey *pobre*. D. Pedro, rey de Aragon, entró en la ciudad entre las aclamaciones del pueblo entusiasmado, que recibió á su libertador aclamándole rey de Sicilia, mientras la armada española destrozaba á los franceses sobre las aguas de Nicótera. El célebre Queralt que habia apresado cuarenta y cinco galeas y ciento treinta barcos de transporte, se presentó en Mesina con su rica presa, aumentando el entusiasmo de un pueblo que no sin razon llamaba á los españoles sus libertadores.

El generoso comportamiento de D. Pedro contrastaba con la crueldad de D. Cárlos de Anjou, y esto aumentó el aprecio y las simpatías del pueblo de Sicilia. No podemos ocuparnos de los hechos de armas, tan gloriosos para nuestra patria, porque no es esto lo que nos hemos propuesto; si reseñamos los principales acontecimientos,

es porque seguimos la cadena de los siglos, y porque nuestros tercios, siempre fieles á su rey, sabian dar lustre á su corona, y los almogavares, aquellos fieros guerrilleros salidos de los bosques y de las quiebras de las montañas, tienen en todos tiempos quien imite su bravura, como si nacieran con el instinto de acometer los riesgos y peligros, seguros del triunfo.

5. Es célebre el desafio de Carlos de Anjou, y el modo como el Rey de Aragon pudo escapar de la celada que le tenia prevenida, y por esto queremos recordarlo. El orgulloso francés, al verse vencido por los soldados del de Aragon, en un arranque de orgullo retó á su rival. No era cobarde D. Pedro y aceptó el reto, si bien habian de lidiar algunos caballeros de uno y otro bando. El artificio diabólico, como dice un escritor moderno, era hijo de una cabeza no vulgar, pues no solo ocultaba el plan insidioso de apoderarse de la persona del Rey de Aragon, sino distraerle del teatro de la guerra y parar los pasos á su ejército triunfador. El lugar destinado para el combate era Burdeos, el árbitro el rey de Inglaterra, y cien caballeros de cada bando habian de decidir el triunfo. Pero el Rey de Aragon era receloso, prudente y avisado, y antes de presentarse quiso asegurarse de una emboscada. Se vino á España, eligió los caballeros que habian de acompañarle y valiéndose de un comerciante de caballerías, llamado Domingo de Lafiguera, llegó disfrazado á Burdeos, en donde pudo enterarse de las aviesas intenciones del francés. Habló con el senescal de Inglaterra y habiendo sabido que todo estaba dispuesto para prenderle, pudo lograr entrar en el palenque, dió algunas vueltas en sus arenas, hizo estender

acta y escapó dejando burlado á su rival y conservando el renombre de valiente.

6. El ejército español continuaba recogiendo laureles en Italia, y mientras Roger de Lauria dominaba los mares y apresaba las embarcaciones de guerra con intrepidez y arrojo, nuestros almogavares sembraban el pánico en las tropas coaligadas y destrozaban los restos del ejército francés. ¡Lástima que los vasallos del Rey de Aragon no correspondieran todos á los esfuerzos del monarca para levantar su corona á una altura, que era la admiracion de Europa! Pero mientras los españoles, al ménos los valencianos y catalanes, hacian prodigios de valor allá en Italia, se movia una tempestad en Aragon, tanto más temible, cuanto más necesitaba el rey del eficaz apoyo de los de su nacion. El rey D. Pedro habia manifestado particular afecto á los valencianos y catalanes, cuyas naves le proporcionaban victorias, y cuyos tercios peleaban con valor, y esto produjo algun resentimiento en los aragoneses. No les faltaron pretextos para manifestarlos. El Papa habia escomulgado á D. Pedro, por haberse apoderado de la Sicilia, los gastos de la guerra se aumentaban, y los españoles peleaban en país extranjero, y esto se ponderaba de un modo poco reservado para que el pueblo abandonase el partido del Rey. Negáronse los aragoneses á concederle el subsidio, hicieron una liga comun que llamaron *Union*, para defender sus fueros y derechos, y probaron introducir la discordia en el reino de Valencia. Algunos caballeros valencianos, como D. Gimeno de Urrea, Señor de Alcalaten, D. Fernandez de Hajar y D. Jaime de Jérica se declararon

en contra del rey, los demas pueblos manifestaron su adhesion firme, ofreciéndole dinero y soldados. Morella le envió veinte mil sueldos y sus tercios, á más de los que militaban en sus banderas de Italia, y se aprestó como plaza fronteriza para rechazar á los aragoneses, en caso de declararse abiertamente contra el monarca. La prudencia de D. Pedro calmó un tanto la agitacion de su reino, concediéndole gracias y privilegios, que si bien aceptó el pueblo aragonés, no por esto se manifestó agradecido y dispuesto á prestarle ayuda, sino que aumentó sus pretensiones con demasiada osadía, cortando así el vuelo á sus victorias y distrayéndole del teatro de la guerra. Los *unionistas*, que despues tan malos dias habian de dar al rey de Aragon, arrojaban la simiente, que produjera la discordia.

7. Hemos visto que el Papa Martino IV habia escomulgado al rey D. Pedro, ofreciendo la investidura de sus reinos á Felipe de Francia, sobrino de Carlos de Anjou, para él ó para alguno de sus hijos, y aceptada la oferta, se declaró por rey de Aragon á D. Carlos de Valois, que apenas contaba quince años. El Rey de Francia reunia aprestos de guerra, y amenazaba invadir los estados del de Aragon para dar la corona á su hijo, y D. Pedro que tantas victorias habia alcanzado en Italia, temia una invasion extranjera en sus mismos reinos. Se hallaba nuestro monarca en Albarracin, despues de haber reducido aquella plaza á su obediencia, cuando supo que Felipe de Francia se acercaba á nuestras fronteras con el ejército más numeroso que habia en aquellos tiempos. Ciento cincuenta mil hombres de á pié, diez y siete mil ballesteros, diez y ocho mil setecientos ginetes, con una brigada numerosa se diri-



gían á España entrando en el Rosellon, con aquel bélico aparato capaz de hacer desmayar á otro que no tuviera el corazon del temple del de D. Pedro. Mas éste que nunca miraba el número de sus enemigos, sino el valor de sus soldados, corre á las crestas de los Pirineos con alguna tropa que pudo reunir, sino con la esperanza de destrozar las huestes enemigas, para estorbar su paso y despertar la nacionalidad de los dormidos aragoneses, para que con más union pudieran decir al francés, que España será siempre el sepulcro de los que osados se atrevan á asaltar las barreras que la naturaleza ha colocado para dividir su territorio.

Desde los riscos y encumbrados cerros los almogavares se arrojaban como águilas, que desde las nubes se dejan caer sobre la presa, acuchillaban á los franceses, cuando rezagados ó apartados un poco del cuerpo del ejército se veían atacados súbitamente, mientras que el resto de la tropa española molestaba con buen éxito á la tropa invasora que pudo entrar en España, gracias al número muy superior de sus combatientes.

El rey D. Pedro, sabiendo que se dirigían á Gerona, habia dejado para su defensa al valiente vizconde D. Ramon Folch de Cardona, pero con una pequeña guarnicion de ciento treinta caballos, mil quinientos almogavares y seiscientos moros valencianos alistados á su servicio. ¿Y que eran en comparacion de las tropas francesas, que segun un historiador cubrian la campiña y llenaban los montes? Sin embargo este puñado de valientes no solo esperó con serenidad al ejército de Felipe, sino que al verle acampado ante sus muros, salia al campo, causando estra-

gos y sorprendiendo á los soldados de la coalicion en sus mismas tiendas. Nuestros almogavares con sus mazas ferradas ó su largo puñal se lanzaban sobre los enemigos se ensañaban en la matanza y dando un salto atrás, corrian como el gamo y se encerraban en la ciudad burlándose de los franceses.

Pero era desigual el número, el hambre se dejaba sentir en la plaza de Gerona, y D. Ramon Folch pidió consejo al Rey para poder salvar la vida á sus valientes. Se ajustó una tregua y cuando los sitiados no molestaban al ejército sitiador, el cielo se encargó de humillar á los franceses. Una mortal epidemia cundió por el campamento y semejante á los tiempos de Faraon, una plaga de moscas, de especie desconocida, inculaba el veneno en los cuerpos de los soldados y de los caballos, y la mortaldad fué tanta, que el rey de Francia pensaba en levantar tiendas y retirarse; él mismo se vió atacado de la mortal plaga. Entregóse la plaza, y al entrar los soldados, como se atreviesen á profanar el sepulcro de San Narciso, un enjambre de moscas se cebó de tal manera en el ejército francés, que se vió obligado á abandonar la ciudad, dejando sus calles sembradas de cadáveres. Esto precipitó la retirada, que más bien se parecia á un acompañamiento fúnebre, por la multitud de enfermos, que sobre camillas eran conducidos por los soldados. El antiguo historiador Martorell pinta con tristes colores el cuadro que ofrecia el campamento francés. Fácil es comprender que los españoles aprovecharian con ventaja el desaliento de los franceses para vengar el atrevimiento del ejército invasor. El rey Felipe, atacado de la enfermedad, y más aun desmayado

del cruel desastre, murió en la retirada, y los españoles pudieron posesionarse de Gerona despues de algunos días. Los aragoueses no tomaron parte, conservando el resentimiento en sus corazones y enorgullecidos en demasia por unos privilegios, de los que no sabian usar con moderacion y verdadero patriotismo. Más de una vez tendremos que lamentar las fatales consecuencias de las exageradas libertades del pueblo aragonés, causa de escisiones y guerras, en que la sangre corrió abundante dividiéndose los pueblos en bandos contrarios, y atacándose con más furor que con las naciones enemigas.

9. D. Jaime de Mallorca, hermano del rey, habia hecho sus alianzas con el francés, olvidando pactos de familia y el reconocimiento que debia á D. Pedro. No podia este disimular el resentimiento y cavilaba el modo de vengar una injuria, por más que fuera preciso sofocar los sentimientos de la sangre. Los mallorquines tampoco estaban muy satisfechos de su rey, sea por su carácter ó por las exacciones insoportables para el pueblo. Libre Cataluña de las tropas francesas, el rey de Aragon dirigió sus miradas á las Baleares y equipó algunas naves con ánimo de pasar personalmente y castigar la infidelidad de su hermano. Preparada tenia la armada, cuando una enfermedad detuvo sus pasos no léjos de Barcelona, y fué preciso enviar á su hijo el infante D. Alfonso, ya que el mal tomaba incremento y hacia presagiar un fatal resultado. El Rey viéndose en peligro, llamó al Arzobispo de Tarragona y le manifestó deseos de que le absolviera de las censuras, diciendo —No me remuerde la cenciencia por la guerra de Sicilia, pero las censuras de la Iglesia se deben temer sean justas ó

injustas.—Despues murió como á buen católico en 10 de Noviembre de 1285. No fué largo su reinado, pero apenas tuvo un dia de descanso, siempre en pugna, ó con los moros, ó con los súbditos sediciosos, ó con los franceses, á quienes humilló más de una vez con fuerzas muy inferiores. La historia le conoce con el nombre de Pedro el Grande, y las crónicas antiguas con el de *Pere el dels francesos*.

10. A D. Pedro siguió su hijo D. Alfonso III: compendiamos sus principales hechos para no truncar la narracion. Cuando murió su padre se hallaba D. Alfonso ocupado en la conquista de Mallorca, si conquista puede llamarse la ocupacion de la isla por las armas aragonesas cuasi sin oposicion. Fué tan feliz, merced al estado de descontento de los isleños, que en pocos dias quedó dueño de Mallorca, obligando á su tio á abandonar la isla. Cuando supo la muerte del rey de Aragon, su padre, escribió á los prohombres del reino titulándose *Rey de Aragon*, lijereza que disgustó á los orgullosos magnates, que no estaban acostumbrados á llamar rey al que no habia sido coronado solemnemente y habia jurado sus fueros privilegios y libertades. Pero reconocido despues D. Alfonso procuró escusarse ofreciendo pasar á Zaragoza á ser coronado. Despues de las exequias fúnebres á la memoria de su padre, marchó á Zaragoza y fué coronado, protestando que no la recibia de la Iglesia ni contra la Iglesia. El dia 9 de Abril de 1286 comenzó su reinado, y si combatido habia sido el de su padre por los barones y prohombres, mucho más lo fué el de D. Alfonso, pues el privilegio de la *Union* hacia orgullosos á los aragoneses hasta el punto

de querer arreglar el gobierno interior de la corte del monarca. En las mismas Cortes que celebró en Zaragoza, llegó á tanto la audacia de los de la Union que pretendieron que el Rey reformase su casa y servidumbre con arreglo á lo que se deliberase en el Congreso: exagerada pretension y muy nueva que D. Alfonso no podia conceder y que hubiera llevado el atrevimiento de aquellos diputados hasta pedir otras y otras, dejando al Rey sin accion ni siquiera en el servicio particular. Marchóse disgustado dejando á los prohombres con su orgullo desmesurado.

Celebró Cortes á los valencianos confirmando tambien sus fueros; pero los aragoneses, que no se hallaban tranquilos, invadieron armados el reino de Valencia, con el pretesto de que los fueros de Aragon deberian tener tambien su fuerza en este reino, y llegaron hasta Murviedro, cometiendo toda clase de tropelías en los pueblos del tránsito. Por más que los valencianos estimaran sus libertades, no las llevaban hasta la exajeracion, y sabian distinguir la libertad de la licencia para el mal. Reunieron algunas fuerzas y obligaron á los aragoneses á retirarse á Teruel, en donde se hallaban los diputados de Aragon. Mil peripecias pasaron entre la terquedad de los coaligados y el deseo del rey de proporcionar á los pueblos una paz venturosa y prepararles para más gloriosas empresas. Pero no pudiendo conseguir amainar la borrasca que se aumentaba, ofreció reunir córtes para escuchar las quejas de la nobleza turbulenta, que pedia libertades, mientras esclavizaba á sus vasallos feudales y ataba las manos al monarca para que no pudiera llevar á cabo sus empre-

sas. Así mientras obligaban al rey á conceder privilegios de que tan mal sabian usar, el enemigo comun del pueblo español, los moros, reposaban tranquilos en sus fortalezas y con audacia atacaban las fronteras, y los reyes de Francia, el de Castilla y todos los que, ó por rivalidades, ambiciones ó envidia estaban recelosos del rey de Aragon, podian insultarle, al ver que sus mismos vasallos le trataban con demasiada dureza. Hasta se atrevieron los nobles de Aragon á pensar si la corona debia trasladarse á las sienes de Carlos de Valois, rompiendo la gloriosa cadena de sucesores de los Aristas y Ramiros.

Apesar del carácter conciliador de D. Alfonso, no pudo tolerar la audacia y atrevimiento de los aragoneses, y con algunos mesnaderos se marchó á Tarragona, en donde habia gran número de los mal contentos, prendió á los gefes de los coaligados, hizo ajusticiar á doce, y reprendió al obispo de Zaragoza, que fomentaba las rebeliones. Pero este rasgo de fortaleza aumentó las disensiones y hubiera estallado una guerra civil, si no hubiera ahogado sus resentimientos, concediendo á los aragoneses: que en lo sucesivo no procederia contra los ricos-hombres y caballeros sin sentencia del Justicia y consentimiento de las cortes, añadiendo que le podian privar de la corona si no cumplia este privilegio. Para seguridad del cumplimiento, debia entregar el rey diez y seis castillos, entre los cuales se contaba el de Morella: asi confirmó el *privilegio de la Union*.

Pero D. Alfonso no pudo acceder á que la fortaleza de Morella entrase en poder de los unionistas, ya porque su importancia no le permitia desprenderse de una de las

plazas principales del reino, ya tambien porque en ella tenia custodiados á los infantes castellanos D. Alonso y D. Fernando, que pretendian la corona de Castilla y de Leon, usurpada, segun decian, por D. Sancho. Conveníale al Rey tener en rehenes á los ilustres castellanos, para moderar las pretensiones del rey de Castilla y el de Francia, y con ulteriores designios de presentarlos como herederos de la corona de Castilla. Los infantes de la Cerda como se llamaba á D. Alfonso y D. Fernando, encerrados en nuestro castillo, esperaban con ansia el dia de su libertad y allá en lontananza veian el cielo que cobijaba el reino de sus mayores, con la esperanza de que llegara el dia de ceñir el cetro de San Fernando. No sería tan duro su cautiverio, por más que estuvieran bajo la vigilancia de D. Guillem de Belvis y D. Pedro de Morella, nobles caballeros á cuyo cargo habia dejado el rey la custodia de los infantes.

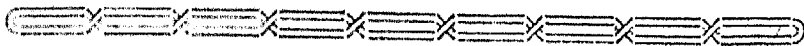
Pudo D. Alfonso III desembarazarse de los estorbos que oponian sus rivales, y entónces dió órden para que se sacara del castillo á los detenidos y fueran conducidos á Huesca por los mismos á cuyo cargo habian estado. El Rey pasó desde Cataluña, y de acuerdo con el Señor de Vizcaya, hallándose en Jaca, proclamaron á D. Alfonso el mayor de los dos infantes, Rey de Castilla y de Leon. Su objeto era intimidar á D. Sancho, presentándole un pretendiente que le disputase la corona, como en venganza de la injuria que el castellano habia hecho al aragonés, aliándose con el rey de Francia cuando el sitio de Gerona.

No seguiremos el reinado de D. Alfonso III, porque ni queremos ser pesados en nuestra narracion, ni entra en nuestro plan describir todos los hechos. Pero su reinado estuvo erizado de espinas y siempre en contradicciones, ora de los reyes, ora de sus mismos vasallos. A pesar suyo y obligado por las circunstancias firmó un tratado algo vergonzoso, el de Tarascon de Febrero de 1291, que no mereció la aprobacion de los diputados del reino ni de la posteridad.

Solo contaba Alfonso veinte y siete años y se arregló su casamiento con D.<sup>a</sup> Leonor de Inglaterra, mas cuando se entregaba en Barcelona á los regocijos, cuando esperaba á su esposa, le asaltó una enfermedad de landre, ó infarto glandular, y murió á los tres dias, en 18 de Junio de 1291.

---





## CAPITULO V.

### RESUMEN.

1. D. Jaime II. 2. Reclamaciones de las aldeas de Morella. 3. Pretensiones de la casa de Alagon. 4. Templarios. 5- Reduccion de Miravet, Peñarroya, Cantavieja y Castellote. 6. Orden de Montesa. 7. Maestrazgo. 8. Fiestas en Morella por la bendicion de la Arciprestal. 9. Muerte de D. Jaime II. 10. D. Alfonso IV.

1. **A**llá en Sicilia se hallaba D. Jaime cuando supo la muerte de su hermano el rey de Aragon, y como la corona le provenia, no tanto por el testamento del rey difunto, como por el derecho de primogenitura, dejó en la isla á su madre D.<sup>a</sup> Constanca y á su hermano D. Fadrique, pero encargando el gobierno á D. Blasco de Alagon, hermano de D. Artal y nietos del conquistador de Morella. Coronóse en Zaragoza, protestando tambien que no recibia la corona de la Iglesia, y procuró desde el principio de su reinado la paz para sus pueblos. Entabló negociaciones con el rey de Castilla, desposándose con su hija D.<sup>a</sup> Isabel, que contaba nueve años y para cumplir lo prometido ofreció poner en rehenes los castillos de Morella y de Biar.

Como en el testamento de su hermano se dejaba la isla de Sicilia á D. Fadrique, y D. Jaime creia tener un derecho por la primogenitura, disputáronse entre los dos hermanos la corona, dividiéndose las tropas españolas, y derramándose sangre abundante, más bien por complacer á los que tenian interés en aquella lucha, que por odio entre los dos hermanos. D. Blasco de Alagon se coronó de gloria en una batalla y dió otra prueba á los franceses de cuan superiores eran las tropas españolas á las coaligadas. Pero no cumple á nosotros recordar los hechos de Italia.

2. Morella habia aumentado notablemente su estadística á últimos del siglo XIII. De todas partes acudian colonos para cultivar sus estensos campos y aprovechar el abundante pasto para los ganados. Sus pequeñas aldeas eran ya pueblos de consideracion y algunas de ellas rivalizaban con la matriz. Pero sea, que les incomodaba el estar dependientes de Morella, ó que, en verdad, el Justicia y Jurados de esta villa no procedian con justicia al hacer el reparto de las contribuciones y otras cargas vecinales, lo cierto fué que los prohombres de las aldeas se unieron para protestar contra las ilegalidades del consejo de Morella. A imitacion de los unionistas quisieron tambien prometer no separarse los hombres de las aldeas hasta lograr lo que solicitaban: que era, intervenir en los repartos vecinales, tener un justicia propio que arreglase los pleitos de menor cuantía, y castigase las faltas con arreglo al fuero, y con el consejo de hombres probos. Accedieron los jurados de Morella á la primera peticion, pero no á lo demás, por quanto tenian este derecho desde Jai-

me I. Acudieron entónces al Rey y éste dictó una providencia conciliatoria que no satisfizo á ninguna de las partes: era esto en 1292.

3. Así estaban divididas las aldeas de Morella, cuando D. Artal de Alagon, cuyos vasallos podian oponerse á la tropa del rey, levantó bandera de rebelion y entrando por Huesca, Daroca y serranía de Teruel, talaba los campos y llevaba á sangre y fuego las poblaciones que estaban por D. Jaime II. Ocasion era aquella de reclamar sus derechos al señorío de Morella, de los que el rey D. Jaime I habia privado á su abuelo D. Blasco. Al conceder á los de Morella la carta puebla en 16 de Febrero de 1249, no solo quitó al paladin aragonés la posesion de las tierras de su señorío, sino que secuestró los bienes de los que siguieron su bando y los entregó en propiedad á los que le habian ayudado en la guerra contra D. Blasco. *Item, decia, concedimus, laudamus, atque in perpetuum confirmamus vobis omnibus et singulis, omnes hereditates sive possessiones que quondam fuerunt illorum hominum qui fuerunt contra Nos in guerra cum Blaschione de Alagone, quod Nos ejecimus de Morella, ita quod eas habeatis etc.* Treinta años habian pasado y aun vivian algunos de los desterrados de esta plaza y sus hijos no habrían renunciado á los bienes que fueron de sus padres. Esto y la natural antipatía de los de las aldeas á los de Morella hizo concebir la confianza de poder engrosar las tropas de D. Artal de Alagon y reclamar para sí el señorío de su abuelo.

Entró pues con sus tropas en esta montaña y pudo posesionarse de Ares y atraer un corto número de voluntarios: pero D. Jaime que no dormia, vino con un pode-

roso ejército y hubiera castigado la osadía del caballero aragonés, á no mediar para obtener el perdón las personas más influyentes en el ánimo del Rey. D. Berenguer de Cardona, D. Pedro Garcés y otros caballeros pudieron lograr, no solo salvarle la vida, sino que el Rey concediera un indulto para todos los de su bando, perdonándoles todos los desafueros y daños ocasionados á personas y bienes en aquella guerra. Esto se concedió en 14 de Junio de 1293, entregando el castillo de Ares y otros que estaban en su nombre en Aragon. Quedó asentada la paz, y desde entónces la casa de los de Alagon no ha pensado en resucitar sus pretendidos derechos.

4. Un acontecimiento ruidoso ocupó á D. Jaime II en los días de su reinado, del que nosotros no podemos dispensarnos de recordar, siquiera sucintamente, ya por la parte que tomaron nuestros tercios, ya tambien porque el Rey eligió á Morella para que fuera por algun tiempo el centro de las operaciones militares: nos referimos á la estincion de los Templarios. Daremos una idea de la institucion de esta órden militar, de sus progresos, y luego veremos su rápida caída, apesar de los esfuerzos para conservar sus fortalezas.

Las cruzadas, aquellos ejércitos de cristianos, que en los siglos medios marcharon al oriente á sacar del poder del turco los santos lugares, en donde Jesucristo habia nacido, en donde sembró del preciosa semilla de su doctrina y en donde murió para redimirnos, conquistaron á Jerusalem. Poco tiempo despues algunos caballeros, que habian acompañado á Godofredo de Buillon, concibieron el pensamiento de fundar una órden de caballería, cuyos

individuos se comprometieran con una promesa solemne, no solo á practicar las virtudes cristianas de un modo ejemplar, sino á defender con las armas el cristianismo, contra los ataques de los enemigos de la Iglesia. El caudillo de los cruzados les concedió un edificio para su morada, cerca del Templo de Jerusalem, y de aquí el nombre de templarios conque fueron conocidos. Los caballeros del temple se multiplicaron admirablemente en poco tiempo, y el eco de la fama publicaba por todas partes sus proezas. Pasaron á Europa y establecieron la orden cuasi en todos los reinos, aumentando su poder en las riquezas y el número de combatientes.

Hemos visto en el discurso de nuestra obra los grandes servicios que el maestre del Temple prestó á nuestros reyes en la conquista, y que mas de una vez, los templarios asaltaron castillos y fuertes plazas, ora en nombre del monarca, ora por que se les habian concedido anticipadamente, si lograban arrojar á los moros. Los servicios de los templarios en España fueron interesados, porque si militaban bajo las banderas reales, exigian una gran recompensa para engrandecerse á costa de las posesiones del rey. La conquista de Tortosa les valió una parte de la ciudad y posteriormente, en el reinado de D. Jaime I no se descuidaron de agregar algunas plazas fuertes á las que tenian. El castillo de Ares, un año despues que fué cedido por D. Artal de Alagon, pasó á los Templarios en 1294 con el Peñíscola, las Cuevas, Culla y otras poblaciones, todo en cambio de la parte que tenian de Tortosa. En el tiempo que recorremos eran ya poderosos, de modo que nuestras montañas estaban sem-

bradas de fortalezas de los Templarios. Y á pesar de esto, ni los reyes se manifestaban recelosos de su poder ni tenían sospechas de que sus costumbres fueran corrompidas. Las Cuevas, Albocácer, Culla, Ares, Cantavieja, Casllote, Peñarroya y otras poblaciones que rodean á Morella veían tremolar sobre sus castillos la bandera con la cruz del templo, sola esta plaza miraban las armas del rey de Aragon estampadas en el pendon que ondeaba sobre su castillo gigante. Las riquezas de los Templarios eran inmensas y no estrañaríamos que sus costumbres no fueran tan puras como en el origen de la órden. Pero en España estaban estos caballeros en continua lucha con los moros, y este ejercicio no les daba tiempo para la vida muelle y regalona.

Reinaba en Francia Felipe el Hermoso. No sabemos si la envidia, la ambicion ó algun personal resentimiento; ó si en realidad las costumbres desarregladas de los Templarios le incitaron á llevar á cabo la extincion de la órden de caballeria; pero los delitos de que fueron acusados eran tantos, tan enormes y tan estraños, que por más que los confesasen en la tortura se nos resiste el creer que se procedió sin pasion. La apostasia, la impiedad, y mil ridículas y estravagantes ceremonias en sus reuniones todo pareció poco para acusar á los que se deseaba extinguir. Los templarios de Francia fueron presos en la noche del 13 de Octubre de 1307 y entregados á la tortura se les arrancó una confesion de la que se retractaron á vista de las hogueras queles habian de consumir. Mas no estaba el monarca francés satisfecho, y despues de haber acabado con ellos en sus estados, escribió á

D. Jaime II de Aragon para que hiciera con los de sus reinos otro tanto, interesando al Papa y á los Prelados españoles.

Sorpresa causó al monarca aragonés la carta del de Francia, porque ni soñar podia de que los Templarios españoles, que tan buenos servicios prestaban al cristianismo y á la corona, estuvieran contagiados de tan asquerosa lepra como Felipe pintaba á los de su nacion; pero cometió el asunto al Obispo de Valencia, al de Zaragoza y al inquisidor Fr. Juan Llotguer, y entretanto escribió al Papa, esperando sus órdenes para proceder á la prision de aquellos caballeros. A pesar de esto, muy pocos dias despues, en 1 de Diciembre de 1307 dió orden á Gombaldo de Entenza para prender á los Templarios, y ocupar sus temporalidades. Sabido esto por los caballeros del Temple, se quitaron las barbas y en lugar de reunirse para su defensa, se escondieron ó disfrazados marcharon á refugiarse en lugares ásperos y escabrosos. Vueltos en si despues de la primer sorpresa, pensaron en defenderse encastillándose en sus principales fortalezas y escribiendo á S. S. manifestando su inocencia y las injustas persecuciones de que eran el objeto.

El castillo de Peñíscola fué el primero que se entregó cuyo comendador fué llevado preso ante el rey que se hallaba en Silla. Pero Fray Raimundo Zaguardia lugarteniente del Maestre del Temple, reuniendo sus caballeros y vasallos se encerró en al castillo de Miravete, mientras D. Bartolomé de Belvis se fortificaba en Mon-

zon, D. Ramon Anglés y D. Ramon de Galliners en Cantavieja, D. Bernardo Tarin en Castellote y otros caballeros en Ares, Culla, las Cuevas, y en otros castillos. Comenzaron las hostilidades; el rey con el empeño de reducir á los Templarios á su obediencia, y estos resentidos por la conducta del monarca que miraban injusta, no estaban dispuestos á entregarse, mientras el Papa no declarase la estincion de la órden y dispusiera de sus personas.

El obispo de Gerona y el conde de Urgel no quisieron dar cumplimiento á la órden de prender á los de sus estados; los demas, si bien no les consideraban criminales, no aprobaron la tenaz resistencia de los caballeros del Temple, y prestaron su apoyo al rey. Este fijó el centro de operaciones en Morella, villa fuerte, perteneciente á la corona, y rodeada de castillos del Temple; pero envió un cuerpo respetable á Monzon, á las órdenes de D. Artal de Luna, con máquinas de batir y con todos los pertrechos para un largo sitio. Confió el mando de otro cuerpo de tropas á D. Pedro Queralt, encargándole el sitio de Miravete cuyo castillo, fuerte por naturaleza, era defendido por el valiente Bartolomé de San Just, habiéndose retirado el teniente del Maestre D. Raimundo Zaguardia, su hermano Bort, y los principales caballeros de la órden, con las riquezas de alhajas y papeles mas preciosos. El sitio de Cantavieja estaba á cargo de D. Berenguer de Tobia con los tercios de Morella y Alcañiz; y el de Castellote por los tercios de Albalate y otras poblaciones del bajo Aragon.

El castillo de más importancia era el de Monzon, y de-



cidido empeño manifestó D. Artal de Luna, porque decididos estaban tambien los sitiados á morir antes que entregarse á los sitiadores; pero estos asaltaron una muela que se hallaba frente del castillo y perdidas las esperanzas, se vieron obligados los templarios á capitular, rindiéndose el 17 de Mayo de 1308, segun Zorita, bien que esta fecha no concuerda con una carta que se halla en el archivo de Barcelona, y que cita el P. Villanueva.

Los comendadores D. Ramon Angles y D. Ramon Galliners, que se hallaban en Cantavieja, resueltos á defender aquella plaza hasta el último trance, habian hecho acopio de víveres. En vano les intimó la rendicion el gefe del sitio D. Berenguer Tobía, su ánimo era morir ó vencer. Pero los sitiados que no cejaban entre el diluvio de flechas y piedras arrojadas desde las rocas que forman su castillo, avanzan, y al ver los templarios que nada podian esperar, por hallarse sitiadas todas sus fortalezas se entregaron al sitiador, siendo conducidos prisioneros á Villarluego, hasta que se decidiera lo que pareciera justo. Pero los mas atrevidos eran los que se habian fortificado en Castellote, porque no se contentaban con defenderse desde la escarpada peña que formaba su castillo, de vez en cuando salian al campamento, y sembraban el pánico en las tropas reales; hasta llegaron á Ginebrosa, sorprendiendo un destacamento y derramando la sangre de los que se habian manifestado hostiles. Pero tambien estos tuvieron que ceder, entregando su castillo y cayendo prisioneros de guerra. Faltaba reducir á los de Miravet, porque Ares, Culla, y otras plazas, se habian rendido, cuando vieron que Peñíscola habia entrado

en poder del rey y su comendador se hallaba preso en Silla. A Miravet se dirigen todas las tropas del monarca. El teniente del Maestre D. Raimundo Zaguardia habia escrito al Papa; habia espuesto á D. Jaime II la inocencia en las enormes acusaciones que sobre ellos pesaban, pero el rey no escuchaba sus palabras, sino que repetia que debian entregarse y luego serian juzgados. Heroica seria la defensa de Miravet y decision se veria en las tropas del rey, porque el sitio fué largo y solo se rindieron los sitiados, cuando apurados por todas partes se les otorgó lo que pedian, firmando el monarca y Zaguardia un convenio honoroso para los Templarios: no sabemos si se cumplió fielmente; nos inclinaremos á que se rasgó la letra ya que entre los documentos que se han podido conservar, se encuentran disposiciones de D. Jaime que no se hallan conformes con el tratado.

Asi acabaron los caballeros del Temple, que tantos servicios habian prestado á la causa de la iglesia y á la de los reyes: así se estinguió la orden de caballeria, que despues de haber peleado en Oriente, tantas veces rasgó la enseña mahometana en nuestra España. Su proceso duró algunos años, y el concilio de Tarragona les declaró inocentes. Sino lo eran, no podemos dar asenso á las grandes acusaciones, que en su tiempo y años despues se estamparon en las historias. Sus riquezas, su inmenso poder, su vida muelle y regalona y tal vez costumbres no muy puras darian motivo al odio que el pueblo les manifestó y al empeño de los grandes en acabar con esta orden; pero que todos fueran apóstatas y se contaminaran con los vicios nefandos de que se les acusa, se nos resiste el

creerlo. San Antonino de Florencia les defiende, y hoy dia son pocos los que dan fé á la relaciones que nos legaron los antiguos sobre sus torpezas y abominaciones. Si en España no se encendieron hogueras como las que consumieron á Molai y sus compañeros, no serian tratados con tanta benignidad, cuando en una carta del rey que se conserva se lee: dareis medicamentos para los templarios enfermos y para los que los necesitan por los tormentos: *propter tormenta*: y en un cronicon antiguo dice: *En 1307 fon depositat l' orde del templers é moriren la major part á mala mort é degollats, per lo gran peccat que ab ells era.*

5. Largo seria el proceso y muy embarazoso para los preladados, comisionados para descubrir la verdad de los hechos de que se acusaba á los templarios, pues se conserva una carta del rey dirigida al arzobispo de Tarragona, fechada en Morella 5 de Mayo de 1311, en la que se queja de que no se hubiera resuelto la cuestion en el concilio anterior, encargando se resolviera en el de aquel año, pues era grande su ansiedad. La orden del Temple fué suprimida, á pesar de no haber encontrado delito alguno en los miembros de España, y sus bienes quedaron para los hospitalarios, á escepcion de los de Castilla, Aragon, Mallorca y Portugal que quedaban á disposicion del sumo Pontífice: así lo declaró el concilio vieneses en la sesion de 6 de Mayo de 1312. Veremos ahora el uso que se hizo de estos bienes.

Cayó la orden del Temple; los pocos caballeros que pudieron sobrevivir, se retiraron á los pueblos de su devocion. Por una concordia firmada en 22 de Noviembre de 1319 sabemos que aun quedaban algunos de aquellos

caballeros en esta tierra, cuyos nombres se espresan. En Alcocácer habia cinco; en Orta uno; en Gaudera dos; en Aguaviva cinco; cinco en Tortosa; y otros en diferentes poblaciones. Pero nuestro reyno de Valencia se hallaba amenazado en sus fronteras por las repetidas correrias de los moros, y se hacia sentir la falta de los caballeros del Temple, siempre dispuestos á marchar al combate contra los enemigos de la iglesia. Por otra parte D. Jaime II recelaba, que el sumo Pontífice Clemente V adjudicase los bienes de los templarios á la religion de San Juan de Jerusalem, y por esto se apresuró á crear otra órden con las rentas de los templarios, que llenase el vacío que estos habian dejado. Fundó pues en el reino de Valencia una religion militar, con la invocacion de N.<sup>a</sup>. S.<sup>a</sup>. de Montesa, cediendo esta poblacion y la de Vallada, y enviando á D. Pedro Queralt, D. Pedro Boily y D. Guillermo de Olomar al sumo Pontífice, para que les concediera los bienes de los estinguidos templarios. Hallábase Clemente V en Aviñon, pero por mas instancias que hicieron los regios comisionados nada lograron. Murió el Papa y le sucedió Juan XXII; y entónces el rey comisionó á D. Vidal de Vilarova, que pudo lograrlo que el monarca deseaba, concediendo la Bula de fundacion el 10 de Junio de 1317. No solo concedió S.S. á la nueva órden lo que habia pertenecido á los templarios, sino tambien todas las rentas de la órden hospitalaria de San Juan de Jerusalem, esceptuando lo que se halla en Valencia y á media legua de esta ciudad. Fueron los comisionados para llevar á cabo la disposicion pontificia, el obispo de Tortosa, el abad de Valdigna y el chantre

de Gerona, pero los caballeros de San Juan no fueron tan dóciles, para entregar las rentas de sus encomiendas y fué precisa una orden espresa de su gran Maestre.

Otro estorbo surgió para retardar el planteamiento de la orden de Montesa. En una de las cláusulas de la concesion se leia, que los montesianos fueran caballeros de Calatrava y su Maestre diera los hábitos á los de la nueva orden. Para esto el rey requirió al Maestre, pero no se dignó responder á los deseos del rey. Entónces envió á nuestro compatricio D. Fr. Bernardo Pallarés, abad de Benifazar, y habiéndole encontrado en Mártos, solo pudo, despues de muchas instancias, lograr facultades para Gonzalo Gomez, comendador de Alcañiz, para vestir á los nuevos caballeros. Esta ceremonia tuvo lugar en Barcelona el 22 de Julio de 1319, siendo el primero Don Fr. Guillem de Eril, elegido desde entonces gran Maestre, cuyo honroso empleo solo pudo desempeñar un corto tiempo, pues murió en Peñíscola el 4 de Octubre del mismo año. Asi comenzó la orden de Santa Maria de Montesa, á la que se agregó en 1400 la de San Jorge de Alfama, cuya vida fué muy corta, pues solo habitaron el castillo, cerca al collado de Balaguer, algunos años. El siglo XIV les vió nacer, nosotros presenciamos sus últimas agonías.

6. Se ha escrito repetidas veces que Morella es la capital del Maestrazgo. Jamás ha pertenecido á orden alguna militar. Si ahora es capital de la nueva provincia militar del Maestrazgo es solo el nombre, tomado de una estension de terreno, lindante con su antigua gobernacion ó su nuevo partido judicial. La antigua mesa maes-

tral, cuya capital era Cervera, de cuyo punto paso el Teniente á San Mateo, comprendia los pueblos siguientes: Cervera, San Mateo, Trayguera, San Jorge, Chert, Cagnet, La Jana y Carrascal, Rosell y Calix. En 1294, como queda dicho, se presentó, por la parte que tenían los templarios en Tortosa, á Peñíscola, y con ella Vinaróz, Alcalá, Benicarló y Pulpis; y Ares y Culla, con sus aldeas Benasal, Adsaneta, Torre en Besora, Vilar de Canes y Molinell, y con las Cuevas Albocácer y otros pueblos que estaban dentro el término de las Cuevas. Algunas de estas poblaciones entraron despues á la real corona, y otras se agregaron al Maestrazgo por convenio del monarca y el Maestre. Puede verse en Samper y Villarroya, que tratan estensamente de la orden de Montesa; nosotros solo apuntamos para rectificar lo que se ha dicho y cuyas obras se hallan en manos de todos.

7. En 1317 hallábase en Morella D. Jaime II con su augusta comitiva; acompañábale el obispo de Tortosa D. Berenguer de Prats; el abad de Benifasar D. Fr. Bernardo Pallarés; y otros eclesiásticos y caballeros distinguidos. En otra parte hemos insinuado el celo del arcipreste D. Domingo Beltall y Vives para llevar á cabo la grande obra de nuestra Arciprestal, que si bien accediendo á los deseos del obispo D. Francisco Paholach, se bendijo en 1311, estaba la obra por concluir. En la época que atravesamos se hallaba ya en estado de poderla *consagrar* como dice la memoria, que hemos consultado, ó *bendecir*, segun nos parece á nosotros, y quisieron solemnizar la ceremonia con la asistencia del Monarca. Se improvisaron unas fiestas solemnes, y el pueblo todo, des-

pues de los dispendios y fatigas, que desmayaron hoy á toda una provincia se entregó al regocijo, alentando del trabajo de cincuenta años que habia costado la construcción. El monarca regaló una cruz de plata con el *lignum crucis* y otras reliquias, segun consta en el archivo de esta iglesia en el libro de *sucesiones*, cuya cruz se perdió en 1822 quedándose el óvalo que contenia el sagrado y misterioso leño.

8. No debemos nosotros recordar los hechos del rey D. Jaime II que no tengan relacion con lo que nos hemos propuesto. Este rey mantuvo la paz, administró justicia y despues de un largo reinado murió en Barcelona á los sesenta y seis años, en 2 de Noviembre de 1327. Su cuerpo se depositó en el monasterio de Santas Cruces. Dejó la corona á su hijo D. Alfonso.

9. La pompa y magnificencia desplegadas en las fiestas de la coronacion de D. Alfonso IV fueron superiores á cuanto se habia visto en las de otros reyes. La relacion que nos han legado los historiadores de aquellos tiempos manifiesta el entusiasmo de los grandes y del pueblo. Toda la nobleza, los embajadores y prohombres de los reinos de Aragon se disputaron el honor de presentar mayores riquezas. El conde de Ribagorza con ochocientos caballos, quinientos el Maestre de Montesa, y otros con no menos aparato de grandeza acompañaron al rey en la mañana de Pascua de Resurreccion de 1328 al templo de Zaragoza, tapizado con ricas colgaduras, y caujado de gentes que esperaban al nuevo monarca. El

orden de la régia comitiva, la riqueza de los trajes, la magnificencia y aparato de aquella fiesta jamás se había visto, y pocas veces se habrá repetido. El rey fué ungido en la iglesia de San Salvador por el Arzobispo de Zaragoza, (1) luego fué armado caballero, poniéndole el infante D. Pedro la espuela en el pie derecho y Don Ramon Berenguer en el izquierdo, tomo luego la espada y besando la cruz de su puño, la blandió tres veces, siguiendo las ceremonias de costumbre. Continuaron los regocijos públicos por muchos días, y cumpliendo la costumbre de sus antepasados, reunió cortes, jurando la observancia de los fueros, usos y privilegios del reino.

El primer paso que D. Alfonso dió en su reinado fué estrechar las alianzas con los reyes de Castilla y Portugal, con la mira de poder llevar las armas contra el moro, que vergüenza era, cuando los reyes cristianos eran tan poderosos, permitir que los mahometanos pisaran terreno español, y que por rivalidades entre los españoles, dejáran reposo al musulman en sus fortalezas y que atacára los castillos cristianos. Rehízose la confederación, y como el rey se hallaba viudo por muerte de D.<sup>a</sup> Teresa de Entenza, tratóse de casarlo con D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla, hermana del rey, y con la que se había pensado desposar al infante D. Pedro. Se celebraron las bo-

---

1 La iglesia de Zaragoza fué erigida en metrópoli en 1318. Era antes sufragánea de Tarragona, y desde entónces quedó arzobispado con las sufragáneas de Huesca, Tarazona, Pamplona, Calahorra. Despues se añadieron Teruel, Albarracin y Barbastro ó Jaca. En el nuevo concordato quedan por sufragáneas de Zaragoza, Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona y Teruel.



das á principio de 1329 en Tarazona, estrechando de este modo la alianza entre el aragonés y el castellano. Pero este matrimonio atrajo disgustos entre la madastra y el entenado, que amargaron el ánimo del rey y turbaron la paz en sus estados: daremos razon, porque algo debe interesarnos.

D. Jaime II hallándose en las córtes de Tarragona en 1319 estableció, que Aragon, Valencia y Cataluña deberian estar perpétuamente unidas, sin que por ningun pretesto les fuera lícito separarlas á los reyes sus sucesores; pero podrian dar en heredamiento á sus hijos alguno de sus castillos. Del matrimonio del rey con Doña Leonor, nació entre otros, D. Fernando, y la reina que procuraba por sus hijos, inclinó el ánimo del monarca para que le dotase con alguna de las principales villas del reino. Las instancias repetidas de D.<sup>a</sup> Leonor recabaron de D. Alfonso hiciera donacion á su hijo D. Fernando de la ciudad de Tortosa, con el título de Marqués, y no contenta con esto, insistió y pudo lograr se le añadiesen Alicante, Elche, Novelda, Orihuela, Guardamar y Albarracin. Resintióse el infante D. Pedro al ver que se desmembraban de la corona las mas ricas villas y no pudieron mirar los pueblos con calma la liberalidad de su rey. Pero la ambicion de D.<sup>a</sup> Leonor no se hallaba satisfecha, y conociendo la benignidad de su esposo añadió exigencias á exigencias. Entónces le concedió para su hijo y descendientes las villas de Morella, Alcira, Játiva, Murviedro, Burriana y Castellon, es decir, todo lo mejor del reino de Valencia.

La noticia de estas donaciones alborotó los pueblos que

siempre habian preferido pertenecer á la corona y no á un señor, siquiera fuese de sangre real, que les esclavizaba, y las quejas no pudieron ocultarse al monarca; pero el ascendiente de su esposa le tenia perplejo, sin osar disgustarla, revocando las donaciones. Hallábase en Valencia hospedado en el palacio del Real, cuando los valencianos, que habian escuchado las quejas de los pueblos enajenados, se reunieron en consejo con el objeto de nombrar una comision que hiciera saber á D. Alfonso el disgusto general por su concesion al príncipe de las mejores fortalezas. Hallábanse en el consejo, reunido en San Jaime, entre los Jurados y prohombres de Valencia los diputados de las villas, que protestaron no consentir, que el rey las desmenbrara de la corona. Se temia con fundamento, que esta protesta indignara al monarca y azuzado por la reina procediese contra los que se oponian á su determinacion; pero levantóse un hombre de corazon, llamado Guillem Vinatea, y se ofreció á presentarse al rey y á esponerle francamente la resolucion del consejo. Pero antes se preparó para resistir las violencias de D. Alfonso y sus consejeros. La crónica escrita por su hijo D. Pedro, nos dá detalles del modo como se preparó el terreno para el caso de negarse el rey á revocar su donacion, y querer aprisionar á los comisionados; y Beuter copió una página del libro inédito de Fr. Francisco Eximenez, que se guarda en la casa del consejo. De estos autores entresacarémos lo que nos parezca para dar una idea de la libertad que tenian los ciudadanos de los tiempos que recorreremos y del grande interés y abnegacion para conservar sus fueros.

Dispuso el consejo, por insinuacion de Vinatea, que se armase toda la ciudad, que los cien hombres del consejo que debian acompañarle llevasen armas ocultas; que una compañía de ciudadanos se apostase al puente del Real, otra á la casa de Montesa, y asi hasta la torre de la catedral, y que en el caso de sufrir los comisionados alguna tropelia, se hiciera señal con las campanas para que todo ciudadano acometiera á los consejeros del rey y sus tropas, no perdonando la vida sino al rey, á la reina y al infante D. Fernando. Preparado así, quiso tambien prepararse para morir como cristiano: el arrojado Vinatea arregló su testamento, se confesó y aguardó impaciente el momento de presentarse al monarca. Encontraron los comisionados á D. Alfonso con la reina y algunos consejeros, con D<sup>a</sup>. Sancha Velasco, abuela de la reina y la que habia sido la causa principal de la determinacion del rey, y adelantándose Vinatea, dijo: Señor, como á comisionados de la ciudad y villas del reino, venimos á manifestaros el disgusto que ha causado la enajenacion de los castillos y villas que habeis dado en heredamiento á D. Fernando. Nosotros no podemos consentir se infrinjan los fueros, y estamos resueltos á defenderlos á todo trance. Y ¡ay si alguno se opusiera! Acusó á sus consejeros, y concluyó con increparle, si se obstinaba en no anular su concesion, diciendo, que se opondrian con las armas, *porque Vos por vuestra naturaleza no sois más que los demás hombres, y por vuestro oficio sois la cabeza, el corazon y el alma de todos, y por esto como á hombre no sois sobre nosotros. ¡Valor y dignidad de un ciudadano, que por conservar los fueros y liber-*

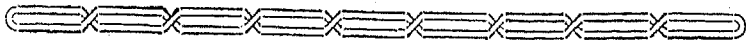
tades del reino, no temió las iras del rey y las de una reina orgullosa y soberbia! D. Alfonso, ó temeroso ó convencido de las razones espuestas por D. Guillem de Vinatea, suspendió su resolucion, calmaron las amenazas y prometió el cumplimiento de los fueros. Pero D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla, que no podia contener la indignacion, que le causaba la audacia y atrevimiento de un hombre, sin temor á su soberano, dirigióse al rey, diciendo: Si esto hubiera pasado en Castilla, estoy segura, que mi hermano mandaria cortarles las cabezas. Si, dijo el rey, que nuestro pueblo es mas libre que el de Castilla y Nos les tenemos á ellos por buenos vasallos y compañeros. O como escribe el rey D. Pedro IV en la crónica: *¡Reina, reina! el nostre poble es franch é no es axi subjugat com es lo poble de Castella. Car ells tenen á nos com á Senyor é nos á ells com á bons vasalls é con acompanyons.* Se revocaron las donaciones, y el mismo rey reconoció el desinteresado compromiso de Vinatea, recompensándole pocos dias despues. Calmaron las zozobras de los morellanos, que no podian aprobar, que esta villa se entregará al infante D. Fernando, no habiendo salido jamás del patrimonio real, desde que se arrojó á D. Blasco de Alagon. Pero quedó el infante Marqués de Tortosa y señor de Albaracin, cuyos títulos conservó hasta su muerte, segun diferentes documentos que poseemos auténticos, pertenecientes al siguiente reinado.

Las intrigas y manejos de la reina Leonor, el interés para asegurar á sus dos hijos D. Fernando y D. Juan ricas posesiones en detrimento de la corona, fué la causa de la sórdida lucha entre ella y el sucesor del reino,

D. Pedro, y del odio que á éste tenia su madrastra. Tambien los grandes del reino, á escepcion de algunos pocos, estaban por el infante y miraban con recelo á la castellana, que habia podido lograr, que los castillos de la frontera se entregasen á personas de su devocion, para que, en el caso de un apuro pudiera ocuparlos el rey de Castilla. Pero la salud del rey era cada dia menos satisfactoria. Hallábase en Barcelona postrado en cama, cuando el infante envió partidarios suyos á las fronteras de Castilla para ocupar los puestos mas interesantes, y temiendo la reina, que esta medida era para asegurar su persona, abandonó á su esposo, atravesó el Ebro por Tortosa y precipitada se fué á tomar la frontera, temerosa que la cercana muerte del rey la comprometiera, cayendo en manos de su entenado. El monarca murió en 24 de Enero de 1336 y D.<sup>a</sup> Leonor entró en Castilla, desde donde escribió á D. Pedro recomendando á sus dos hijos, que dejaba bajo su proteccion, como hermanos suyos. D. Pedro empuñó el cetro de Aragon y su reinado es uno de los mas fecundos en acontecimientos. Nosotros, que no escribimos su historia, tomaremos lo que nos pueda pertenecer y reseñaremos los hechos principales; para tener una idea de la época la más azarosa, la que cubrió á los pueblos de luto, y llevó el llanto y la consternacion hasta el seno de las familias. Nuestras montañas, á pesar de su prudente neutralidad en un principio, se vieron envueltas en la general conflagracion, y dudamos si en siglo alguno han visto un periodo mas largo de infortunios y desdichas. Los apuntes que nos han quedado, aunque con mucha concision, nos

muestran á las claras, que el reinado de D. Pedro IV de Aragon dejó tantas huellas en nuestro suelo y si hoy vemos los fuertes muros y altas torres con que ciñó esta plaza, para que no fuera presa de sus enemigos, y en los pueblos que nos rodean restos de murallas antiguas levantadas en su tiempo; tambien descubrimos las ruinas de algunas poblaciones, que se destruyeron por completo y otras que desde aquellos tiempos decayeron y son hoy poblaciones insignificantes. Su reinado imprimió un nuevo carácter en la política de estos reinos. Si al morir D. Pedro no dejó tantas libertades, quitó el foco de grandes disturbios y guerras civiles.

---



## CAPITULO IV.

### RESUMEN.

---

1. D. Pedro IV. 2. Pretensiones de los catalanes y valencianos. 3. Parlamentes. 4. Mañas arteras de D. Pedro para apoderarse de Mallorca. 5. Guerra de la Union. 6. Conducta de los morellanos. 7. Guerras en esta montaña. 8. Peste. 9. Batalla de Epila. 10. Córtes en Zaragoza. 11. Castigos en Valencia. 12. Confinados en Morella. 13. Lápida Sepulcral. 14. Continuacion del reinado de D. Pedro. Su muerte.

1. **N**o sabemos si la historia nos presenta un reinado mas azaroso, de mas turbulencias, ménos tranquilo y con más notables peripecias que el de D. Pedro IV de Aragon. Antes de reinar fomentaba ya las discordias en la familia, intrigaba para dividir los pueblos y manifestaba aquella ambicion, aquella sagáz política acompañada del atrevimiento y sostenida por un valor que no ceja ante los peligros. Si la paz es la felicidad de los pueblos, el reinado de D. Pedro no fué feliz. Inquieto y desasosegado vivió en continua lucha, y despues de haber

perseguido á su misma sangre, luchó con sus vasallos, y se mostró cruel hasta despues de la victoria. Por mas que al escribir los hechos de su reinado procuró darles un falso colorido para que la posteridad no maldijese su nombre, ni los que vivieron en sus dias, ni los que despues juzgan imparciales sus hechos, pueden aprobar las violencias, injusticias, arbitrariedades y hasta su proceder cruel con los propios y estraños. Como á guerrero era valiente, como á político sabia fingir, hasta que se presentaba ocasion oportuna, y como á escritor no era lerdo. Pero no quisiéramos vivir bajo el cetro de un rey como D. Pedro, ni alcanzar dias turbulentos y tan amargos como los de su reinado. Sin embargo, Morella mantuvo su fidelidad y el rey premió sus servicios.

2. Hallábase en Zaragoza D. Pedro cuando murió su padre y quiso celebrar las exequias, como tributo religioso á su memoria, y antes de ser coronado, ya recibió una comision de los catalanes para que pasase á Barcelona á jurar los usajes y costumbres de Cataluña. No se descuidaron los aragoneses en requerir al rey para que ante todo jurase los fueros de Aragon, y esto pareció más conforme, celebrándose luego la ceremonia de la coronacion con gran pompa: mil cubiertos tenia en la Aljafería para obsequiar á los grandes y caballeros que habian asistido á la funcion. Pero los catalanes no se dignaron entrar, manifestando el disgusto de no haber sido oidos. Tambien los valencianos disputaban á los catalanes la preferencia de ser los primeros en recibir al monarca, mas convocó córtes para Lérida y desde allí pasó á Valencia á confirmar sus fueros.



No habia olvidado D. Pedro el apoyo que D. Pedro de Jérica, caballero valenciano, dió á su madrastra y á los infantes sus hijos, y meditaba el modo de vengarse de él. Como gozaba de los privilegios de Aragon, no acudió á las córtes de Valencia y esto le sirvió de pretexto para perseguirle y secuestrar todos sus bienes. Repetidas contestaciones pasaron entre el rey y el magnate valenciano, en las que tomó parte el rey de Castilla, pero el odio antiguo que el rey tenia á D.<sup>a</sup> Leonor y á los infantes D. Fernando y D. Juan le cegaba, y no quiso ceder á las razones del de Jérica. Este tomó las armas, y con una fuerza numerosísima que tenia en Utiel y Requena entró en el país de Ayora y Enguera y destruyó sus campiñas. Acudió el rey, pero temiendo la proteccion que D. Pedro de Jérica tenia del monarca castellano, se retiró á Valencia y envió una comision para manifestarle los motivos que le asistian para proceder contra su vasallo: la respuesta del castellano fué evasiva, por lo que se traslucia su intencion.

3. Poderosas serian las razones del de Jérica cuando los mismos parciales del rey no se atrevian á decidir la cuestion y le propusieron reunir un parlamento de las personas mas notables, y sujetarse á su sentencia arbitral. Convino el monarca, á pesar de devorarle el odio y la venganza, y á mediados de Enero se congregaron en Castellon de Burriana (de la Plana) los prelados, grandes del reino y síndicos de las villas. Llegaron entónces los Legados del Papa con el objeto de impedir se rompiera la paz entre los reyes de Castilla y Aragon, harto amenazada por la conducta de D. Pedro con su

madrastra, pero muy poco se pudo adelantar. Se trasladó el parlamento á Gandesa sin que allí pudiera concluirse el asunto, y disgustado el rey se vino á Vistabella, desde cuyo punto despachó á últimos de Marzo de 1338 una embajada al Papa, suplicándole hiciera comparecer al Arzobispo de Zaragoza, de quien temia perturbara el reino, introduciendo la discordia en los súbditos. Por fin habiendo sometido el juicio á dos árbitros, por Aragon el infante D. Pedro y por Castilla D. Juan Manuel, pudo arreglarse el asunto, que tenia divididos los ánimos, en Daroca por el mes de Octubre del mismo año.

4. El reino de Mallorca con los condados del Rosellon y Cerdaña estaban en poder de D. Jaime, cuñado del rey de Aragon, que los tenia en feudo, pero ni D. Jaime podia sufrir la dependencia del rey aragonés, ni éste se resignaba á que aquellos estados estuvieran separados de la corona: eran dos reyes jóvenes y se miraban como rivales, esperando la ocasion oportuna, el uno para apoderarse del reino, ya que poder tenia para ello, el otro para romper las trabas que le sujetaban al de Aragon. Era éste más poderoso, y nunca faltan pretextos para cohonestar una accion, por injusta que sea. Habia el de Aragon requerido al de Mallorca para que se presentase á Barcelona á prestarle homenaje como feudatario, pero D. Jaime retardaba con escusas un acto que le parecia humillante. Por fin se decidió á venir á Barcelona en 1339 consintiendo con la ceremonia de prestar vasallage, pero pidió que fuese secretamente: no era este el pensamiento del rey de Aragon, que buscó artificios para humillarle, comenzando desde entónces aquella lucha secreta que acabó por perder el trono el de Mallorca.

Poco despues el rey de Francia amenazó invadir el terreno del Rosellon, y D. Jaime que debia defender sus estados, en vano pidió auxilio al de Aragon, porque éste le emplazó para que se presentase á Barcelona á responder á ciertos cargos; pero embarazado en la defensa del conddado no compareció y D. Pedro que mañosamente urdia la trama para perderle, reunió su consejo, convocó córtes, señaló un plazo dentro del cual debia su cuñado comparecer, y acusado de contumaz y desobediente, fué privado del reino de Mallorca y agregados sus estados á los de Aragon. El modo como D. Pedro escribe este injusto procedimiento prueba que tenia talento para llevar á cabo cualquier desigño por injusto que fuera, y cubrirlo con un falso barniz para que no apareciera tan feo.

Despues de esta apariencia legal, hallándose con fuerzas muy superiores, fácil le seria á D. Pedro apoderarse de las Baleares, cuyos habitantes no se hallaban dispuestos á defender á su soberano. Conquistó el reino de Mallorca, se marchó despues al Rosellon y si las repetidas instancias del legado del Papa aplazaron la total ocupacion del territorio, no tardó el rey de Aragon en volver obligando al desgraciado D. Jaime á rendirse ante su ambicioso rival implorando un indulto para él y sus vasallos fieles. Otra tentativa hizo D. Jaime pero fué tan desgraciado, que por fin tratando de recuperar sus estados, desembarcó en Mallorca, ausiliado por tropas francesas, y siéndole tambien adversa la fortuna, cayó en manos de un almogavar valenciano, que le cortó la cabeza; este fué el término de aquella lucha desigual. Solo hemos reseñado los principales acontecimientos. Era en 1344.

5. Ya en otra parte hemos visto el pacto que hicieron los aragoneses de unirse mutuamente para defenderse de los contrafueros ó arbitrariedades del rey ó de sus ministros, y la aprobacion y ratificacion del privilegio llamado de la *Union*: veremos ahora la desastrosa guerra civil, que produjo la exagerada libertad de estos pueblos y las funestas consecuencias de la encarnizada lucha, que envolvió á los aragoneses y valencianos.

D. Pedro se hallaba casado con D.<sup>a</sup> María, hija del rey de Navarra, de cuyo matrimonio nació una niña llamada D.<sup>a</sup> Constanza. Era costumbre en este reino tener la gobernacion general el sucesor á la corona, sea el primogénito del rey ó el pariente varon mas cercano. El infante D. Jaime se hallaba de gobernador general en el reino de Valencia; pero sea que inspirase recelos al rey ó que conservase algun resentimiento, lo cierto fué, que le relevó del cargo, mudando todos los empleados y dando el gobierno á D. Pedro de Jérica, á nombre de su primogénita D.<sup>a</sup> Constanza. Este cambio poco meditado produjo una alarma en los valencianos, que sospechaban si D. Pedro queria dejar el reino á una mujer, y como vieron sus fueros atacados, reunieron consejo, y apoyados en el privilegio de la *Union*, determinaron protestar enérgicamente contra la providencia del rey. El infante D. Jaime se marchó á Zaragoza, desde donde escribió á D. Fernando y D. Juan, que se hallaban en Castilla, invitándoles, á que se presentaran en aquella ciudad á ponerse al frente de los coaligados y rechazar con la fuerza las arbitrariedades de D. Pedro. Entre tanto, alborotado el pueblo valenciano, acudía á firmar su adhesion á

los unionistas, cuando vió, que el rey y D. Pedro de Jérica habían abandonado la ciudad; creció el despecho, y una conflagración general puso en movimiento á la plebe hostigada por los que deseaban humillar al monarca. Hallábase el rey en Cabanes cuando llegó á sus oídos el ruido de la tempestad, y envió otra vez al de Jérica para que se encargase del mando en nombre suyo. Era tarde: la ciudad de Valencia estaba conmovida y había publicado un acuerdo para que todo ciudadano espusiese las quejas contra el rey ó sus ministros. Para las reuniones del Consejo, ó para dar la voz de alerta, los jurados mandaron vaciar una campana, que llamaron de la *Union* y cuyos ecos poco después anunciaban la muerte de los que no seguían el movimiento popular. D. Pedro de Jérica, que no miró oportuno entrar en Valencia, reunió en Villareal á los del partido del rey, creó un consejo y procuró escribir á las principales plazas del reino, para que resistiesen los ataques de los unionistas y prestasen su apoyo á los realistas: otro tanto hicieron los de Valencia, comprometiéndose los pueblos en pocos días y levantando su bandera, unos en favor del rey, otros siguiendo á los de la union.

6. Los Jurados de Morella recibieron el oficio de Don Pedro de Jérica, para que enviasen un síndico ó representante á la junta que se celebraría en Villareal en 14 de Junio (1337) para deliberar sobre el modo de apagar el fuego de la rebelión que se había propagado á todo el reino. Cuasi al mismo tiempo había recibido el consejo otra invitación de los de Valencia para unirse á los defensores del reino, ponderando los desafueros de

los consejeros del rey y sus empleados, y rogándoles que se uniesen al pueblo, que no deseaba otra cosa mas que el bien comun.

Embarazosa era la posicion de los Jurados y consejo de Morella. No habia sido jamás desmentida su fidelidad á los reyes desde que D. Jaime I mandó estampar en su bandera el lema FIDELIS de que los morellanos hacian gala. Por otra parte la adhesion de cuasi todos los pueblos del reino al grito lanzado por los valencianos les hacia pensar que les asistirían razones para levantarse en defen-  
sa de los fueros hollados por el monarca. Resolvieron pues mantenerse neutrales y defender la plaza castillo de toda agresion armada, hasta que las armas decidie-  
ran la cuestion. En este sentido respondieron á los de Valencia y D. Pedro de Jérica, no enviando el síndico á Villareal; pero poniendo el castillo en estado de de-  
fensa y adelantando las obras de los muros, que desde el tiempo de D. Alfonso IV se estaban construyendo. Die-  
ron la órden á los prohombres de las aldeas, para que desoyesen todas las invitaciones de cualquier bando, y se armasen para repeler toda fuerza armada que pudiera presentarse, y no siéndoles posible se replegasen den-  
tro los muros de Morella, hasta que se resolviese la con-  
ducta que debería observarse.

7. Esta vez no hubo division entre Morella y sus aldeas; pero Jimen Garcés, de Albocácer, enardecido por las ideas de los valencianos, se levantó con una partida que poco á poco tomó mayores proporciones, agregándo-  
sele diferentes aventureros de los pueblos y recorriendo el Maestrazgo, incitando á la rebelion, y haciendo mil vio-

lencias con los que parecían adictos al rey. Penetró hasta el término de Morella y aun dejóse ver de las guardias del castillo, cuando un tercio que salió de la plaza le hizo conocer, que no permitirían los morellanos penetrar fuerza armada dentro sus muros, cualquiera que fuese el bando á que perteneciera.

Los unionistas de Valencia confederados con los aragoneses, se habían obligado con juramento á auxiliarse mutuamente, redactando un convenio y nombrándose un magistrado que hiciera lo que el Justicia de Aragon. Obligaron al rey á que convocara córtes en Zaragoza, y accedió á la pretension, bien á pesar suyo, pero no sin haber protestado antes en presencia de sus caballeros, que no tuvieran valor las concesiones arrancadas con violencia. Orgullosos y exigentes se presentaron los representantes del pueblo, afrentas y humillaciones tuvo que sufrir el monarca, pero no pudiendo sufrir á los coaligados, á cuya cabeza se hallaba su hermano D. Jaime; se levantó, le increpó duramente, retóle ante la asamblea, y levantándose un caballero catalan, *á las armas*, dijo, y las puertas del templo se abren entrando una turba armada, que penetró hasta el lugar en donde estaba el rey, levantándose un torbellino confuso entre las voces, los gritos, el ruido de las espadas, el tropel de los diputados y el pueblo: pudo el rey librarse, y se hubiera escapado siguiendo los consejos de D. Bernardo de Cabrera; pero D. Pedro, más sagáz y con una calma exterior, se presentó al dia siguiente, pretestó que le urgía marchar á Mallorca, dejando á su hermano y rival Don

Jaime y concediendo á los aragoneses todo lo que pretendian, tomó el camino de Barcelona. Confiado en la decision de los catalanes llamó á los síndicos de las villas y á los demás representantes. Acudió tambien su hermano D. Jaime, pero á las pocas horas murió. Entónces se dijo, que su muerte fué efecto de un veneno que el rey le hizo dar; despues se ha escrito por los historiadores: el rey en su Crónica dice que venia enfermo. No nos parece que fuera tan cándido que escribiese su fratricidio, y su carácter nos inclina á pensar, que no sería el primer rey que se valió del tósigo para acabar con la vida de un rival, siquiera fuese de su misma sangre.

La guerra civil causaba los mayores estragos. Los unionistas de Valencia, abandonados á los escesos de la venganza, entraron en la casa de D. Pedro de Jérica, gefe de los realistas valencianos, la saquearon, degollaron á cuatro criados y dieron fuego al edificio. Sabedores que de Teruel habia recibido el de Jérica un gran refuerzo, recorrieron la ciudad frenéticos en busca de terolanos, y en su vértigo y furor ahorcaron veintisiete, cuyo delito era haber nacido en Teruel. Tampoco eran mas hermanos los unionistas en nuestras montañas. Pequeñas partidas de bandidos entraban en las poblaciones de poca vecindad, robando y asesinando á cuantos no querian seguirles. Por desgracia la carestía de algunos años habia aumentado el hambre, y como si esto no fuera bastante, la peste arrebatava á centenares las víctimas. Solamente la partida de Garcós conservaba alguna disciplina, pero no podia impedir los escesos. Para poner coto á las maldades envió D. Pedro de Jérica al maestro de



Montesa con algunas compañías, que en venganza ó por represalias entró á sangre y fuego en Albocácer y en otros pueblos del Maestrazgo, que habian manifestado su adhesion á los unionistas. Así en el principio de aquella guerra civil unos y otros se ensañaban en la crueldad, vertiendo inhumanamente la sangre de sus conciudadanos. Desde entónces Jimen Garcés, el gefe de los unionistas de las montañas, renunció sus compromisos y ofreció al rey de Aragon su espada y los soldados, que militaban bajo sus órdenes. Solo quedaban en nuestras montañas algunas partidas de hombres de mala vida, ó como les llama una memoria de aquellos dias, *de bandolers*, que no pudiendo entrar en las poblaciones fortificadas, cometian los mayores atropellos en los pueblos pequeños y en las masías.

En Valencia se aumentaban los unionistas. D. Alfonso Roger de Lauria, que habia marchado á sitiar á Concentaina, fué por dos veces derrotado por los valencianos, si bien estos tornaron á Valencia para celebrar la victoria, en tanto que rehaciéndose los realistas ganaron la plaza, cometiendo los mayores escesos. Juan de Barrio, su gobernador, fué decapitado y desollado despues, se puso su pellejo sobre un portal; estas escenas de barbarie se repetian por uno y otro bando. Los valencianos recorrian las calles, entraban en las casas en busca de realistas, y una leve sospecha bastaba para que se acusase á alguno de desafecto á la union, se le metiese dentro de un saco, que puesto sobre una carreta se llevaba al rio, muriendo ahogado entre sus aguas. Una compañía de desalmados se encargaba de estas bárbaras ejecuciones, sin más proceso que el dicho de un unionista.

Tambien D. Pedro de Jérica reclutaba gente para oponerse á los de la union, y procuraba comprometer á los pueblos que habian permanecido neutrales. Morella y sus aldeas se habian declarado abiertamente por el rey, movilizandó algunos tercios, mientras que seguian las obras de fortificacion y se reunian pertrechos de guerra. Pero si estaban conformes con repeler con la fuerza á los unionistas, no podian las aldeas sufrir que Morella les obligase á trabajar en sus muros, y esto produjo alguna division cuyos resultados no tardaron en sentir algunas aldeas. Los valencianos viendo acrecentarse las fuerzas realistas con los soldados catalanes y con las mesnadas de algunos caballeros y barones de Aragon y Valencia, llamaron en su ayuda á los unionistas aragoneses, y estos no se hicieron sordos, enviandó un numeroso ejército. La llegada de la reina viuda D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla á Valencia con sus hijos D. Fernando y D. Juan, con tropas castellanas, detuvo á los unionistas aragoneses á las fronteras, creyendo que no eran necesarios en la capital, y este periodo fué uno de los más críticos para Morella declarada por la causa de D. Pedro. Amenazaron á esta plaza, cercáronla con fuertes trincheras y no pudiendo doblar, ni con promesas ni con amenazas á los morellanos, se estendieron por sus aldeas cometiendo tropelias y vejaciones en donde no podian resistir el empuje de los golpes repetidos de los aragoneses. Los unionistas del bajo Maestrazgo y plana de Burriana se reunieron en Castellon en número de cinco mil, nombraron por gefe á Berard de Canelles, valiente y arrojado ciudadano, y amenazaron subir hasta Morella para vengar los agravios hechos á su partido. Entraron

en Onda, defendida por Arnaldo de Riusech, degollaron á este gobernador y á otros vecinos señalados por realistas y estaban para encaminarse á estas montañas, cuando D. Guillem de Belvis, gobernador de Burriana, que mandaba una fuerza respetable, les cortó los pasos y se retiraron otra vez á Castellon.

En tal estado se hallaba nuestro reino, en tal conflicto nuestras montañas cuajadas de aragoneses, cuando una comision del Papa llegó á Murviedro, en donde el rey se encontraba, para reconciliar á D. Pedro con su madrastra y sus hermanos D. Fernando y D. Juan que estaban en Valencia; se entablaron negociaciones, que no despreció el político y sagáz D. Pedro. Deseando éste marchar á Teruel, el pueblo de Murviedro se alborotó, le obligó á marchar á Valencia, en donde se firmó un tratado entre los hermanos, concediendo á D. Fernando el derecho de primogenitura, confirmando el privilegio de la union y otorgando á los valencianos un *Justicier*, al modo del Justicia de Aragon. Luego escribió el rey á Morella, para que jurasen la Union, suspendiendo las hostilidades, como si luciera una estrella precusora de una paz duradera. Pero sea que el rey D. Pedro diera órdenes secretas, ó que los morellanos no estimaran en mucho la carta del monarca cuasi cautivo, y sin libertad para escribir, lo cierto fué que lejos de dejar las armas y jurar la Union, abastecieron el castillo, reclutaron tres compañías de jóvenes, nombraron por capitán al joven noble D. Geraldo de Torres y se pusieron bajo las órdenes de D. Lope de Luna, declarado abiertamente por D. Pedro. Tampoco los gefes realistas miraron como espontánea la

declaracion del monarca, pues se aprestaron para nueva campaña.

9. Violentado se encontraba D. Pedro en Valencia; por mas que fingia un afecto á su hermano esperaba un pretesto para salir de aquella ciudad, y la peste que se habia cebado, se lo proporcionó. Esta enfermedad se habia hecho general en todo el reino. En Valencia morian cada dia trescientas personas y el rey manifestó deseos de marcharse, para no ser víctima del mal. Pocos dias que habia salido de Valencia, cuando por todas partes se renovaron las crueldades de la guerra. Realistas y unionistas se atacaron de nuevo, y el reino polulaba de gente armada que marchaba en diferentes direcciones. Los unionistas de Zaragoza y Tarazona rompieron la guerra; D. Lope de Luna con sus realistas acude al peligro, y el rey que habia arrojado la máscara escribe á las ciudades y villas de su devocion para que envíen sus fuerzas. Tambien el infante se habia puesto á la cabeza de los unionistas y con una columna de quince mil hombres se hallaba cerca de Epila. Allí acude el de Luna, se traba una batalla, en la que los unionistas sufrieron una derrota tan completa, que el infante Don Fernando y demás caballeros de su bando fueron prisioneros y los pendones de la Union en manos de los realistas. El infante fué enviado á Castilla, y los prisioneros conducidos á Zaragoza esperaron el fallo de una sentencia, que, atendiendo el carácter del rey, no podia ser muy benigna.

Hallábase D. Pedro en Cariñena, cuando supo la derrota de los unionistas y se trasladó á Zaragoza para cas-

tigar los delincuentes. Trece de los principales fueron procesados y sufrieron la pena de horca; otros en diferentes pueblos del reino tuvieron la misma suerte, los demás quedaron presos esperando el fallo hasta la total pacificación de estos reinos.

10. El reino de Aragon estaba en paz, y D. Pedro convocó córtes en Zaragoza. Reunidos los próceres del reino, conocieron los males ocasionados por un privilegio de libertad exagerada, causa de continuos disturbios, y renunciaron la concesion de reunirse, la *Union*, y entónces tomando el monarca el pergamino, que llevaba escrita la concesion, sacó del cinto el puñal y á vista de todo el pueblo aragonés hizo trizas el documento. Tanto era el odio que el rey habia concebido al privilegio de la *Union*, que al rasgarlo se hirió la mano con el puñal. De aquí el que los valencianos llamasen á D. Pedro IV, *En Pere del punyalet*.

11. Solo faltaba sujetar á los valencianos, pero no le parecia difícil, porque despues de la batalla de Epila los pueblos se sujetaban á la obediencia del rey. Equipó una flota en Barcelona y á principios de Noviembre de 1348 se dirigió á la capital de nuestro reino como un conquistador triunfante. Los valencianos, en los últimos esfuerzos de la desesperacion, eligieron por general de los unionistas á un letrado, llamado Juan Sala, y recorrieron la huerta de Buriana y Murviedro como furias que llevaban la muerte y la desolacion, pero alcanzados por los realistas en Mislata, se vieron obligados á refugiarse en Valencia. Allí llegó el rey, con ánimo de arrasar la ciudad hasta los cimientos. *Es ver*, dice Don

Pedro en su crónica, *que nos per la gran rebelió quens habien fetu los de la siudad, erem de enteriment, que la siudad fos cremada é destruida é arada de sal.* Pero sus consejeros le dijeron, que no debian pagar por los criminales los hombres pacíficos, ni olvidarse los servicios prestados á la corona y los que podian prestar en lo sucesivo. Salieron comisionados de Valencia, se firmó un convenio y entró el rey en la ciudad pocos dias antes de la Pascua del nacimiento del Señor.

En el convenio se estipuló que podria el rey procesar á los culpables, hasta imponerles sentencia de muerte, y muy breve fué el proceso, pues cinco dias antes de Navidad, fueron sentenciados á muerte veinte de los principales unionistas, unos degollados, otros arrastrados y algunos con un género de muerte, cuya sola idea nos horripila. Dispuso el rey que se fundiera la campana, que servia para reunirse el consejo de la union, y colocando á los mas criminales sobre un podio en la plaza de la Seo, les dió á beber con un cucharón del metal derretido, muriendo abrasadas sus entrañas. *Perque, dice el rey, fós justa cosa, que aquells quell abien feta fer beguesen de la licor de aquella com fon fusa.*

Solo faltaba reducir á los unionistas de Castellon de la Plana, y D. Pedro envió á D. Pedro Boil con un grueso ejército, porque se hallaban los que pudieron escapar de los pasados descalabros. Mandaban la fuerzas de la Union D. Arnaldo de Miracle, D. Umberto de Cruilles, y el tribuno popular D. Berart de Canelles, resueltos á morir antes de entregarse. Prodigios de valor se vieron en los castellonenses, hasta las mujeres se atrincheraron

ron á las murallas, para arrojar piedras á los sitiadores. Una heroína en valor recorría los lugares mas peligrosos, y al ver á D. Guillem Boil, hermano del gefe de los sitiadores, le arrojó un guijarro con tal furia en la cabeza, que quedó muerto. Pero cansados de la resistencia los de Castellon se entregaron y Boil cometió tantas atrocidades con los vencidos, que ahorcó trece de los mas comprometidos, entre ellos la mujer que mató á su hermano. Así acabó la guerra de la Union.

12. Pedro tenia, al parecer, asegurada la paz en sus reinos. Los castigos ejemplares que presenciaron los unionistas pudieron intimidarles para no levantarse de nuevo, y el célebre privilegio origen de tantos males se habia rasgado en una pública asamblea, con el asentimiento de los representantes de la nacion. Pero en el trono de Castilla se sentaba un rey bullicioso é inconstante, y los hijos de su madrastra eran deudos del castellano ¿por qué no podian resucitar nuevas pretensiones y envolver el reino en nuevos conflictos? Por esto el rey de Aragon desterró á los que más se habian distinguido en las pasadas revueltas y se habian escapado de la muerte á los puntos que le inspiraban más confianza por la lealtad de sus moradores. Morella vió llegar á muchísimos proscritos ya de Zaragoza, ya de Valencia y otros puntos declarados por la Union. Algunas de estas familias quedaron establecidas en esta poblacion, y no todos los desterrados pudieron volver al seno de sus familias. Tal vez de alguno de estos seria una lápida encontrada dos años ha en el parque de artillería, que nosotros co-

piaremos, porque pertenece á una familia zaragozana de distincion.

13. La sepultura se hallaba á flor de tierra, cubierta con una piedra cuadrilonga de metro y medio de longitud por cincuenta centímetros de ancha. A uno y otro extremo dos escudos, uno con su águila y otro con una estrella, y entre ellos tres líneas con caracteres marcados en relieve, perfectamente trabajados. La leyenda es con las faltas de ortografía.

† HIC: E: SEPULTUS: DNS: IOHS: DE: SUBIRAT:  
 CIVIS: CESARAUGUSTANUS: QUI: OBIT:  
 MORELLE: V: KLS: IULI: ANO: DM: M: CCC: LV:

*Aquí se halla sepultado D. Juan de Subirat, ciudadano de Zaragoza, que murió en Morella el 25 de Junio de 1355.*

Después de quinientos años los huesos de Subirat han salido sobre la tierra para recordarnos aquellos días de desolacion y de luto.

14. En el año 1350 se hallaba el reino de Aragon en calma, pero D. Pedro no dejaba de recelar una nueva intentona de su hermano D. Fernando que se hallaba en Castilla; mayormente habiendo muerto su rey y sucedidóle en el trono su único hijo legitimo D. Pedro, llamado el *Cruel*. No sabia que el reinado del Castellano D. Pedro habia de reportarle una série de disgustos, que solo terminaron cuando murió en manos de su hermano D. Enrique. Nosotros atravesaremos rápidamente este largo período, apuntando solo lo que mas pueda interesarnos.



Receloso D. Pedro de Aragon de que su hermano Don Fernando intentara una invasion en sus reinos, hizo grandes apercebimientos de guerra. Envió sus tropas á la frontera, esperando en la primavera de 1352 á su rival, que no acudió por entónces. Se hallaba el rey en Lérida, y pasó al reino de Valencia para observar de cerca los movimientos de las tropas castellanas. El 30 de Junio entró en esta villa en compañía de su tío D. Pedro, del Obispo de Valencia D. Ugo, D. Pedro de Jérica y otros nobles caballeros, y se trató sobre el modo de asegurar la paz. Se procuró aliarse con el rey de Castilla, se entró en negociaciones para que D. Fernando volviera al servicio del rey de Aragon, y todo parecia anunciar dias de tranquilidad para el reino. Pero algunos recelos abrigaría el monarca de Aragon, cuando mandó activar las obras de fortificacion de Morella, y mediante una oferta de mil florines, concedió á las aldeas, que pudieran levantar muros y torres en sus respectivas localidades, independientes de Morella, concediéndoles un Justicia, pero con el carácter de interinidad, aplazando para despues él dictar la providencia que pareciere mas justa.

Las guerras de Italia, que de propósito dejamos sin recordar, embarazaron al rey por algun tiempo, pero en 1356 el inquieto rey de Castilla rompió las paces y puso este reino en gran peligro. D. Pedro nombró generales para dirigir las operaciones, al Conde de Denia con un cuerpo de tropas en la ribera del Júcar, y á D. Pedro de Jérica en esta parte del reino. No tardaron los castellanos en invadir el territorio, entrando por Murcia, si bien despues de algunas escaramuzas é intentonas para

apoderarse de Castalla, Onil y Biar, tuvieron por conveniente suspender la empresa. Se firmaron treguas, que una y otra vez se rompieron, distinguiendo á los dos reyes aquella veleidad de carácter, que prolongó la lucha tantos años. Solo se pudo lograr que el infante D. Fernando se reconciliase con D. Pedro, su hermano y dejase el servicio del castellano.

En 1359 recelando el aragonés que los castellanos entrasen por la parte de Murcia, envió á D. Pedro de Jérica con todas las compañías de á caballo á Orihuela. Invitó al consejo de Morella, para que haciendo un esfuerzo enviase sus tercios y los ginetes que pudiera reunir (caballés) y que pues tantos sacrificios tenían hechos por su causa añadieran otro más, recogiendo dinero para los gastos de la guerra que amenazaba. Nuestros historiadores nada dicen de la guerra de este año, pero documentos auténticos que tenemos á la vista recuerdan algunos choques que nosotros consignaremos (1). Salió de Morella un escuadron de caballería al mando de D. Domingo Segura que se puso á las órdenes de García de Loriz, teniente general en el ejército de operaciones del Júcar, y dos tercios al mando del Justicia mayor de Morella Geraldo de Torres, que se pusieron á las órdenes de D. Guillermo de Blanes, comendador de Culla y comandante de las fuerzas que se hallaban en el Maestrazgo. La caballería, que estaba acantonada en Orihuela, fué atacada por algunos escuadrones de Murcia, y el capitán Segura tanto se adelantó, que

---

(1.) Sobre esta guerra con Castilla, pueden verse los notarios de Morella, Domingo Ferrer y Pezonada en sus protocolos de estos años.

envuelto en una carga de caballería enemiga, mataron su caballo, debiendo la vida al socorro de sus soldados, que acudieron á defenderle: esta acción se dió el once de Agosto.

Otra vez se convinieron los dos reyes y otra vez se rompieron las hostilidades, porque si inquieto era el rey de Castilla, tampoco el de Aragón podía sufrir insultos y denuestos. En 1363, cuando D. Pedro de Aragón se hallaba en Zaragoza, las huestes castellananas penetraron en sus estados, entraron en Teruel, siguieron triunfantes su marcha, apoderándose sucesivamente de Segorbe, Liria, Almenara, y por fin de Murviedro, en donde sentaron cuartel general. Orgullosos por tantas victorias D. Pedro de Castilla, pasó á Valencia, se aposentó en el Real, fuera los muros, é intimó la rendición á la ciudad. Se resistieron los valencianos, hasta que llegó el rey, y desde Burriana, envió al infante D. Fernando con algunas compañías; los castellananos se retiraron á Murviedro. El punto de reunión había sido San Mateo, en donde Don Pedro, que mandó reclutar, las compañías y escuadrones pasó revista á la tropa y encontró tres mil caballos y un gran número de peones; con esta fuerza podía oponerse al castellano y presentarle batalla. Adelantó hasta Nules, retando á los castellananos, que no tuvieron por conveniente salir de Murviedro. Así estaban frente á frente los dos ejércitos, cuando tuvieron parlamento, sentando unas treguas y proyectando algunos matrimonios entre la familia de ambos monarcas, para asegurar mas la paz tanto deseada.

Más de una vez hemos apuntado las rivalidades entre D. Pedro de Aragón y su hermano D. Fernando, mar-

qués de Tortosa; las defecciones de éste, que hoy militaba bajo el estandarte de Aragon, mañana bajo el de Castilla; y el odio más ó ménos disimulado del monarca aragonés á su madrastra y á sus dos hijos: ahora veremos el término de las disensiones. Tiempo hacia que el infante D. Fernando reclamaba el salario de las dos compañías que le servian á sueldo, pero el rey ó no podia satisfacer las cantidades, ó se hacia sordo á las justas reclamaciones. Hallábase en Zaragoza el infante y aprovechando la ausencia del rey, entró con fuerza armada en la casa del tesoro, rompió las arcas y se apoderó del dinero. Súpolo el rey, y disimulando la ofensa, esperó ocasion de vengarla. En estos dias cuando se hallaban acampadas las tropas en los llanos de Burriana, pasó Don Pedro á Castellon, y concibió el inicuo pensamiento de vengar las injurias, que habia recibido de su hermano. Hallábase el infante en Almazora con sus compañías, y el rey, que no queria consumir el crimen á vista de las tropas de su hermano, temeroso que le defendieran, envió al conde de Urgel y al vizconde de Cardona para que le manifestasen los deseos de comer con él y de enterarle de ciertos asuntos. D. Fernando, que no sospechaba una felonía de su hermano acudió á Castellon conmió con el monarca, y retirándose luego á su cámara con D. Juan de Urrea, Gombal de Tamarite y otros, vió entrar á un alguacil que le intimó quedase preso. No era D. Fernando tan dócil para obedecer á la orden y tomando la espada hizo salir al mensajero á toda prisa de su habitacion; se repitió la orden y entónces el infante, animado por los consejos de D. Diego Perez, quiso antes

morir que entregarse. Muerto ó vivo se ha de prender, dijo el monarca; y adelantándose el conde de Trastamara con algunos caballeros, comenzó una lucha dentro de el mismo palacio. D. Fernando atravesó con su espada á un escudero del de Trastamara, pero D. Pedro Carrillo, que habia acudido por el rey, acabó con su vida, y con la de sus amigos Perez Sarmiento y Luis Manuel. Tal fué el término de aquellas rivalidades entre los dos hermanos, que jamás se estimaron, porque tenian diferente madre. Tortosa y Albarracin por la muerte de D. Fernando entraron á la corona.

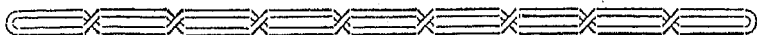
Pasado algun tiempo, cuando los asuntos de Italia tenian ocupado al rey de Aragon el de Castilla rasgó los tratados de Murviedro, entró de nuevo en el reino de Valencia, cercó la capital, se apoderó de muchas fortalezas y derramándose sus tropas por todo el reino, llevaron el pánico y el terror á todos los pueblos cansados ya de una guerra cuyo fin no se podia calcular. No tenemos detalles de las acciones que se dieron en nuestras montañas, ni de las violencias y grandes trastornos que sufrieron los pueblos; pero en un documento de aquellos dias, en el memorial que las aldeas presentaron al rey, para que las separase de Morella, se dice: que fueron tantos los sacrificios, tan tenáz la resistencia de algunas, tantos los trabajos y sufrimientos, que bien merecian se les concediese la gracia de villa independiente. Se añade, que en algunas aldeas apenas se contaban una mitad de sus vecinos, los otros habian muerto en la guerra con Castilla, ó víctimas de la larga peste; y otras habian quedado arrasadas y abandonadas de sus vecinos. No podre-

mos aventurar congeturas, ya que en el *Memorial* no se nombran las aldeas que pudieron resistir el ataque de los castellanos, pero tal vez las que fueron destruidas y abandonadas de sus vecinos serian Callosa, Malagraner, Sarañana, Puebla del Ballestar y otras, cuyos nombres apenas suenan despues de aquellos dias. En el espediente á que nos referimos constan los inmensos sacrificios del pueblo de Morella, y la resistencia, á pesar de los repetidos ataques que sufrió en los sitios de los castellanos, pero ningun detalle, ni de las acciones de guerra ni de los ausilios, de que hacen mérito las aldeas y Morella.

Las rivalidades de los dos Pedros, el de Aragon y el de Castilla, solo terminaron cuando D. Enrique de Trastámara acabó con la vida de su hermano en lucha personal. Tantas eran las crueldades de D. Pedro de Castilla, que sus vasallos respiraron al empuñar el cetro el bastardo D. Enrique, como si hubieran salido de entre las garras de un mónstruo.

Poco podemos decir de D. Pedro de Aragon en los últimos años de su reinado. Las aldeas de Morella maldijeron su nombre, porque á pesar de los sacrificios que hicieron por defenderle, revocó la concesion de 1369, y devolvió á la capital sus antiguos privilegios. D. Pedro murió en Barcelona el 5 de Enero de 1389.

---



## CAPITULO VII.

### RESUMEN.

---

1. D. Juan I, su carácter. 2. Sentencia del largo litigio entre Morella y sus aldeas. 3. Muerte del rey. 4. D. Martin, su carácter. 5. Estado moral en estos reinos. 6. Pequeña cruzada. 7. Predicacion de San Vicente Ferrer. 8. Muerte de D. Martin. 9. Pretendientes á la corona, bandos, guerra civil en estas montañas. 10. Compromiso de Caspe. 11. Eleccion de D. Fernando de Antequera.

1. **A** la muerte de D. Pedro IV de Aragon, su última esposa D.<sup>a</sup> Isabel de Esforcia, recelosa de que el infante heredero procediese contra ella, se habia ausentado de Barcelona. El pueblo alborotado marchó en seguimiento suyo, disponiéndose se tocasen todas las campanas á *Sometent*, nombre que ha pasado hasta nosotros. Buscó la seguridad en el castillo de San Martin de Zarroca; pero allí se presentó el infante D. Martin, gobernador del Principado, y la reina viuda se entregó con los caballeros que le acompañaban, y las riquezas que traía consigo.

D. Juan, primogénito del rey D. Pedro heredó la corona de Aragon, pero no la actividad, el valor, y la política sagáz de su padre. Solo le imitó en los años primeros de su reinado en el encono á su madrastra. D. Pedro persiguió á D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla, D. Juan á D.<sup>a</sup> Isabel de Esforcia, y cuando no encontraba pretextos en la ambicion de la reina viuda, le atribuyó, que era causa de su enfermedad, por haberle dado, no sabemos que, para hechizarle. Despojóle de las rentas recibidas de su padre (1.) y comenzó un proceso contra la supuesta hechicera. Mandó ponerla en la tortura, y ya que la reina se resignó á perder los bienes y castillos heredados, desfogó su cólera con sus amigos, decapitando veinte y nueve entre caballeros y personas de distincion.

Satisfecho con haber desahogado su viejo resentimiento, se entregó á la indolencia, y al regalo. Su pasion favorita era la caza, después la música y fútiles entretenimientos que le embargaban el tiempo. No podia ser amado de sus vasallos quien consumia los tesoros en festines y cacerías y entregaba las riendas del gobierno á su mujer.

2. A pesar de su vida indolente, Morella pudo estar agradecida á este monarca, pues terminó el largo pleito con sus aldeas, si bien, no fué otra cosa, que aplazar la cuestion para tres siglos despues. Varias veces hemos insinuado el empeño que tenian las aldeas en separarse de Morella, para ello habian hecho los mayores sacrificios pero todo sin fruto. Viendo que eran desatendidos, formu-

---

(1.) Téngase presente, que solo apuntamos hechos.



laron una representación en los años últimos del reinado de D. Pedro, la repitieron en el presente y despues de varias contestaciones, se dictó una sentencia, consignándose en ella la conducta que se debiera observar en lo sucesivo, y deslindando las atribuciones del Justicia mayor, de los Jurados y demás funcionarios públicos de Morella y de sus aldeas. La fecha de este documento en Monzon 7 de Setiembre de 1389. Nosotros tenemos hecha mencion (T. I. pág. 129 y 207) y no repitiremos lo que queda sentado (1.)

3. Hemos dicho, que D. Juan I pasaba el tiempo distraido en las cacerías. Un dia que con sus monteros seguia á una loba, se adelantó con su caballo, perdióse de vista por entre los bosques de Foixá, y sea que el caballo se espantase al acercarse al carnívoro animal, ó que algun accidente repentino asaltára al rey, lo cierto fué, que al encontrarle los monteros era hecho cadáver en medio de la selva, sin haber dado señales de vida. Era en Mayo de 1395.

4. D. Juan no dejó hijos varones, á pesar de haber estado casado con tres mjeres, y la corona pasó á su hermano D. Martin que se hallaba en Sicilia. Los tres brazos del reino enviaron un mensaje, para hacerle saber la muerte de su hermano, rogándole, que á la brevedad posible viniera á tomar las riendas del gobierno, entregadas interinamente á su esposa, que se hallaba en Barcelona. Entre los de la comision se halla D. Ugo de Lupia, obis-

---

(1.) Esta sentencia se mandó imprimir despues en 1638, en Valencia, por Juan Bautista Marzal; de la que solo hemos visto el ejemplar que tenemos.

po de Tortosa, con cuya compañía vino á España, habiendo antes tenido una entrevista con D. Pedro de Luna, para manifestar los deseos de que acabase el cisma que affigia á la iglesia.

El carácter del rey D. Martin lo pinta el historiador catalan Carbonell con tanta sencillez, que se nos permitirá copiar un párrafo literal. *Era home de poca estatura é gras; era cognominat lo ecclesiastich, tal nom imposat per cuan cascun dia ohia tres mises, é deye axi hores é ofisis com un prevere: é miraves molt en los ornaments de les esglesies y en el de la seua capella, que tenia mol ben ataviada.* Si nuestro siglo se sonríe al recordar los inocentes placeres y los piadosos sentimientos de un rey, nosotros despues de haber atravesado otros reinados sobre charcos de sangre y ver ensañados los monarcas en la mas fiera crueldad, nos complacemos en encontrar un rey, que sin descuidar los asuntos graves de la nacion, se ocupaba en dar á Dios lo que era de Dios. D. Martin, dice un historiador moderno, tenia todo el talento de su padre, sin participar de los vicios y crueldades que tan odioso hicieron á Don Pedro.

5. Triste es el cuadro que nos presentaban los reinos al comenzar el siglo XV. Habia pasado un siglo de guerras civiles; en el reinado de D. Juan *el indolente*, no se habian mejorado las costumbres, porque los convites, las fiestas y cacerías tenian entretenido al monarca, que poco se cuidaba de proporcionar el bien á los pueblos. El orgullo de los nobles producía rivalidades que dividian los pueblos en bandos y parcialidades, apelando á las armas para defender al gefe del partido, bajo cuya bandera les

habia puesto la casualidad, el interes, ó la venganza. Los Centellas en Valencia luchaban contra el partido de Soler; los Lanuzas en Zaragoza contra los Cerdanes y poderosos eran unos y otros para sostener aquella lucha popular que turbaba el reposo de los ciudadanos. El cisma que dividia la iglesia, desde que los cardenales reunidos en Fondi, ó arrepentidos de haber eligido á Urbano VI, ó con dudas sobre la validéz de la eleccion, se permitieron elegir otro Pontífice, Clemente VII, en 21 de Setiembre de 1378, las naciones católicas, ó vacilaban en la duda, ó se apartaron de la obediencia á alguno de los pontífices, ó se inclinaban por política ó por el interés hoy á este, mañana al otro Papa. Los hombres eminentes en santidad y sabiduría fluctuaban ante las razones que se presentaban para defender los derechos que asistían á cada uno de los Pontífices. Divididos los cardenales unos en Roma y otros en Aviñon, trabajaban para hacer prevalecer su voto, y al morir algunos de los dos Pontífices eligian otro en su lugar, si bien con la condicion de que renunciara la dignidad suprema, cuando el otro Pontífice se allanase ha hacerlo por bien de la iglesia. A Urbano VI sucedió Bonifacio IX, á Clemente VII, el aragonés D. Pedro de Luna, natural de Illueca, que tomó el nombre de Benedito XIII, continuando el cisma y desgarrándose de este modo las entrañas de la esposa del cordero.

En tal estado, divididos los fieles entre los dos Papas, sin saber á quién debian prestar su obediencia; cuando para asegurarse en el poder empleaban todos los medios por bastardos que fueran, para atraerse el valimiento de

los reyes; cuando los mismos Pontífices derramaban las gracias á manos llenas, no siempre sobre el mérito y la virtud; ¡considérese cuan entibiado estaria el fervor religioso, cuan relajados los lazos de la moral, cuan corrompidas y desarregladas las costumbres de los pueblos! Entre esta confusion levantaron la cabeza los judíos cuya raza habia crecido tristemente en este reino; los mahometanos, que poblaban muchas bailías y condados, y que, apesar de verse vencidos, no olvidaban ni su ley, ni los tiempos que dominaron estas tierras, y entre la confusa barahunda, los ladrones, asesinos y gente de mal vivir, que aprovechaban aquellos dias de confusion, para medrar á costa de los pueblos desprevenidos, ó de las casas de campo que no podian oponerles resistencia. Triste es el panorama que nos ofrece el principio del siglo, y veremos luego como se recargó con negras tintas á la muerte del monarca.

6 Pero en medio del desarreglo de costumbres que presenciaba nuestro reino, nos place el ver, que en Morella se conservaba una fé, que no desmentia la fé de los morellanos del primer siglo de la restauracion. Apesar de las ambiciones y rivalidades de los grandes y de la corrupcion del pueblo, á la muerte del rey de Castilla D. Enrique III, quedó regente del reino, durante la menor edad de D. Juan II, el hermano de su padre Don Fernando, príncipe noble, valeroso y justo, y quiso dirigir sus armas, no contra los reyes cristianos, sino contra los moros, que dominaban en el reino de Granada. Publicó una cruzada y reuniendo fuerzas bastantes para humillar al soberbio granadino, marchó al combate, con-

siguiendo grandes victorias. En 1409 se firmaron treguas entre el príncipe cristiano y el musulmán, pero con ánimo de seguir las hostilidades en la primavera siguiente. El sueño de oro de D. Fernando era la conquista de Antequera, y preparaba los medios para llevarla á cabo. Un jóven morellano, Guillermo Compani hijo de Raimundo, distinguido caballero quiso participar de las glorias y fatigas de la conquista de Antequera, y también de las gracias espirituales que concedía la Iglesia á los que combatían en las batallas contra los enemigos de Dios y su iglesia; y enardecido con esta idea, se dirigió á los comisarios por el Papa Benedito para conceder las gracias, que lo eran el arzobispo de Zaragoza, el obispo de Huesca y el abad de Montaragon, los que accedieron á la demanda, extendiendo la Bula en Morella en donde se hallaban con el rey D. Martín á últimos de 1409. Reunió su mesnada entre deudos, amigos y jóvenes fogosos y se dirigió á Antequera, en donde el príncipe D. Fernando tenía cercado al moro Alkarmen, que con altivez desafiaba todo el poder del castellano, resuelto á perecer entre los escombros de la ciudad, antes de entregarse á los cristianos. Solo sabemos, que el tercio de la cruzada de Morella se portó con valor en el sitio de Antequera, estrechando su caudillo Guillermo Compani la amistad con el infante castellano, á quien luego sirvió como súbdito, pues no tardó en ser rey de Aragon. En una sumaria para acreditar la nobleza de la familia de Compani, se aduce este servicio á los reyes y entre los papeles de la casa se encuentra original la bula de los comisarios de la cruzada.

7. Cuando las naciones se agitan, cuando las sociedades arden con el fuego de la discordia, cuando la corrupcion amenaza invadir todas las clases, entonces la Providencia hace surgir un genio del bien, un ángel de paz, que calme las inquietudes y corte la gangrena que corroe el cuerpo social. En los tiempos que recorremos el genio del bien, el ángel de paz y de consuelo fué San Vicente Ferrer. A nosotros, acostumbrados á ver el destino de los pueblos en manos de un guerrero afortunado que con una manó dirige las riendas del gobierno y con la otra ostenta una espada, cien veces manchada con sangre del hombre, nos parece estraño de que en otros dias se escuchara con atencion á un fraile, y que sus palabras fueran tan poderosas, que despues de domar las pasiones del hombre, dispusiera de los tronos, y rigiera á los grandes potentados.

Niño era Vicente Ferrer y llamaba ya la atencion de sus compatricios. De talento precóz, de virtud admirable, era la admiracion y el encanto de Valencia, su patria, y cuando llegó á otra edad, recorria los pueblos, predicaba á sabios é ignorantes, y tan copioso era el fruto de la divina palabra, que los judios se convertian á millares á la fé cristiana. Su fama ya no podía caber dentro del reino, estrecha era España para el apóstol valenciano, que se estendió en más vasto campo, recogiendo siempre y en todas partes más abundantes y copiosos frutos.

En 1410 vino á Morella y era tanta la ansiedad que tenia esta poblacion de saludar al P. Vicente, que al entrar por la puerta de San Mateo no podia penetrar, porque el inmenso concurso de gentes obstruia el paso. El

Baile, Justicia, y Jurados, que habian salido á recibirle, al ver la piedad imprudente, que le cortaba trozos de su modesto hábito, encargaron á Valencia *estameña* para un hábito nuevo, segun se vé en las cuentas, que de aquel año presentó el depositario de fondos del comun. El P. Vidal, en la vida que publicó de San Vicente Ferrer, nos refiere algunos hechos de aquellos dias; antiguos escritos se hallan conformes con la tradicion, y nosotros, que debemos dar cuenta de los viajes á Morella del varon justo, debemos consigarlos en este escrito.

En la parte E. de Morella, en el barranco llamado del *Tin*, á unos trescientos metros de la muralla, hay un manantial llamado de *San Vicente*, del que hemos hecho mencion en nuestra hidrografia. Esta fuente perene era lugar de recreo en el siglo xv. Un dia en que San Vicente salió á tomar los aires y á descansar de la fatiga de su pesado ministerio seguido del pueblo, que no se cansaba de oir la divina palabra, pareció el santo aprovechar la ocasion, y les habló con tanto celo, que el auditorio derramaba lágrimas. Para dar fuerza á sus amonestaciones: *es tan sert lo que dic*, añadió, *que no faltará la meua paraula, aixi com may faltará el audia en aquesta font*. La profecía se ha cumplido hasta nuestros dias. El notario Lopez de Vidal la recuerda, cuando consignó en uno de sus protocólos la gran sequía que agotó todas las fuentes en 1649 y 50.

Pero lo que hizo mas célebre el viaje apostólico del P. Vicente fué el prodigio, que obró Dios por su intercesion: es uno de los más admirables y por esto lo re-

cuerdan los historiadores del santo. Una aberracion mental habia turbado el juicio de una señora, que vivia en la calle de santa Maria, hoy llamada de la Virgen. Oyó predicar á San Vicente y no podia menos de participar del comun entusiasmo del pueblo morellano. Su esposo quiso, que el fervoroso misionero comiera un dia en su casa, y previno á su mujer en uno de los intervalos sanos, diciéndole: mañana comerá el P. Vicente con nosotros, pero quisiera que no economizaras gastos: saca á la mesa viandas de lo mas precioso y de más estima que poseemos. Estas palabras, recogidas por una mujer de juicio poco sano, le hicieron cavilar. ¿Cuál será, se decia, la cosa más preciosa y de más estima que tenemos en casa? Ya lo sé. No hay cosa de más precio, ni que estimemos más, que el niño, fruto de nuestro legítimo matrimonio. El será, pues, el plato que mi esposo quiere servirnos en la mesa, en donde se ha de sentar el P. Vicente; y tomando en sus manos al niño le mató y aparejó la horrible vianda. ¡Dios sin duda, permitió este acto triste para que resplandeciera su poder, y para dar un testimonio de la virtud de su siervo!

Llegada la hora, el marido, que echó de menos al niño, preguntó por él. ¿El niño? ¿No me digistes, repuso la mujer, que aderezase un plato de lo más precioso y de más estima que se encontraba en la casa? ¿Pues qué cosa más estimada, ni de más precio que nuestro hijo? ¡Sola su carne podria satisfacer tus deseos! Helado quedaria el corazon del padre al oír á su esposa, qué tranquila referia el hecho más triste y horripilante, y alentado por la esperanza, se postró á los pies de San Vi-



cente, implorando sus oraciones para restituir la vida al hijo objeto del más puro amor. El Taumaturgo mandó sacar el guisado, levantó los ojos al cielo, y aquellas carnes cocidas se reunieron, sus miembros cobraron vida y el niño salió hermoso, alabando el poder del que daba vida á los muertos. El prodigio es admirable y por esto arrancará una sonrisa á los filósofos del siglo; pero es mas digno de Dios, y nosotros no tenemos motivos para dudar de lo que afirman antiguos escritores.

En el siglo xv la casa de San Vicente pertenecía á la familia de Gavaldá. D. Francisco Gavaldá escribano de Morella, conservaba un libro de sermones del santo, como preciosa reliquia, y á instancia del Patriarca D. Juan de Ribera, lo cedió al colegio del *Corpus Christi* de Valencia, en donde se conserva hasta nuestros días; y por esto nos inclinamos á pensar, que el niño seria hijo del notario, abuelo tal vez de D. Francisco Gavaldá. A últimos del siglo xv se mandó pintar sobre el lienzo el prodigio, se abrió una capilla en la misma casa, que hoy se conserva abierta al culto público, enseñándose tambien el lugar en donde se hallaban los hornillos en donde se guisó la carne del niño. Nosotros hemos habitado la casa y el antiguo salon, que hospedó el apóstol valenciano.

Otro recuerdo ha llegado hasta nosotros. Al separarse San Vicente de los morellanos les exortó á la preveñencia. El pueblo todo salió á acompañarle y al llegar á mitad de la cuesta, que sirve de falda á la poblacion, subióse sobre una piedra y recostado en el tronco de una encina, les dijo: que llegarían tiempos, en que se tendrían por dichosos los que pudieran estar á la sombra

del castillo; esto se escribe, sin saber á la época que pudiera referirse. Desde Morella marchó á Catí, acompañándole todas las autoridades de esta poblacion. El Dr. Celma, en su libro de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de la Abellá, dice, que un gentío inmenso salió á recibirle, que las autoridades de aquel pueblo obsequiaron á la comitiva en la fuente de la Cervera de Vallivana, distribuyendo pan, vino y queso. Otras curiosidades trae de aquellos dias. Dejaremos por ahora al santo varon; no será la última vez que nos ocuparemos de él en nuestro escrito.

8. El rey D. Martin solo habia tenido un hijo legítimo, llamado tambien Martin, á quien habia dejado rey de Sicilia. Valiente, noble, generoso, Martin de Sicilia era el objeto del amor de los sicilianos y la esperanza de los aragoneses. Pero habia conseguido un señalado triunfo, derrotando veinte mil sardos cerca de Caller, y esta victoria le fraqueó la entrada en algunas ciudades de Italia; más apenas pudo disfrutar de la victoria, porque le atacó una enfermedad que le arrebató en la flor de sus dias, cubriendo de luto á la Sicilia por la pérdida de su rey y por no haber dejado hijos legítimos. Su padre D. Martin de Aragon heredó aquel reino. ¿pero para qué, si tampoco tenia sucesion y era ya viejo? En vano se esforzaron en reanimar una naturaleza débil, Martin de Aragon, aquejado por el doble dolor de los males y por la pérdida de su hijo, murió en 31 de Mayo de 1410, dejando la corona á *quien de justicia perteneciera*. ¡En mal hora entregó el cetro á las disputas de los hombres! porque si antes de morir ya se disputaban el derecho á la corona de Aragon y preparaban el terreno para la lucha,

¿cómo esperar se sujetarian dóciles los pretendientes al fallo de los jueces, por imparciales que fueran?

9. El rey D. Martin bajó al sepulcro, y al triste eco de las campanas siguió el sonido de las trompetas de guerra. La estirpe esclarecida de los Ramiros y Berengueres acabó con este rey, y aquella antigua dinastía, que tan bellos florones engastó en la corona de Aragon acabóse á la muerte de D. Martin. ¿Qué príncipe ciñirá su frente con la régia diadema? El monarca habia hecho escribir en su último testamento, que debia heredar la corona quien de justicia la perteneciera, y esto era arrojarla en el suelo para que la recogiera quien mas valor y mejor trazas tuviera para levantarla luego y colocarla en su frente. Ya en vida del monarca aragonés se disputaban los derechos á la corona. Cinco eran los pretendientes; el conde de Urgel bisnieto de Alfonso III; Don Alfonso, duque de Gandia; el infante D. Fernando de Castilla, conquistador de Antequera, D. Luis de Calabria, y D. Fadrique, hijo natural de D. Martin de Sicilia. Cinco pretendientes más ó menos poderosos, pero todos osados, todos dispuestos á tomar las armas y lanzarse al combate, si encontraban eco sus pretensiones.

El primero que se presentó á defender sus derechos con las armas fué D. Jaime de Aragon conde de Urgel, al que no faltaron prosélitos, no solo en Cataluña, que parecia estar á su devocion, sino en los reinos de Aragon y Valencia; ¡fortuna que la sensatéz y cordura de los pueblos se opusieron con teson á que las armas dicidieran una cuestion tan ardua y de la que dependia la felicidad de los tres reinos! La primera disposicion del parlamentó

de Cataluña fué la más patriótica, la más prudente, la más justa. Requirió al conde de Urgel, obligándole á dejar el oficio de Lugartiniente y esperar el fallo de la justicia. Envió comisionados á Aragon y Valencia para que reunieran sus parlamentos. El infante de Castilla, D. Fernando, más prudente, quiso antes encargar á los letrados examinasen los derechos que le asistian, y como le dijeron que era suya la corona de Aragon, aproximó sus tropas á la frontera, y envió un mensajero á Zaragoza, reclamando la proteccion del arzobispo D. García Fernandez de Heradia y de D. Antonio de Luna, como los hombres más poderosos é influyentes. Pero si el prelado estaba por el de Castilla, el de Luna era partidario del conde de Urgel. Tambien encontró divididos á los valencianos, formando dos fracciones, una dirigida por los Centellas, y otra por los Vilaragut. A ejemplo de las grandes capitales, se hallaban discordes los demás pueblos del reino, y Morella participó de las consecuencias de estas parcialidades, que comenzaron por un murmullo para acabar tomando las armas y atacándose con furor.

Morella, plaza fuerte, colocada en el centro de los tres reinos, era el punto que se designaba para las operaciones militares de ambos pretendientes, porque solo el conde de Urgel y D. Fernando de Castilla se preparaban á disputarse con las armas los derechos á la corona. Pero la familia de Ram, entónces la más póderosa, dominaba este terreno. D. Domingo Ram, obispo de Huesca, gozaba de la fama de sabio y prudente, y el rey D. Martín habia hecho de él la mayor confianza. (1) D. Pedro Ram, hijo

---

1. Vease su biografía en el Tomo II, pag. 25 y siguientes.

de D. Ferrer y D.<sup>a</sup> Francisca, habia sido consejero del mismo monarca y conservaba el prestigio entre los grandes del reino. D. Blas Ram, padre del obispo, tenia la gobernacion de Alcañiz: sus dos hijos D. Mateo y D. Tomás obtenian los primeros puestos en la milicia; y Don Juan Ram, alcaide del Castillo de Morella, mientras que su padre D. Fernando Ferrer, se hallaba de baile. Así la familia de Ram era una de las mas influyentes en estas montañas y bajo Aragon, y allí á donde se inclinara esta larga y poderosa familia, se llevaría un gran partido. El pueblo de Morella manifestó desde un principio sus simpatías por D. Fernando de Castilla, llamado de Antequera, si bien con alguna reserva, publicando, que defenderia la plaza para entegarla al rey que se proclamara. No así las aldeas. Las viejas rivalidades con la matriz, lejos de acabarse al dictar la sentencia de Don Juan I, se habian aumentado, y si bien tascaban el freno, no podian mirar con aprecio á los morellanos que les trataban como un señor á sus vasallos. Bastó que Morella manifestase su predileccion al de Antequera, para que las aldeasse se declarasen sin embozo por el conde de Urgel. Algunas pertenecientes á algun señor, como Herbés y Todolella obedecieron la voz del amo, pero Villafrauca, Portell, y mas abiertamente Cinctorres y Forcall arrojaron toda máscara y se decidieron por el conde de Urgel. Esta actitud amenazadora de las aldeas obligó al consejo de Morella á poner el castillo en estado de defensa, enviando guarniciones de morellanos á Zurita, por ser el castillo de los Jurados y á Olocau, por haberse concedido el castillo de Orcaf á los de Morella, por D. Alfonso,

en 30 de Octubre de 1287. Mirábanse con recelo Morella y las aldeas, pero no habían tomado las armas para atacarse, esperaban quien les empujara para saltar á la arena, quien dirigiera sus planes y les prestara ayuda en el combate: no tardó en estallar la tempestad.

A instancias repetidas de los comisionados de Cataluña, los aragoneses se reunieron en Calatayud y los valencianos en Valencia; pero ni unos ni otros pudieron concordar sus pareceres. El de Calatayud, presedido por el arzobispo de Zaragoza, se dividió entre los dos principales pretendientes; el arzobispo y algunos diputados por Don Fernando; D. Antonio de Lunay otros por el de Urgel. Lo mismo se vió en Valencia. El gobernador D. Berenguer Arnau de Bellera y el gran partido de D. Pedro Vilaragut estaban por el de Urgel, D. Bernardo de Centelles y una gran parte de la nobleza por D. Fernando de Antequera. Si en Aragon y Cataluña conserváronse unidos los parlamentos, aunque sus pareceres fueran diferentes, no así en Valencia, porque Centelles tomó á los suyos, marchó á Paterna, reunió un parlamento, que desde entonces se llamó *el de fuera*, mientras Vilaragut y Bellera reunieron otro en el Real de Valencia, que se llamó, *parlamento de dentro*. En este tiempo el parlamento de Cataluña se pasó á Tortosa, y el de Calatayud á Alcañiz. Tampoco los parlamentos valencianos se creyeron seguros en la capital, amenazados por los partidos, que con animosidad se atacaban para destruirse; y pareciéndoles que sería oportuno acercarse al punto en donde se encontraban los otros parlamentos, para mejor comunicarse, el parlamento de fuera se traslado á Traiguera y

el de dentro á Vinaróz. Uno y otro parlamento reclamaron á Morella un representante, pero Morella no ocultaba sus simpatías á D. Fernando y envió á D. Vidal de Vilanova al parlamento de Traiguera, y las aldeas por el de Urgel, otro representante á Vinaróz.

D. Pedro de Luna, ó Benedicto XIII trabajaba entre tanto para reunir el parecer de los tres reinos y de sus representantes, harto divididos, por afecciones personales. Lanzado de Francia se habia establecido en Peñíscola, como dirémos en el capítulo siguiente, y desde aquella época, si anematizaba á los que prestaran obediencia á su contrario, buscaba la paz para los que le reconocian como sucesor de Pedro. Pudo lograr que de los parlamentos de valencianos enviasen á algunos de sus individuos á Benifasar, á cuyo punto vino el Papa á primeros de Mayo de 1411, pero á pesar de su afluencia en el language y la fuerza que le daba el carácter de que se hallaba revestido, pudo lograr poco de aquellos representantes enconados, y con ánimo de resistir, aunque fuera con la fuerza, al bando contrario. Un acontecimiento grave, desprestigió el partido del conde de Urgel. El parlamento de Aragon, hemos dicho, estaba dividido en pareceres. El arzobispo D. García se inclinaba á D. Fernando, y D. Antonio de Luna al de Urgel. Un dia que el arzobispo se hallaba en la Almunia, recibió un recado de D. Antonio para que pasase á cierto punto no distante, en donde le esperaba para comunicarle un asunto. Sin recelar el arzobispo, se presentó al punto designado; pero el de Luna que tenia preparada una celada de doscientos

tos lanceros, se acercó con algunos amigos al prelado, y despues de saludarle cortésmente: ¿con que no será rey de Aragon el conde de Urgel? dijo. No, respondió el arzobispo, mientras yo viva. Pues él lo será, repuso el de Luna, viva ó no viva el arzobispo; y sacando la espada, despues de haberle dado un bofeton, le hirió en la cabeza; se acercaron los compañeros, acabando con alevosía con la vida del prelado, y cortándole despues la mano, se retiraron ufanos. Esta accion innoble llenó de espanto á los tres reinos, y algunos caballeros que se hallaban vacilantes, no dudaron ya de declararse en contra de un pretendiente, que queria subir al trono de los reyes de Aragon sobre el cadáver de un prelado de la Iglesia.

El fuego de la insurreccion habia prendido en los tres reinos; apenas habia un pueblo neutral, todos manifestaban sus simpatías, unos al de Urgel, otros á D. Fernando de Antequera. Las fuerzas de uno y otro partido se hallaban acantonadas en Morella y á diez leguas al rededor, porque estas montañas estaban destinadas á ser el teatro de la guerra civil que amenazaba. Los castellanos, que venian en auxilio de D. Fernando fijaron su cuartel en Morella, cuyas puertas franquearon los Jurados y consejo municipal, y esta medida evidenció, de que el infante castellano podria contar con la fortaleza de Morella y con sus tercios. Las aldeas al contrario levantaron su bandera por el conde de Urgel, se armaron, cerraron sus puertas, hostilizando á los morellanos, siempre que se les ofreciera ocasion. Como no se creian bastante fuertes los hombres de las aldeas para resistir los ata-



ques de los morellanos, ayudados de las tropas de Castilla, enviaron una comision á Valencia pidiendo tropas y desde la capital vino D. Juan Vilaragut con algunas compañías, reforzadas despues con otras de argoneses que envió el de Luna. Se fortificaron todas las poblaciones á seis leguas de Morella, fijando el cuartel general en el Forcall, en donde estaban los almacenes de víveres y pertrechos de guerra. El mando de las tropas de Valencia estaba á cargo de D. Juan Vilaragut; pero los voluntarios de las aldeas, y demás pueblos del bajo Aragon eligieron á D. Nicolás Zurita, abogado de Mosqueruela, entusiasta por el de Urgel, y que tenia la compañía de D. Antonio de Luna. Este se hallaba en Cinctores y desde allí daba disposiciones para atacar á los morellanos cuando salian á recorrer el terreno, y tan estrechada se hallaba esta plaza, que apenas podian salir los vecinos de Morella, sino tenian alguna fuerza que les acompañase. Originales tenemos las comunicaciones que D. Juan Ram, alcaide del castillo pasaba al consejo municipal, y por ellas comprendemos el atrevimiento de los urgelinos de nuestras aldeas. No solo llegaban á los muros y golpeaban las puertas de esta plaza, sino que en la noche del 19 de Junio de 1411 escalaron la falda del castillo, abriendo un boquete, *una portella*, hasta que un centinela dió la voz de *los enemigos*, y pudieron rechazar á los voluntarios de Cinctores y Forcall. Ya que se frustró su arriesgado proyecto en este castillo, dirigieron las armas al de Orcaf, que como hemos dicho, estaba guarnecido con soldados del tercio de Morella. Aprovecharon tambien la hora de las tinieblas y sorprendien-

do el destacamento, se apoderaron de la fortaleza, é hicieron treinta prisioneros, tal vez toda la guarnicion.

Estas hostilidades y la crueldad con los vencidos irritaban los ánimos, y retardaban una deseada concordia entre los dos parlamentos de Vinaróz y Traiguera, y fué preciso, que personas influyentes, en especial el Papa D. Pedro de Luna, pasase á Traiguera proponiendo una tregua y procurando al mismo tiempo unir los pareceres de los dos bandos. Solo pudo lograrse por entonces, que el gobernador de Valencia llamase al gefe de las tropas del de Urgel, D. Juan Vilaragut, nombrando teniente general de las que operaban en estas montañas á D. Nicolás Zurita. Poco se logró; porque Zurita dispuso que se fortificasen todas las aldeas, estrechó el bloqueo que tenian puesto á Morella, impidiendo la salida de los vecinos y embargando todo comestible que se dirigia á esta plaza. El consejo, en tales apuros escribió á Alcañiz en donde se hallaba el parlamento aragonés, y en donde la familia de Ram disponia de fuerzas considerables; reclamó el auxilio de Centelles, que con sus tropas operaba en los llanos de Burriana, y no tardaron en recibir refuerzos considerables. De Castilla llegaron cuatrocientos ginetes y algunos peones, D. Mateo Ram y algunas compañías aragonesas vinieron desde Alcañiz y los Centelles enviaron sus mejores tropas para socorrer esta plaza, amenazada por infinitas partidas, que cruzaban los montes ó acebadas, esperaban ocasion de hacer alguna presa.

Contaba ya Morella con cuatro ó cinco mil hombres, y pareció desalojar de los puntos fortificados á los parti-

darios del conde de Urgel. Salieron de esta plaza en Agosto dos columnas, una para bloquear el Forcall, y otra con artillería para bloquear á Cinctorres. (1.) Las bombardeas desmayaron á los sitiados, porque á los dos dias se entregó la poblacion, cayendo en poder de los morellanos todas las provisiones que tenian almacenadas. En muy pocos dias redujeron los fuertes restantes, á escepcion del Forcall, que despreció las proposiciones de los sitiadores, preparándose para resistir todo ataque. Al Forcall se dirigieron todas las fuerzas y mientras la caballería se acampó en los llanos y cauce del rio, y algunas compañías se parapetaron en los puntos mas ventajosos, subieron la artillería á la muela de Miró, construyendo baterías en el cabezo accidental, á tiro de bombardas de la poblacion. Duraron algunos dias las obras, levantando un muro al rededor; pero comenzó el ataque y como los sitiadores se hallaban en punto tan ventajoso, por recorrer con su vista las calles del Forcall, era mucho el daño que sufrían los sitiados. No pudiendo ya resistir el nutrido fuego de las bombardas y arcabuces de los sitiadores, les fué preciso entregarse. (2.)

Abad. Se hallaban los partidarios del conde en es-

(1.) En esta jornada se habla ya de cañones y armas de fuego, y es la vez primera, que encontramos haberse empleado en esta plaza.

(2.) Se encuentran las ruinas del fuerte en la muela de Miró, con sus baterías. El señor Cabanilles, que reparó á últimos del pasado siglo en los restos de esta fortificacion, lo consignó en su grande obra, y con tan leve fundamento, el canónigo Cortés, dijo: que serian romanas, fijando allí el sitio de la antigua Biscargis. Vid. T. I. página 163.

tas montañas; sin fuertes que les sirvieran de abrigo; pero cuando las tropas de Centelles dejaron la plaza de Burriana, los defensores del de Urgel que se hallaban en Castellon, comandados por D. Lorenzo Estrany, aprovecharon aquellos dias talando los campos de Burriana y Nules, y aprisionando á los que se habian manifestado por el de Castilla. Acudió Centelles, y los de Castellon tuvieron que retirarse dentro la villa, hasta que en 17 de Febrero del año siguiente, recibieron un refuerzo de catalanes. Tambien de Castilla enviaron tropas, que unidas á las de Centelles, podian presentar batalla á los enemigos que operaban en la Plana. Entónces fué cuando el gobernador de Valencia D. Berenguer de Bellera, sacó el estandarte de la ciudad y con tropas que se le unieron de los pueblos comprometidos por el de Urgel, salió hacia Murviedro en busca del enemigo. Encontráronse las fuerzas de uno y otro bando entre el mar y la antigua Sagunto, desoyó Bellera los consejos de Benedicto XIII que le envió por medio de Don Vidal de Blanes, acomete al enemigo; pero fué tan desgraciado que perdió el estandarte, la tropa y él mismo quedó muerto en el campo de batalla. La causa del conde de Urgel perdió grandes defensores, y muchos caballeros indecisos, deseosos que acabara aquella guerra civil, se inclinaron al castellano, influyendo para poner de acuerdo á los dos parlamentos.

10. El que se habia establecido en Traiguera se vino á Morella, punto de mayor seguridad, y el de Vinaróz se marchó á Valencia; uno y otro pretendian ser el genuino representante del reino, pero los de Morella, eran

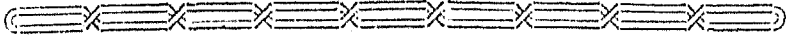
como dice Zurita, mayores en cuanto á la nobleza, en número y en cualidad. Despues de mil contestaciones, y venciendo dificultades, se pudieron convenir en nombrar nueve personas de doctrina y virtud, tres por cada reino, y estos en una congregacion, que deberian tener en Caspe, despues de haber oido á todos los pretendientes, resolvieran á quién pertenecia la corona de Aragon. Encargaron el nombramiento al Justicia de Aragon, y la eleccion fué tan acertada, que á pesar de estar encontrados en bandos y parcialidades los reinos y los pueblos mereció la aprobacion de todos. El nombramiento reca-yó, por Aragon, D. Domingo Ram, entonces obispo de Huesca; Francisco de Aranda, donado de la cartuja de Portaceli; y Berenguer de Bardají, sabio letrado. Por Cataluña D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, Guillel de Vallseca, y Bernardo de Gualbes. Por Valencia, Don Bonifacio Ferrer, prior de la cartuja, su hermano Fray Vicente, el santo, y Ginés Rabaza, bien que este, sea fingida ó real la locura, fué sustituido por D. Pedro Beltran. Todos gozaban fama de sabios, prudentes y justos, y estando con ellos Fr. Vicente Ferrer, inspiraba la confianza de que la eleccion seria acertada. Entre los nueve electores no habia ningun noble ni militar, sin duda porque la nobleza se habia distinguido por su carácter bullicioso y se necesitaban los hombres de calma y de juicio recto: cinco eclesiásticos y cuatro abogados que personificaban la virtud y el saber.

11. Reunidos en Caspe los nueve electores oyeron las razones de los abogados que defendian á los aspirantes al trono, pesaron detenidamente las razones

y despues de un maduro exámen, cada elector escribió separadamente su voto. Hecho el escrutinio, San Vicente publicó la eleccion con toda la pompa y solemnidad posible, resultando elegido por dos terceras partes el infante de Castilla D. Fernando de Antequera. Se estendió el acta, y al dia siguiente se celebró una misa que cantó el presidente D. Domingo Ram, predicando San Vicente, alabando las virtudes del elegido. El 28 de Junio fué la eleccion, y pocos dias despues una comision á cuya cabeza iba el obispo de Huesca presento á D. Fernando los votos de la nacion.

Pero si los tres reinos respetaron el fallo, el bullicioso conde de Urgel con algunas compañías que le siguieron, quiso disputar la corona con las armas. Era tarde: el apoyo que encontró en D. Antonio de Luna y con soldados mercenarios del estrangero, tuvo que ceder ante las tropas aragonesas y castellanas. El de Luna fué derrotado en Alcolea y Castellfollit, el conde de Urgel, despues de la defensa desesperada de Balaguer, desamparado de los suyos imploró el perdon y se entregó al vencedor, que le envió preso á Lérida. Así acabaron aquellos dias azarosos del interregno, en que Morella se vió combatida, pero sin haber sucumbido, celebrando con gran pompa la coronacion de D. Fernando, á quien habia defendido, y por quien tanto sufrió: era en Octubre de 1413, cuando se apagó el fuego de la discordia.

---



## CAPITULO VIII.

### RESUMEN.

---

---

1. Coronación de D. Fernando. 2. El cisma. 3. Entrevista del Papa y el rey en Morella. 4. Segundo viaje del Papa á Morella. 5. Muerte del rey. 6. D. Alfonso V. 7. Tenacidad del Papa Luna. 8. Su muerte y eleccion de Muñóz. 9. Fin del cisma. 10. D. Juan de Navarra. 11. Córtes en Morella. 12. El Principe de Vianna. 13. Guerras de Cataluña. 14. Sitio de Amposta. 15. Muerte de D. Juan II.

1. **E**legido D. Fernando por el voto de los representantes de los tres reinos, pasó á Zaragoza á ser coronado, segun la antigua costumbre. Quiso, que la ceremonia no fuera menos solemne que la de sus predecesores, ni menós brillante la comitiva, que lo habia de acompañar en la ceremonia y en los regocijos públicos. El nuevo rey juró guardar los fueros del reino, más al haber de tomar juramento de fidelidad á los súbditos, dijo, que lo hacia por ceremonia, pues hartas pruebas habian dado de su adhesion. A esto contestó el obispo de Huesca D. Domingo Ram, que estaban dispuestos á ju-

rar la debida fidelidad, pero que antes debia el monarca prometer guardar los fueros á los pueblos, que se habian poblado con los de Aragon, y la incorporacion de las ciudades de Teruel y Albarracin. Hizolo así, y luego fué declarado su hijo Alfonso sucesor de los reinos. Dirigió su vista á los asuntos de Cerdeña, procuró la paz para sus estados y se preparó para gobernar los reinos puestos á su cuidado, con justicia y la posible templanza. Sugetó luego las rebeliones del de Urgel, que quedan apuntadas, y acometió con gran celo un asunto, que turbaba las conciencias de los súbditos y habia pasado á ser el escándalo de las naciones cristianas; el cisma, que años habia que desgarraba á la iglesia.

2. No cumple á nosotros hacer una reseña del cisma de Occidente, el más largo y el que dividió á los pueblos y á los reyes. Algo hemos dicho en el capítulo anterior, añadiremos ahora algunos hechos, que sirvan para conocer cuan laudables eran los esfuerzos del rey D. Fernando para que calmasen las dudas y se restituyera la tranquilidad en las conciencias de los súbditos de los tres reinos.

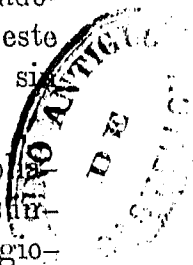
A pesar de las promesas que D. Pedro de Luna habia hecho de renunciar el papado, siempre que lo hiciera su competidor, eludia el cumplimiento, y cuando se lo recordaban, sobrábanle pretextos para aplazar la renuncia, si es que alguna esperanza daba. Se reunió en París un concilio nacional, en el que fué declarado cismático, cargando sobre él la responsabilidad de los males que affligian á la iglesia. Se convocó un concilio en Pisa, y D. Pedro de Luna otro en Perpiñan, pero no pudiendo



doblar la inflexibilidad de carácter del aragonés, los franceses apelaron á las armas, y D. Pedro de Luna, seguido de algunos cardenales de su devocion, se vino á España y fijó su residencia en Peñíscola, que era plaza de uno de su familia. Mucho debia el rey D. Fernando á Don Pedro de Luna, pues habia manifestado durante el interregno el deseo de que recayese en él la eleccion, y aun habia inclinado el ánimo de los electores; pero el piadoso monarca deseaba la extincion del cisma, y con este objeto habia tenido una entrevista en Tortosa, pero sin resultado alguno.

3. Acababa de celebrar córtes en Zaragoza, y do-  
le, que hallando el reino pacífico y arreglados los asuntos políticos, no pudiera cooperar para que los religiosos se arreglasen. Conocia la fortaleza y hasta terquedad de D. Pedro de Luna, pero abrigaba alguna confianza de ablandar su corazon, si lograba pasar algunos dias en su compañía. Determinó pasar el rey á Morella, punto no lejano de Peñíscola y que ofrecia alguna comodidad en el verano.

El 18 de Junio de 1414 tomó una barca, y por el Ebro llegó á Escatron, en donde saltó á tierra y se dirigió á Alcañiz. Estuvo algunos dias en esta poblacion, saliendo el dia último del mes y entrado en Morella el primero de Julio en compañía de su hijo D. Sancho y un numeroso y brillante séquito de caballeros y prelados. El recibimiento que le hizo el pueblo de Morella, fué cual requiere un rey, por el que habia arrostrado los mayores peligros, y por quien habia hecho sacrificios inmensos. La tradicion, dice, que fué hospedado en la casa de Ci-



rana de Cuadros; pero nada hemos encontrado que lo confirme, y si, que el obsequio estaba á cargo de D. Pedro Ram, su consejero, y de su hijo D. Tomás. En el primer caso, seria en la casa posada de Ciurana, cuesta de San Juan, y en el segundo en la gran casa antigua de Suñer, casa solar de los Rams, como hemos dicho en otra parte. Como jamás Morella ha visto más altos personajes dentro de sus muros á un mismo tiempo, nuestros lectores nos permitirán, que nos detengamos más de lo regular recordando aquellos dias, y dibujando toscamente el cuadro, que presentaba esta poblacion en las entrevistas del Papa y el rey de Aragon.

D. Fernando habia enviado una comision á Peñíscola en donde se encontraba el Papa Luna, manifestándole los deseos de tener con él una entrevista, y suplicándole que se dignase venir á esta villa. Cualquiera que fuera la intencion de Benedicto, respondió, que vendria á visitarle para tener el gusto de estar él, y arreglar los asuntos de la iglesia, ya que tan interesado se hallaba el monarca aragonés. Salió de Peñíscola, y después de haber descansado un dia en San Mateo, el 16 de Julio pasó á Vallivana, en cuya casa-posada pernoctó, visitando la pequeña ermita, dedicada á María Santísima. Al dia siguiente por la mañana tomó el camino de Morella, apeándose en una casa á media legua de la poblacion, dispuesta ya como lugar de descanso. Esta casa deberia ser el meson de *Nuella*, de fábrica antigua, y que representa haber pertenecido á algun caballero principal. Al divisarse desde el castillo el brillante acompañamiento, el rey D. Fernando envió á su hijo D. Sancho, acompañado del

conde de Osuna D. Bernardo de Cabrera, el conde de Cardona, y otros caballeros principales. Cuando llegaron á la posada, el infante D. Sancho y demás caballeros apeáronse, entraron en la habitacion de Benedicto y presentadas las atenciones del rey, se vinieron á Morella. Aquella misma tarde salió D. Fernando con su régia comitiva, y al presentarse ante el Papa, le besó el pié, y luego la mano, en señal de su profundo respeto y veneracion, y después de haber estado algunas horas, pareció conforme quedarse Benedicto aquella noche en la posada, y aplazar para el dia siguiente la entrada en Morella, ya que el rey habia dispuesto, que el recibimiento que se le hiciera fuera con toda la pompa y magnificencia que se merecia el Vicario de Jesucristo sobre la tierra; por más que el sagáz y político monarca conociera que D. Pedro de Luna era la causa principal de los males que sentia la Iglesia, quiso manifestar su respeto y religiosidad, para mejor poder convencer el inflexible antipapa, que no le guiaba otra cosa en sus reiteradas súplicas, que el bien general de la paz y quietud de las conciencias.

Era el 18 de Julio de 1414: animada se hallaba Morella, el aborozo estaba dibujado en la frente de sus hijos y de una multitud, que habia afluido á celebrar el dia grande; sus calles alfombradas de olorosas flores y aromáticas yerbas, las paredes de las casas adornadas con tapices y ricas pinturas. ¿Qué significaba tanto aparato? Era, que un rey sábio, valiente y virtuoso, esperaba á un alto personage, célebre en los anales del mundo cristiano; D. Fernando, el conquistador de Antequera, el

monarca de Aragon queria recibir con demostraciones de júbilo á D. Pedro de Luna, que con el nombre de Benedicto XIII, decia ser el sucesor de San Pedro en el pontificado, de la Iglesia la cabeza visible. A estos augustos personajes acompañábanles los grandes del reino, ostentando la riqueza de sus galas y las libreas de los escuderos y palafraneros.

Llegó la hora convenida, y el rey D. Fernando, acompañado del infante D. Sancho y de los nobles caballeros, seguido del consejo de la villa y de una multitud, se presentaron á las puertas de esta plaza. No tardó en dejarse ver el brillante acompañamiento de D. Pedro de Luna. Cinco cardenales de su obediencia, le acompañaban, el de Aux, el de Montaragon, el de San Jorge, el de San Esteban y el de San Angelo; tres obispos, dos abades y otros prelados de la iglesia; brillante comitiva, que en nada envidiaba el fastuoso acompañamiento del monarca aragonés. Venia el Papa montado sobre una mula, y al hallarse á tiro de ballesta, se adelantó el rey y algunos de los caballeros que le acompañaban, saludaron con profundo respeto á Benedicto, y puesto bajo de un rico palio se dirigieron á la puerta de la villa. Llevaban las varas del palio el mismo monarca, su hijo Don Sancho; D. Fadrique, conde de Trastamara; D. Enrique de Villena, el almirante de Castilla y el conde de Cardona, y al llegar á la puerta en donde les esperaba el consejo municipal, tomaron las varas el baile D. Ferrer Ram, el justicia D. Juan Fernandez de los Arcos, y los jurados D. Francisco Agulló, D. Juan Ciurana de Cuadros, Don Vidal de Vilanova y D. Mateo Pahoner; así cedieron es-

ta distincion á los que gobernaban la villa el rey y sus magnates.

Se dirigió la comitiva á la iglesia arciprestal. El rey no se desdeñó de servir de palafranero hasta la iglesia, y después de paje de halda, sosteniendo su ropaje con la real mano. Oró unos momentos Benedicto junto al ara del altar y levantándose después se encaminaron al alojamiento que se le tenia preparado en el convento de San Francisco. Los jurados costearon el gasto durante el tiempo que permaneció en la poblacion.

Después de los primeros dias de descanso comenzaron las conferencias. El rey D. Fernando no se habia descuidado de hacer venir de Castilla, en donde se hallaba predicando el varon santo Vicente Ferrer. El haber sido este confesor del Papa Luna, y la autoridad de que gozaba entre grandes y pequeños, le hacia concebir algunas esperanzas de poder reducir al papa, obligándole á renunciar la tiara, porque el varon apostólico, cuyas palabras ablandaban el corazon empedernido de los judíos haciéndoles entrar en el gremio de la iglesia, podria tambien suavizar el duro corazon de D. Pedro de Luna, demasiado tenáz en sus pretensiones. Luego veremos el resultado de las conferencias.

En el dia de San Jaime ap. quiso Benedicto XIII officiar de pontifical en esta Iglesia mayor, y aunque la fiesta se hizo con solemnidad, se preparó otra funcion para el dia 15 de Agosto siguiente, porque estando dedicada la Arciprestal á la Asuncion de María Santísima, era el dia más apropósito para desplegar la pompa y magnificencia en el culto divino. Hemos dicho, que las funcio-

nes religiosas en Morella se celebran con gran solemnidad; testigos hemos sido de las fiestas, que han admirado á propios y estraños, pero cuando nos trasladamos con la inauguracion al 15 de Agosto de 1414, nos parece, que dia más grande ni lo vieron los siglos, ni lo verán las venturas generaciones. El cuadro interesante que nos ofrece la arciprestal en aquel dia, no puede trazarlo nuestra tosca pluma, seria preciso otra más diestra, aventajada para dar una idea parecida. Lo presentaremos siquiera en boceto, y nuestros lectores podrán retocarlo y añadir bellezas á su ornamentacion.

El grandioso y bien acabado templo gótico de Santa María la mayor presentaba un aspecto admirable por la riqueza que lo adornaba, y por los ilustres personajes que asistian á la funcion religiosa. El Papa Benedicto ofició de pontifical; cinco cardenales y tres obispos, asistentes; abades, sacerdotes familiares, el gran número de eclesiásticos del clero y otros forasteros, rodeaban al que reconocian como á Vicario de Jesucristo. El rey D. Fernando el infante D. Sancho, duques, marqueses y grandes de Aragon y de Castilla; la régia servidumbre, el municipio y nobleza de Morella, todo esto era grande, y para dar un interés mayor á la funcion, predicó el ángel del Apocalipsis, como llamaban al apóstol valenciano San Vicente Ferrer. Nuestro pensamiento, después de cuatro siglos y medio, retrocede hasta aquellos dias, y como si participáramos del contento de aquellos hombres, que presenciaron fiesta tan solemne, esplayase el corazon con la idea ilusoria de hallarse entre ellos.

En este dia D. Pedro de Luna convidó al rey á su

mesa, y como el monarca argonés notase que los manjares no correspondian á la alta dignidad, ni menos la pobre vajilla peltre conque se servian, se permitió hacerlo notar al Papa; pero este le respondió: que como la iglesia estaba de tristeza y vestia de luto, no parecia bien usar rica vajilla en la mesa en que comia su cabeza visible. Generoso el rey, mandó traer de su casa un servicio de plata, dándolo de regalo al mismo Benedicto. Este convite, dice el P. Mariana, en que el rey no se desdeñó en servirle, haciendo las veces de Paje de copa el infante D. Enrique, todo con el fin laudable de ablandar su corazon. Pero el corazon del Pontífice Benedicto era de acero. Ni las pláticas, ni los más persuasivos razonamientos, ni las palabras del varon apostólico Vicente Ferrer; ni la actitud amenazadora de los reyes de apartarse de su obediencia pudieron hacer mella en D. Pedro de Luna, tenáz hasta la terquedad.

Así se hallaba el rey D. Fernando disgustado por el mal éxito de sus deseos, cuando le vino la noticia de la muerte del rey Ladislao de Nápoles sin haber dejado sucesion directa. Sucedióle su hermana D.<sup>a</sup> Juana, viuda de Guillermo, duque de Austria, y como ya en vida de Ladislao, se hubiese tratado de casar á la viuda con uno de los hijos de D. Fernando de Aragon, solicitó su mano para el infante D. Juan, hijo segundo, á pesar de la diferencia en la edad. D. Juan estaba prometido á Doña Isabel de Navarra. ¡Enteresadas miras del rey, para asegurar sus posesiones de Italia! Pero la caprichosa napolitana, después que se vió la corona en la cabeza solo

pensaba en voluptuosas pasiones; dejemos los asuntos que no nos pertenecen.

El emperador Siguisundo, que deseaba tanto como el rey de Aragon se acabase el cisma, escribió á Don Fernando diciéndole: que los dos papas de Italia estaban prontos á renunciar el pontificado, siempre que lo hiciera Benedicto, presentándose al concilio convocado para Constanza. Esto obligó al rey á estrechar su solicitud; pero el Papa Benedicto, si bien daba confianzas, presentaba mil dificultades, que en vano se esforzaban en allanar los hombres mas inminentes que el rey habia buscado para persuadirle, como eran D. Juan de Tordesillas, obispo de Segovia, los obispos de Zamora y de Salamanca, el almirante de Castilla, Fr. Diego confesor del rey, Berenguer de Bardají, Juan Gonzales de Azevedo, y más que todos San Vicente Ferrer; todas las razones se estrellaban en el pecho de hierro de D. Pedro de Luna; todos los ruegos eran inútiles, solo se pudo lograr, que tendria una entrevista en Niza ó en Perpiñan, á donde acudiría el emperador Siguisundo. Se despidieron y el Papa se marchó á San Mateo, mientras el rey y su comitiva se fueron á Momblanc, en cuyo punto habia de celebrar córtes á los catalanes, descansando en la Gradadella y pasando luego á dicho punto.

Antes de partirse de Morella, quiso manifestar su gratitud al pueblo de quien tantos obsequios habia recibido. Concedió el convento de San Francisco especial privilegio, que se conservó hasta nuestros dias, de poder celebrar el Santo sacrificio de la misa en un altar tres sacerdotes al mismo tiempo, en los dias de la Ascencion



del Salvador y Asuncion de María Santísima; dejándoles para recuerdo un altar portatil con muchísimas reliquias. Regaló tambien á la arcipestral un caliz de plata y el pectoral de su uso. El cáliz se conservó hasta 1840, el pectoral no sabemos cuando desapareció, pero en el inventario que se hizo en 1758 encontramos: It. *Una cruz en figura de pectoral que se titula el pectoral del Papa Luna, de plata sobredorada y labrada con cuatro piedras verdes. Otro sí: Un caliz intitulado del Papa Luna, con su patena á modo de plato, todo de plata sobredorada, etc.*— Ya que estas halajas se perdieron, conservemos la memoria, no tan espuesta á incautaciones.

4. D. Pedro de Luna pasó á Valencia en la primavera siguiente, pues el rey habia concertado el matrimonio de su primogénito el infante D. Alfonso con Doña María de Castilla, y como impedía el realizarlo el parentesco, dispensólo el Papa y allí mismo se celebraron las bodas. Recordóle D. Fernando la promesa de ir los dos á visitar al rey de romanos y se hubiera emprendido el viaje enseguida, á no haberlo estorbado una mortal enfermedad que asaltó al rey de Aragon. Más cuando se hallaba restablecido de su dolencia, tan grande era el deseo de reducir á la renuncia al Papa Luna, que emprendió el viaje en una litera, descansando en el Puig y siguiendo hasta Castellon, en cuyo Grao se embarcó. Benedicto salió de Peñíscola, su residencia ordinaria, y dice Zurita, y de él lo han copiado Lafuente y otros historiadores, que el rey se hallaba en Perpiñan á principios de Setiembre de 1415, y que D. Pedro de Luna llegó unos dias antes. Por mucho que sea el respeto que nos in-

funda el diligente y juicioso analista de Aragon manifestaremos, que se equivocó en la fecha, así como en otras que se hallan en el mismo capítulo. (1.) Tenemos documentos que no mienten, por lo que podemos asegurar que á principios de Setiembre se hallaba en Morella Don Pedro de Luna.

En nuestra geografía eclesiástica, queda insinuado, de que el síndico de la Estacion de Morella solicitó del Papa Benedicto, cuando se hallaba en esta villa en el año anterior, el singular privilegio, de que las causas eclesiásticas no se estrajeran del oficialato de Morella. Allí copiamos en extracto la Bula, que concedió (T. I. pag. 285) y esta Bula tiene la fecha de 11 de Setiembre de 1415, en Morella: mal podia encontrarse en Perpiñan. Añadiremos ahora otro documento de la misma fecha, que original tenemos á la vista, y que ha podido conservarse á pesar de las vicisitudes del tiempo. Es de tanto precio, no solo por las gracias que concede á la iglesia de Santa María, sino porque en él se consigna el dia que en el año anterior entró en esta poblacion, los dias que ofició de pontifical en la Iglesia Mayor, y hasta la asistencia del rey D. Fernando. Nos parece trasladarlo íntegro en el mismo idioma latino porque, no desmerezca, y porque, en el caso de perderse el grande pergamino en que se halla escrito, quede estampado su contenido. Nuestros lectores, que no entiendan el latin, nos dispensarán la molestia en gracia del interés en conservarlo.

---

(1) Zurita. Anal. Lib. XLII. Cap. 53. Lafuente TOM. VIII pag. 158.

«BENEDICTUS EPISCOPUS. SERVUS SERVORUM DEI. Universis christi fidelibus præsentes litteras inspecturis salutem et apostolicam benedictionem. Dum præcelsa meritorum insignia, quibus Regina cœlorum Virgo Dei genitrix gloriosa sedibus prælata sidereis, quasi stella matutina præcutilat, devoté consideratione indagine præscrutamur: dum etiam infra pectoris archana revolvimus quod ipsa, utpote mater misericordiæ, gratiæ et pietatis, amica humani generis, consolatrix pro salute fidelium, qui delictorum onere prægavantur, sedula exortatrix existit et pervigil ad regem quem genuit intercedit; dignum quinimó debitum reputamus ut loca ad sui honorem nominis dedicata gratiosis remissionum prosecuamur impendiis et indulgentiarum muneribus honoremus. Cupientes igitur ut parochialis ecclesia Beatæ Mariæ villæ Morellæ, dertus. dioc. quæ sub vocabulo Beatæ Mariæ virginis fundata existit, congruis honoribus frequentetur, et ut christifideles eo libentius causa devotionis confluant ad eandem et ad fabricam ipsius manus promptius porrigant adjutrices, quo ex his ibidem uberius dono cælestis gratiæ conspexerint, se refectos de omnipotentis Dei misericordia, et beatorum Petri et Pauli apos. ejus auctoritate confisi, omnibus vere pœnitentibus et confessis, qui in Nativitatis, Circumcisionis, Epiphaniæ, Resurrectionis, Ascensionis, Corporis Dñi. nostri J. C. et Penthecostes. Necnon Nativitatis, Anunciationis, Purificationis et Assumptionis Beatæ Mariæ Virginis, incujusquidem Assumptionis festivitate proxime præterita, presente ibidem carissimo in Christo filio nostro Ferdinando rege Aragonum illustri, in eadem ecclesia missam solemniter celebravimus: ac Nativitatis Beati

Johannis Baptistæ, dictorum apostolorum Petri et Pauli, necnon sancti Jacobi apostoli, in cujus etiam festivitate proxime præterita in ecclesia ipsa missam similiter celebravimus: singulorumque sanctorum et sanctarum sub quorum seu quarum invocationibus in eadem ecclesia altaria sunt constructa: et indedicationis ipsius ecclesiæ festivitibus, in celebritate omnium Sanctorum; necnon die decima octava mensis Julii proxime præterita, qua die villam prædictam ingresi fuimus ac ecclesiam ipsam personaliter visitavimus, eandem ecclesiam devote visitaverint annuatim et ad fabrica seu ornamenta ipsius vel etiam ad fabricam campanilis ejusdem ecclesiæ edificandi de proximo, manus porrexerint adjutrices, singulis, videlicet Asumtionis et sancti Jacobi, quimque: ac Nativitatis, Circumcisionis Epiphaniæ, Resurrectionis, Ascensionis, et Corporis Domini, ac Penthecostes; et Nativitatis, Anuntiationis et Purificationis ac Beati Johannis, et Dedicationis; necnon celebritatis Omnium Sanctorum, ac decima octava die mensis prædicti, tres: aliarum vero festivitatum, unum, annos et totidem quadragenas. Singulis autem cujuslibet anni etiam diebus, quibus ecclesiam ipsam devote visitaverint et manus porrexerint ut preferatur, centum dies de injunctis eis pœnitentiis misericorditer relaxamus. Cæterum ut omnia et singula quæ per eosdem fideles pro relaxationis hujusmodi consequenda gratia offerri contingerit vel donari in usus ad quos oblata vel donata fuerint, integre convertantur sub interminatione divini judicii districtius inhibemus, nequis cujusquamque status, conditionis, vel dignitatis existat, quidque de oblatiis vel donatis ipse sibi aliquatenus apro-

priet vel usurpet. Si quis autem hoc attemperare preæsumpserit, non possit á reatu præsumtionis hujusmodi ab aliquo, nisi apud sedem apostolicam ac satisfaccione debita per eum de illis quæ sibi apropiaverit vel usurpaverit realiter prius impensa, nisi in mortis articulo constitutus absolutionis benefitium obtinere. Dat. Morellæ Dertuseu. dioe III Idus Septembris, Pontificatus nostri anno vicesimo.»

El viaje del Papa seria á mediados de Setiembre, tal vez lo emprendiera desde Morella el dia siguiente de haber firmado los documentos que hemos transcrito. No solo acudió el emperador y rey de romanos, sinó el rey de Aragon, el de Francia, el de Castilla el de Navarra, todos interesados en la renuncia de Luna. Pero ni las persuaciones de los reyes, ni el bien que podria reportar á la iglesia, ni la actitud amenazadora de apartarse de su obediencia, pudieron doblar á D. Pedro de Luna, que con dilaciones y condiciones inacceptables eludia la cuestion. Se le citó por tres veces y su respuesta fué abandonar la ciudad y marchar á encerrarse á Peñíscola, desde cuya roca, como una ciudadela, lanzó anatemas y más anatemas contra los que no prestasen su obediencia. El rey de Aragon, viendo que todas sus gestiones habian sido inútiles, aconsejado de San Vicente, se separó de D. Pedro de Luna, publicó solemnemente su determinacion, prohibió que ninguno de sus súbditos le obedeciera, y mandó á todos los comendadores y bailes del Maestrazgo, tierras de Morella y de la Plana, que no le prestasen auxilio ni permitiesen la entrada de cosmestibles en la plaza de Peñíscola.

5. Pero D. Fernando se sentia enfermo, postrado se hallaba en cama, y con el ansia de venir á Castilla á respirar el aire de su pais natal, pasó á Barcelona, en donde recibió un grave disgusto de uno de los magistrados, Juan Fiveller; disgusto que le obligó á dejar la ciudad, á pesar de su mal estado de salud. Pasó á Igualada, y exacerbado el mal, vió su muerte cercana, dispuso de los intereses de la nacion y murió el 2 de Abril de 1416. Tenia solo treinta y siete años y era reconocido por un rey valiente, justo, y amigo de su pueblo.

6. A la muerte de D. Fernando fué aclamado D. Alfonso, su hijo mayor, por rey de Aragon. Hallábase Don Juan, su hermano, en Sicilia, y temeroso de que los sicilianos le aclamaron por rey, por el deseo que habian manifestado de declararse independientes, le llamó, dejando por visreyes de aquella isla á D. Domingo Ram y á D. Antonio de Cardona. Era D. Juan de un carácter ambicioso y no muy delicado en buscar su engrandecimiento, como luego veremos, y el nuevo rey, quiso desde un principio precaver una sublevacion de los sicilianos. Envió al concilio de Constanza á los prelados españoles y siguió con gran celo el camino comenzado por su padre para acabar con el cisma de la iglesia. En aquel concilio se pronunció solemne y definitiva sentencia contra D. Pedro de Luna, declarándole cismático, pertináz, herege, indigno de todo titulo, grado y dignidad pontifical. Luego se procedió á la eleccion de nuevo pontífice y en 17 de Noviembre de 1417 se eligió al cardenal de Colona con el nombre de Martin V. Esta eleccion fué recibida con júbilo por toda la cristiandad, por-

que parecia acabado el cisma, que tantos años affigia á la iglesia.

Pero durante el tiempo que los reyes de Aragon prestaron su obediencia á D. Pedro de Luna, este habia concedido muchas gracias y privilegios, y para quitar escrúpulos y dudas, el Papa Martin V envió por legado á estos reinos á Alamant, cardenal de San Eusebio, al que se presentaron los documentos y fueron ratificados. Los que concedió á Morella, fueron aprobados en Lérida en 27 de Octubre de 1418.

7. El inflexible D. Pedro de Luna habia quedado solo en la fortaleza de Peñíscola, los pueblos se apartaban de su obediencia, y despues del decreto del concilio de Constanza apenas habia quien escuchara su voz. El rey Don Alfonso V, si se habia apartado de su obediencia y le tenia bloqueado en su roca azotada por las olas del mar, le prometió dejarle las rentas apostólicas en sus reinos, á más cincuenta mil florines anuales y libertad para que eligiera á su gusto punto de residencia. Y á pesar de esto, cuando no tenia apoyo alguno, desde la plaza de Peñíscola, desde *castrum Babilonia*, como le llamaban entonces, se atrevia á lanzar censuras contra los que le habian depuesto, y contra todos los que no obedian sus órdenes. Persuadido estaria que le asistia la verdad y la justicia, ya que su conducta era intachable y que habia manifestado un celo por el bien de la iglesia. ¡Lástima que su duro corazon no le permitiera renunciar el papado, para calmar las ansias y las dudas de los que de-

seaban acabase el funesto cisma! Porque largo era ya el período en que los fieles deseaban un Vicario de Jesucristo que no ofreciera dudas, y relajada se hallaba la disciplina y moral, para que los hombres de fé quisieran ver el fin de tantos males.

Tocaba ya á los noventa años, veinte y siete habian pasado desde su eleccion, y D. Pedro de Luna se hallaba tan resuelto á sostener su papado como en los primeros dias. Tenemos un documento inedito, escrito en aquellos dias, tal vez original, no conocido hasta ahora, que nos dá una idea del carácter de Benedicto, de aquel fuego que conservaba en su corazon que debía estar apagado por los años, y de la fecundia de su ingenio privilegiado. Este documento es un discurso, *Parlamentum*, en el que se esfuerza en probar su eleccion canónica. Su extension no nos permite, ni estractarlo siquiera, pero vemos en él empleada toda la fuerza de un jóven. Como si se viera obligado á hablar por la fuerza de su conciencia dice: que oia una voz que le decia, *clama, ne cesses, cuasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum*. Hace una pintura triste del estado de la iglesia; retrocede á los dias en que el pueblo amotinado de Roma clamaba *lo queremos romano*, y siguiendo los tiempos del cisma, quiere provar la validéz de su eleccion, etcétera. La fecha. Dat Penin. Dertus. dioc. Kals. Septembris M CCCC XXI. En este tiempo habian muerto los cardenales de su obediencia y creó dos, á un monje carturjo y á D. Julian de Lobera.

8. Pero era viejo y no podia durar por mucho tiempo el empeño en conservar su supuesta dignidad, así fué



que murió en 23 de Mayo de 1423, según Zurita. Su cuerpo fué por entonces enterrado en depósito en la capilla del castillo de Peñíscola, hasta que se trasladó á Illueca, su patria, para ser depositado en la cámara en donde habia nacido. Y ni con la muerte de Luna acabó el cisma. Los dos cardenales eligieron á D. Gil Sanchez Muñoz, natural de Teruel y canónigo de Barcelona, y este quiso seguir, hasta que convencido de la necesidad de renunciar, lo hizo solemnemente en 26 de Julio de 1429. Así acabó el cisma que dividió á la iglesia.

10. El largo y glorioso reinado de Alfonso V merecía consagrar algunas páginas; pero el teatro de sus glorias fué la Italia y estos reinos estuvieron gobernados, primero por su esposa D.<sup>a</sup> María, despues por su hermano D. Juan de Navarra, y como nosotros no escribimos la historia de nuestros reyes, sino en lo que tiene relacion con Morella, dejarémos al rey de Aragon recogiendo laureles y conquistando ciudades en Sicilia y en Nápoles y nos concretaremos á lo que más de cerca nos pertenece.

Hemos apuntado en otra parte, que hallándose en Morella D. Fernando de Antequera concibió el proyecto de casar á su hijo segundo D. Juan con la reina de Nápoles. No se efectuó este matrimonio y siguieron las negociaciones con D.<sup>a</sup> Blanca de Navarra, desposándose en efecto en 1419. De este matrimonio nació un hijo Don Carlos, que fué jurado sucesor en el reino de Navarra, por quien se instituyó el principado de Viana, como título del infante heredero. La conducta de D. Juan no agradaba á los navarros, porque dejaba con demasiada

frecuencia su reino y agotaba los tesoros en guerras que poca utilidad podian reportar á los súbditos. El rey D. Juan fué nombrado lugartiniente del de Aragon, y pareció mirar con mayor interés los asuntos de estos reinos que los de Navarra, dejando á D.<sup>a</sup> Blanca los negocios de aquel reino heredado de sus mayores: veremos luego la division que produjo la conducta de D. Juan.

11. En 1436, la reina D.<sup>a</sup> María reunió córtes generales en Monzon, pero luego pareció mejor que cada reino tuviese sus córtes particulares, cogregándose los aragoneses en Alcañiz, los valencianos en Morella, y los catalanes en Tortosa. Se trató sobre el fuero en que habian de ser gobernados algunos pueblos del reino de Valencia, poblados con el de Aragon y Estremadura, siendo el local destinado para la asamblea la Iglesia Arciprestal. Entre los diputados por el reino figuraba en primer línea D. Alfonso Borgia, sabio jurista, que despues de haber servido de secretario á D. Domingo Ram, cuando se hallaba de obispo en Lérida, fué elegido obispo de Valencia, por el grande interés que habia manifestado en la estincion del cisma trabajando para la renuncia Muñóz. Era natural de Canals, cerca de Játiva, y llegó con el tiempo á sentarse sobre la silla de San Pedro, conocido por el Papa Calixto III; así se cumplió una prediccion de San Vicente, que habia dicho á los padres del niño Alfonso, que llegaría á ser Papa y le colocaría en el catálogo de los santos.

12. D. Juan, hermano del rey Alfonso V, gobernaba estos reinos, mientras el monarca aragonés estaba ocupado en las guerras de Italia, pero D. Juan casado con

D.<sup>a</sup> Blanca se titulaba rey de Navarra, y el sucesor de la corona de aquel pequeño reino era D. Carlos de Viana, hijo de este matrimonio. Era el joven príncipe de gran talento; literato, músico, y simpático en su trato, era amado de sus padres y de cuantos le trataban. Pero Doña Blanca murió en 1441, instituyendo heredero del reino al Príncipe de Viana, si bien previsora de lo que podía suceder, rogaba al infante heredero, que no tomase el título de Rey hasta después de muerto D. Juan su padre. Pero este, á poco tiempo después de la muerte de D.<sup>a</sup> Blanca contrajo segundas nupcias con D.<sup>a</sup> Juana Enriquez de Castilla, sin haber dado parte á su hijo. D.<sup>a</sup> Juana era hermosa y activa y no solo procuró ganar el corazón del rey de Navarra, sino que manifestó el poco afecto que tenía á su entenado. ¡No es la vez primera, que la segunda esposa de un rey ha declarado guerra á los hijos de su esposo, para entronizar á los propios hijos!

Se hallaba Navarra dividida en dos bandos poderosos, el de los *agramonteses* y *biamonteses*, y la indiferencia de D. Juan con su hijo, fué bastante para que los *biamonteses* se declarasen protectores del de Viana, y los *agramonteses* buscaran un apoyo en el Aragon y en su nueva esposa, enviada á Navarra para compartir el poder con el infante. Representaron los navarros al rey los inconvenientes y contrafueros de su disposición, pero no siendo oídos, tomaron las armas, proclamando por rey á Don Carlos de Viana: era solo un partido, porque los *agramonteses* aprovecharon esta manifestación para vengarse de sus contrarios. Nació entonces en 10 de Marzo de 1452 un niño del segundo matrimonio en la villa de

Sos, al que pusieron el nombre de Fernando, que con el tiempo habia de ser tan célebre, y en cuyo matrimonio se habian de unir las coronas de Aragon y Castilla; y este niño suscitó á D.<sup>a</sup> Juana pensamientos ambiciosos, que aumentaban el odio al primogénito del rey. En vano D. Alfonso V. de Aragon escribió á su hermano D. Juan recomendándole la paz con su hijo, porque aquel habia entregado su corazon á la castellana y participaba del odio de la vengativa y envidiosa D.<sup>a</sup> Juana. Por desgracia murió el rey de Aragon en 1458, dejando la corona de estos reinos á D. Juan, que desde entonces se tituló Juan II y los estados de Nápoles á un hijo bastardo, llamado D. Fernando; y si cuando Gobernador le perseguia, cuando rey aumentó la persecucion obligándole á marchar á Nápoles. El carácter simpático del príncipe de Viana ganó las voluntades de los napolitanos, y esto bastó para que el rey su padre sospechase, que los sicilianos le aclamaran por rey, y con falsas palabras le hizo venir á Mallorca y luego á Barcelona, pero tambien los catalanes idolatraban al príncipe, injustamente perseguido, y le prepararon un recibimiento digno de un rey. Estas demostraciones sentaban mal al rey y á su esposa y aguardaban una ocasion para vengarse. Poco tiempo despues, hallándose en Lérida fué preso, y como el partido del príncipe era grande, se levantó Cataluña, tomó las armas y obligó al rey á marcharse á Zaragoza. Encerró al príncipe en la Aljafaría y no pareciéndole un lugar bastante seguro, le designó por cárcel el castillo de Morella. Hasta ahora los morellanos no se habian manifestado en contra del rey D. Juan II, las bellas circunstancias de Don

Cárlos de Viana robaron el corazon de muchos, y Morella se dividió en dos bandos, *realistas* y *vianistas*. El gran movimiento que hizo Cataluña por la prision del príncipe fué secundado en Aragon y Valencia y en nuestras montañas, en donde fresca se hallaba la sangre derramada durante el interregno, renacieron viejas pasiones, pues mientras dentro los muros dominaba el partido realista en las aldeas se declararon por el príncipe de Viana. Pero tambien dentro de Morella encontró el jóven príncipe amigos decididos, que arrostraron los peligros de una persecucion declarada. Las bellas cualidades del preso, su instruccion nada comun, su destreza en tocar la vihuela, con cuyo instrumento acompañaba las trobas, que él mismo componia; los literatos y músicos que le rodeaban todo esto atraia las voluntades, siquiera por compasion al que cantaba sus desgracias y hacia que el eco de sus hondos suspiros resonara en las grutas de nuestro castillo. Su amigo y compañero Ausias March poeta valenciano, amenizaba las tertulias, y el sabio arcipreste Don Domingo Alberó, no pudo resistir al mágico atractivo del simpático D. Cárlos de Viana: y esto, que su antecesor D. Arnaldo Lacuna habia sufrido violentas persecuciones, por su adhesion á los biamonteses. El príncipe estaba bajo la custodia de D. Juan Fernandez de Heredia, que procuraba hacer menos amarga su situacion.

En este tiempo los pueblos presentaban una actitud amenazadora; habian tomado las armas y si maldecian la crueldad del rey, era mayor el odio que tenian á su mujer, causa principal de los males que sufría su entenado. Temió D. Juan II un alzamiento general y

para apagar el fuego de la rebelion, se vino á Morella, estuvo algunos dias con su hijo, tratándole con mas benignidad, y tal vez le hubiera sacado de nuestro castillo, á no haber sabido, que el odio era á la reina, y con vendria que ella figurara como móvil de la libertad del príncipe. D. Juan, se volvió á Zaragoza y envió desde allí á su esposa D.<sup>a</sup> Juana á Morella con gran acompañamiento, entrando en esta villa á últimos de Febrero; y tan bien supo desempeñar el papel que se le habia confiado, que manifestó el mayor interes por el que se hallaba preso por orden del rey. Dijo que le tenia amor de madre y que debia como á tal reconocerle y no como á madrastra. ¡Palabras que á pocos engañarian!

El dia primero de Marzo de 1461 se dió libertad al príncipe. El dia tres se marcharon, pernoctando en Traiguera y entrando en la tarde siguiente en Tortosa. La alegria del principado de Cataluña fué tan grande, que la reina estaba confusa de ver el desden con que se miraba su persona y el entusiasmo que producía la persona de su hijastro. En Tarragona recibió un mensaje D.<sup>a</sup> Juana para que no entrase en Barcelona ni ella, ni alguno de los de la comitiva, para evitar desmanes en el pueblo, y fuele preciso quedarse en Villafranca. Cuando los catalanes tuvieron en su poder á su idolatrado príncipe, no solo trataron de casarlo con D.<sup>a</sup> Isabel, hermana del rey de Castilla, sino que su consejo propuso al rey de Aragon, que para la concordia entre padre é hijo era indispensable se reconociera por rey de Navarra á D. Carlos, príncipe de Viana, si bien durante la vida del rey padre, pudiera este conservar la posesion, pero que la lu-

gardenencia la tuviera su hijo, y otras condiciones, las que se vió obligado á aceptar D. Juan para evitar mayores males. No seguiremos la historia del príncipe desventurado, porque no nos pertenece; pero el resto de su vida fué una continua cadena de disgustos y sinsabores que le abrieron el sepulcro en 23 de Setiembre de 1461, á los 40 años de su edad.

Murió, pero su memoria quedó viva y los que fueron sus amigos no miraron jamás con aprecio á un padre, que le habia sacrificado por contentar el odio de su vengativa esposa. Por la muerte de D. Carlos quedó sucesor del trono D. Fernando, hijo del segundo matrimonio y á quien su padre se apresuró en hacer reconocer á los representantes de los tres reinos.

13. Sosegados parecian encontrarse los partidarios del difunto D. Carlos, pero del fondo de aquellas aguas mansas se levantaban de vez en cuando borbuja, que hacian temer, que algun agente secreto obraba para revolverse de nuevo. Los catalanes en particular no cejaban ante la actitud del rey y se creian bastante fuertes para despedir de Cataluña los ejércitos de Aragon. El partido que la reina habia podido reunir en favor suyo era impotente y solo sirvió para exacervar los ánimos del gran partido catalan. Temia D.<sup>a</sup> Juana un rompimiento y se retiró á Gerona, pero allí fué á buscarla el conde de Pallas con los catalanes, y si manifestó su ánimo varonil en los ataques que le dirigieron, solo pudo la reina librarse del peligro por el auxilio que le envió el rey de Francia. La insurreccion cundió, los catalanes se decla-

raron libres del juramento de fidelidad y ofrecieron al rey de Castilla la soberanía del Principado, proclamándole conde de Barcelona en 11 de Agosto de 1462. Aceptó el castellano la oferta, aprestándose para luchar con los ejércitos del rey de Aragon.

Hasta aquí solo oia Morella el ruido sordo de la tempestad, pero no dejaba de prevenirse, porque enemigos tenia el rey D. Juan fuera Cataluña y solo esperaban un momento oportuno para levantarse en masa, y este momento llegó cuando el rey de Castilla, como príncipe de Cataluña, envió sus tropas para que traspasaran la frontera. En los primeros dias de Diciembre de 1462 Don Juan de Biamonte con algunos escuadrones de caballería entró por Cuenca y pocos dias despues lo hizo Rui-Diaz de Mendoza, cuando el terreno, preparado por los enemigos del rey, saludó á los castellanos y tomó las armas para engrosar sus filas. Los que habian defendido al príncipe de Viana renovaron sus sentimientos hostiles y con pocos esfuerzos, se apoderaron los castellanos y sus aliados de las fortalezas principales. Teruel, Aliaga, Alventosa y otras plazas enarbolaron la bandera de rebellion, y dejándose deslizar hasta nuestras montañas, tomaron por asalto á Castellote y con escasa resistencia se apoderaron de Alcañiz y de su bailío.

Apurada era la situacion en que se encontraba Morella. En 14 de Enero de 1463 se convocó á junta de la generalidad, presedida por D. Bartolomé Vilanova, con el objeto de conocer el espíritu público de Morella y el de sus aldeas. El hermano del presidente, D. Bernardo de Vilanova, jurista y asesor del consejo, tomó la pala-



bra, recordando la fidelidad jamás desmentida del pueblo morellano á sus reyes, y la necesidad de unirse todos para resistir al ejército de Castilla. Faltaba el síndico del Forcall y esta falta hizo augurar de que, aquella aldea no estaria dispuesta á defender al rey. (1.) Otras aldeas se manifestaron neutrales protestando que no podian defenderse, y en cuanto á contribuir á los gastos de víveres y pertrechos de guerra manifestaron, que estando el pais dominado por las tropas de Castilla y Cataluña, tendrian que suministrarles víveres y no les era posible contribuir á los gastos de esta plaza. Conoció el consejo de Morella, que solo podia confiar en las fuerzas propias, y no durmió, porque el peligro era eminente. Se-  
cuestro el trigo de los diezmos pertenecientes al obispo, al cabildo de Tortosa, los bienes muebles del arcipreste, porque dice el acta, eran desleales al rey, fortificó la plaza, nombró capitanes y envió sus compañías á Olocau y á Zurita. Para el castillo de esta aldea nombró á Don Gabriel Vilvá, pero ó no tenia confianza de poder sostener un ataque del enemigo, ó no era decidida su adhesion al rey; lo cierto fué que se escondió, dejando abandonado el castillo: tenemos el proceso en que se le acusa de desleal.

Las sospechas que se tenian del Forcall no eran infundadas. El 2 de Febrero levantó bandera Miguel Balaguer declarándose todo el pueblo por los insurrectos, y

---

(1.) El acta, así como la relacion de esta campaña lo hemos tomado del diario manuscrito de Juan Grife, ya que los historiadores solo apuntan algunos hechos. Grife era escribano de Curia, y su hijo D. Pedro siguió la campaña.

comprometiendo á otras aldeas. Siguieron el movimiento los del Maestrazgo, quedando por el rey Morella, Cantavieja y San Mateo. La pintura de las crueldades y desórdenes de los rebeldes, como llamaban á los insurrectos, *rebelats*, es tan triste, que aunque se rebaje del lenguaje apasionado del que nos ha legado los apuntes que nos sirven de guía, siempre quedará el cuadro lastimoso. Terribles son las guerras civiles, cuando encarnizados los partidos se atacan con furor, sofocando los sentimientos de la sangre y de la amistad, para satisfacer la feróz venganza y el odio mortal. El juicioso Zurita dice al recordar los desmanes de esta rebelion, que era tal el furor conque desafiaban la muerte, que el padre viendo derramar la sangre de su hijo endurecia más su ánimo y los maridos no temian que fuesen violadas sus mujeres, y en comun de ejecutar la guerra, todos eran temerarios y crueles. No nos sorprende esta pintura, porque si hemos de seguir nuestra tarea, nos veremos precisados á recordar escenas parecidas, que no tendremos por exageradas, porque las vieron nuestros ojos.

Hallábase el rey D. Juan en Zaragoza, y para cortar en un principio la sublevacion del Maestrazgo, apoyada por los catalanes de Tortosa, envió al Maestre de Montesa D. Luis Despuig, con alguna fuerza de caballería y mil peones. Fijó su cuartel general en San Mateo, procuró interesar á los comendadores de Montesa, para que reclutaran gente para oponerse á los castellanos y rebeldes del terreno, que todo lo dominaban, y nombró comandantes de partida. Morella habia hecho un armamento general; D. Batolomé Vilanova, justicia mayor to-

mó á su cargo la defensa de la plaza, dando el mando de los mozos movilizados al comendador Frey Escorna, y de alférez á D. Pedro Grife, hijo de Juan, notario de Curia. Esta pequeña columna recorría el Maestrazgo, haciendo alguna incursión á las riberas del Ebro.

El 28 de Marzo presentáronse los castellanos á la vista de Morella, despues de haberse apoderado de Zurita. Hallábase D. Pedro de Vilvá con su compañía en es plaza, y al ver que se apoderaban de los ganados, salió con algunos ginetes y cien ballesteros para recobrar la presa; pero cuando habian conseguido, al parecer, su objeto, se vieron envueltos por los castellanos, cayendo en su poder el capitán Vilvá y cuarenta y tres soldados á la vista de sus familias, que desde las azoteas estaban mirando la accion. Dice la memoria que esto sucedió en los *friginals*, que seria en la parte Sud del monte sobre el que descansa la poblacion, y que los prisioneros, cuyos nombres consigna en el escrito, fueron conducidos al Forcall, en donde murieron, tal vez de las heridas, Francisco Sorribes de Chiva, y Bartolomé Alleptúz, Miguel Vilar, de caballeria, y Juan Negrello de Morella. Seis dias despues, on tres de Abril, acudió el tercio de Fr. Escorna en socorro de Morella, pero los insurgentes del Forcall se marcharon á Alcañiz, llevándose los prisioneros.

En estos dias el aspecto de la guerra habia cambiado en esta montaña. Los reyes de Aragon y de Castilla se convinieron en firmar una tregua, dejando al arbitrio del rey de Francia el arreglar las diferencias; pero esta tregua no se cumplió por parte de los intransigentes ca-

talanes, que merodeaban por esta montaña, cometiendo robos, atropellos y asesinatos. El Maestre de Montesa, viendo que el foco se hallaba en Tortosa, dió orden para que las compañías bloqueasen la plaza, el Bastardo de Cardona por la parte alta del rio y el comendador Escorna con la gente de Morella por Amposta y Uldecona, que eran los fuertes avanzados de los de Tortosa.

El día 6 de Abril Fr. Escorna entró por las planas de Tortosa, acercóse hasta un tiro de ballesta de la ciudad con unos cuantos ginetes, pero dejando emboscados cien lanceros de acaballo y quinientos hombres á pié en el puente del Lloret. Tenian el ganado los de Tortosa en la ribera, cerca del puente y cómo los morellanos se lo llevansen, salió la guarnicion á persiguirles, hasta el puente del Lloret, en donde estaba la celada que acometiendo rústicamente á los tortosinos, les dispersaron quedando muertos en el campo treinta, cogiendo veinte caballos y ciento doce prisioneros, que fueron conducidos á San Mateo. Alentados con esta victoria se propusieron el asaltar el fuerte de Albocácer, en donde los insurrectos se habian fortificado, y el 25 de Abril salió el comendador Escorna con mil hombres y algunos caballos de San Mateo, llegaron á Albocácer, acometieron el asalto, pero el comendador que marchaba al frente de las tropas recibió un tiro de bombardas, quedando gravemente herido. La pérdida del gefe hizo retroceder á los morellanos, conduciéndole á San Mateo, en cuyo punto murió el 18 siendo enterrado al siguiente dia (1.)

---

(1.) Zurita. lib. 17. cap. 48 dice: que el asalto fué en Alcalá de Chisvert; pero Grife escribe.—Lo divendres á XV de Abril lo dit frare

Quedó pues la division real del Maestrazgo sin gefe, porque Despuig se hallaba en Cataluña, y fué preciso nombrar caudillo. La eleccion recayó en el comendador de San Juan de Jerusalem D. Fr. Pedro Biure. A últimos de Mayo vino á Morella y los Jurados le entregaron dinero para la tropa, segun la carta de pago que otorgaron ante el mismo Grife, y parece que tenia todo el Maestrazgo en favor del rey, pues el de Castilla habia renunciado el condado de Barcelona que los catalanes le habian prometido, aunque estos tenaces en la rebelion eligieron al condestable de Portugal para continuar la guerra. Tortosa era una de las ciudades mas comprometida y los pueblos de su alrededor eran puntos fortificados para fuertes avanzados. Entró D. Pedro Biure en el territorio de Cataluña, puso sitio á la Cenia, cuando á los tres dias se presentan los de Tortosa inopinadamente, sorprenden á los sitiadores y les obligan á levantar el asedio con pérdida de muchos soldados. Así aquella guerra civil, sin objeto bastante conocido, pues comenzó por manifestar simpatías á D. Carlos de Viana, se prolongó despues de su muerte por resentimientos y por el odio que los catalanes tenian á D. Juan II, y más aun á su esposa D.<sup>a</sup> Juana Enriquez.

El empeño de los catalanes en sacudir el yugo del rey tocaba á la desesperacion. Abandonados á sus fuerzas, pues el rey de Castilla estaba en paz con el de Ara-

---

Siorna ana aben mil peons y dosens rosins á pendre Albocáser y allí fon nafrat de una seorta de bombardas y sentornaren á Sen Mateu é allí morí. Fon sotarrat lo dimats á XVIII de Abril del det any é lo dimecres á XX sen torná mon fill Pere Grife, que era en lo dit frarc.==

No parece más cierta la crónica de Grife, notario de Morella, que apuntaba en el mismo dia la relacion de su hijo, testigo de vista.

gon; sin otra esperanza que los refuerzos que el condestable de Portugal podría recabar de su rey; perdidas muchas plazas de armas y mermadas las tropas de voluntarios, no tanto por los descalabros en los campos de batalla, como por las defecciones de los que miraban perdida la causa; á pesar de todo esto no se doblaban ni admitían transacción alguna. Fué preciso estrechar las ciudades más comprometidas, y reducir los pueblos que aun conservaban alguna esperanza. Se vino de Cataluña el Maestre de Montesa para preparar el sitio de Tortosa. El 8 de Octubre entró en Morella con cien caballos, reclutó los jóvenes de esta villa y de sus aldeas y se marchó el día siguiente. Con esta fuerza y la que tenía en San Mateo se fué á las inmediaciones de Tortosa, taló los campos, entró en la Rápita, en Cherta, y por convenio en Uldecona, mientras que el arzobispo de Tarragona conseguía iguales victorias en la otra parte del río.

El lugar de Lledó se había mantenido por los rebeldes, cuando el rey envió á D. Juan Ram, sobrino del cardenal de Tarragona (1) y no solo pudo reducir este fuerte, sino otros del obispado de Tortosa, como dice Zurita. En el año siguiente 1464 siguió la guerra en Cataluña con feliz suerte para el rey; mucho se adelantó en el 65, pero quedaban dos plazas fuertes en poder de los insurrectos y fué preciso combatirlas con todas las fuerzas reales para acabar con aquella guerra desastrosa, que ha-

---

(1.) El sobrino del cardenal Ram que seguía la corte del rey Don Juan se llamaba D. Jaime Monto y Ram, hijo de Jaime y de Francisca Ram, que se crió en casa del cardenal y luego quedó con su tío el arcediano de Tarragona D. Juan Ram. En este tiempo era Alcalde del castillo de Morella.

bia amargado los últimos años de la vida larga de Don Juan II.

14. En los últimos días de Setiembre el monarca aragonés había reunido sus huestes y atravesando el collado de Balaguer se dirigió á Tortosa. Parecióle oportuno, antes de combatir esta plaza, reducir á la de Amposta para cortar toda comunicacion por el rio y privar á los tortosines de los recursos que les proporcionaba la marina. Hizo un llamamiento á los pueblos que le eran adictos, pidiéndoles fuerzas y pertrechos de guerra, y Morella no solo envió sus tercios, sino que hizo un sacrificio para reunir comestible y dinero. El dos de Octubre se cerró el bloqueo de Amposta, hallándose el campamento en Ulldecona; pero no seria tan estrecha la situacion de los sitiados, cuando diferentes veces fueron socorridos por el mar. Mientras que el invierno de 1465 y principios de 66 se estrechaba el bloqueo en Amposta, las huestes del rey estaban en continua lucha con los rebeldes, que no querian desistir de su empeño. El arzobispo D. Juan de Aragon recorria la ribera derecha del Ebro, y pudo reducir los pueblos de Ascon, Villalba, Batea, Corbera y la Fatarella, conquistando á viva fuerza el castillo de Flix y reduciendo á pavesas la poblacion. El rey con su hijo D. Fernando, que aunque jóven, habia manifestado ya su valor, recorrían la izquierda del Ebro, cuando salieron los de Tortosa á combatir la vanguardia mandada por el infante, y fué tal el arrojó de los realistas que destrozaron las compañías de tortosines en el collado del Alba. Este descalabro no desmayó á los de Tortosa, pues

aparejaron gruesas naves para marchar en auxilio de Amposta, sitiada ya y combatida con gruesa artillería. Prodigios de valor se vieron en sitiados y sitiadores, sangre corrió abundante, á palmos se disputaban el terreno, hasta que reducidos á una sola torre treinta soldados y su gefe D. Pedro de Planella se vieron obligados á rendirse en 21 de Junio, despues de ocho meses de sitio: ocho dias despues murió en Granollers el condestable de Portugal, gefe superior de los rebeldes.

Faltaba reducir á Tortosa, y el rey no quiso dormirse sobre los trofeos de la victoria. Cercó la ciudad por todas partes, abrió una mina, y aunque al principio los tortosines se defendieron con desesperacion, se rindierou el dia 17 de Julio de 1466. El Dr. Roselló dice: que los tercios morellanos, ganaron fama de valientes en los sitios de Amposta y de Tortosa; pero como no encontramos los detalles, solo consignaremos el nombre del capitán D. Bartolomé Vilanova, esforzado caballero morellano que guiaba á sus compatricios en los combates. El rey D. Juan se portó con mucha benignidad con los de Tortosa, y dice D. Daniel Fernandez, su último historiador, que fué por el interés que tomó el Maestre de Montesa, D. Luis Despuig, *hijo de aquella ciudad.* (1)

Restituidos los tercios morellanos á sus hogares fueron recompensados los méritos de algunos soldados, y como habian sido tantos los gastos y dispendios en aquella guerra, los jurados enviaron á Vicente Juan con una

---

(1.) Dispénsenos al señor Fernandez: D. Luis Despuig hijo de Don Bernardo, nació en Játiva, así como sus hermanos Bernardo y Francisco.



solicitud, dirigida al rey, para que de los bienes muebles secuestrados al obispo, cabildo, arcipreste y abad de Benifazar se indemnizaran los daños y gastos á Morella y á los vecinos particulares. El rey accedió á la súplica, y en su virtud se vendieron en pública subasta: así consta en los protocolos de Juan Grife (1.)

15. Largo y borrascoso fué el reinado de D. Juan II; la guerra de Cataluña, á pesar de la importante reduccion de Tortosa, se prolongó hasta 1472, tan obstinados se mostraron los del Principado, que solo entregaron á Barcelona cuando una capitulacion muy ventajosa les aseguró su libertad y el olvido de todo lo pasado, desde la prision del príncipe de Viana. Y sin embargo de la vejez del monarca, otras y otras empresas tomó á su cargo, que nosotros no seguiremos, porqu en Morella se disfrutó de paz y tranquilidad. Ochenta y dos años contaba ya de edad; cincuenta y cuatro de reinado; cuasi siempre en campaña, cuando en 19 de Enero de 1479 le asaltó la muerte en Barcelona, en el palacio episcopal. Doña Leonor condesa de Fox, hija del primer matrimonio heredó el reino de Navarra, y D. Fernando del segundo los reinos de Aragon y demás unidos.

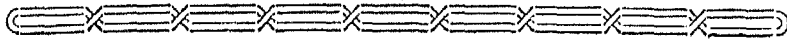
La posteridad ha juzgado los hechos de D. Juan II y

---

(1.) D. Jaime I concedió á Morella el dictado de FIEL, como hemos visto en otra parte, y siguiendo el curso de nuestra Historia, hemos podido convencernos de que jamás lo ha desmentido. Hé aquí como se halla encabezada la representacion, que sus Jurados elevaron á D. Juan para que se endemnizaran los gastos de la guerra.—La honorable vila de Morella, axí com aquella qui es per tot tems, fonch fel é leyal à la sacra majestad del Señor Rey é corona reyal daragó, ha sostengut per culpa de la guerra etc.—Cuatro siglos atrás los morellanos blasonaban de su fidelidad al Rey.

si no le puede disimular sus faltas, tampoco se le puede negar su valor, su constancia, superior á los peligros, fecundo en recursos para oponerse á sus enemigos poderosos y osados, sin desmayar jamás en los reveses de la fortuna. Digamos pues, que por ser un esposo condescendiente, fué padre cruel y despiadado, pero tuvo las cualidades de un buen rey, y de un valiente capitán.

---



## CAPITULO IX.

### RESUMEN.

---

---

1. D. Fernando el católico. 2. Desposase con Doña Isabel de Castilla. 3. Gloriosos hechos de su reinado. 4. Muerte de la reina. 5. D. Felipe y Doña Juana. 6. El cardenal Jimenez de Cisneros. 7. Expedicion al Africa. 8. Muerte de D. Fernando. 9. D. Carlos. 10. Adriano de Florencia. 11. Estado moral en que se encontraban estas montañas. 12. Comunidades de Castilla.

**E**L reinado de D. Fernando el Católico, el más fecundo en acontecimientos, el que nos recuerda hechos más gloriosos, es tambien el que á nosotros nos debe ocupar menos. La historia de Morella, objeto principal de nuestras tareas, no ofrece en este largo reinado hechos memorables, si esceptuamos la expedicion á Bujia, porque fué sin disputa en el que disfrutó de más calma y de una paz tranquila. Pero debemos continuar nuestra narracion, siquiera para tener una idea de lo que sucedió en este reinado, y lo haremos con brevedad, cuando nos alejemos del teatro que debe interesarnos.

1. Despues de las tristes impresiones, causadas por la relacion de los padecimientos de D. Carlos de Viana, pri-

mogénito del rey de Aragon y heredero de la corona, si recordamos, que la reina D.<sup>a</sup> Juana Enriquez fué la causa de tantos males y de guerra tan larga, y que por coronar á su hijo D. Fernando acibaró los dias de su hijastro y tal vez le empujara al sepulcro en sus verdes años; cuando vemos, que la corona de Aragon ciñe la frente del infante nacido en Sos, parece que deseamos arrancar le regia diadema de su cabeza, porque se nos representa la virtud oprimida y la ambicion triunfante. Pero si olvidando las intrigas y manejos de la castellana y la dureza de corazon de su esposo, miramos solo á D. Fernando, y siguiendo su reinado, vemos las proezas, su indisputable prudencia, el interés por la nacion, el celo por la religion católica; cuando unidas las dos coronas de Aragon y Castilla, marchan sus reyes unidos tambien con los lazos sagrados del matrimonio, á arrojar de su último baluarte á los moros, que con mengua de España aun dominaban en las fértiles vegas de Granada; cuando esto vemos, nos parece D. Fernando un hombre providencial, que Dios regaló á los españoles para su dicha y felicidad venturosa.

En efecto D. Fernando, el Católico, *segundo* en Aragon, *cuarto* en Castilla, fué uno de los reyes á quien debe más la nacion española. En su reinado pudieron llevarse á cima grandes reformas, y despues de haber desalojado á los tristes huéspedes, que muy cerca de ocho siglos pusieron el pié en este hermoso suelo, envió sus naves en busca de otros mundos, y otros mundos se agregaron á la corona de Castilla y de Aragon.

2. Imberbe D. Fernando, habia manifestado su valor

en los combates, sus dotes para robar el amor á los súbditos; y la infanta D.<sup>a</sup> Isabel de Castilla, jóven, hermosa, de singular talento, con muchos pretendientes para el matrimonio, no dudó entregar su mano al Principe aragonés, prefiriéndole á otros principes: esto en vida de su padre el rey D. Juan II. Los varios acontecimientos, las contrariedades, que se vió precisado D. Fernando á superar para obtener la mano de Isabel, la proclamacion como reina de Castilla, y el empeño de los parciales de Juana la *Beltraneja*, en arrojarla del trono, todo esto amargó los primeros años del matrimonio de Fernando é Isabel; pero tambien manifestaron la prudencia y aquel tino para atraerse la voluntad de los pueblos. Muerto D. Juan de Aragon, se unieron las coronas de ambos reinos, acabando las odiosas rivalidades de Aragon y Castilla, y robusteciéndose el poder cristiano, para marchar uniformes todos los españoles contra el poder musulman.

3. Los hechos múltiples de los reyes católicos, forman una brillante cadena, que nosotros ni podemos, ni debemos seguir. Apuntaremos, sin embargo, los principales, sin detenernos en detalles, á no ser que nos interesen particularmente. Cuasi toda España estaba regida por los reyes Fernando é Isabel, que aunque sus reinos se gobernaban separadamente y con sus leyes especiales, los decretos y deliberaciones se dirigian al bien general y llevaban la firma de los dos esposos: hasta la moneda acuñada en los tiempos que recorreremos lleva el nombre de los dos reyes; puede decirse que Aragon y Castilla era una sola monarquía. Pacíficos en los reinos; y con segu-

ras alianzas y convenios con los extranjeros, los reyes católicos dirigieron sus miradas al reino de Granada, en donde se encontraban los árabes, con mengua de los cristianos españoles. Aquel reino se había hecho feudatario del de Castilla, aunque las revueltas y divisiones de los príncipes cristianos impedían el exigirles el feudo. Tiempo era de hacerles cumplir los pactos, y D. Fernando les recordó la deuda. Pero el orgulloso granadino, que contaba con más de cien mil combatientes, le respondió que en Granada no se acuñaba moneda para dar pábias, pero se fabricaban lanzas y dardos. Esta respuesta sirvió para acometer una conquista, que era de necesidad. Publicóse en España la guerra santa y los caballeros y señores conocieron, que era un deber acudir á la empresa.

El marqués de Cádiz y D. Diego Merlo dieron principio apoderándose de Albama, en donde el valor de Juan Ortega con doce soldados pudo escalar el muro, y dar entrada á las tropas cristianas. Los primeros ensayos alentaron á las tropas cristianas, porque valor y constancia se necesitaba para reducir las plazas, que se hallaban en poder de los moros, y valor y constancia manifestaron los reyes católicos, D. Fernando para dirigir las operaciones militares, D.<sup>a</sup> Isabel para reunir pertrechos, y uno y otro para alentar á la tropa y dar ejemplo de abnegacion y sufrimiento. Ejemplos de valor se vieron, en uno y otro ejército; años se necesitaron para dominar la bravura de los islanistas; pero una en pos de otra tuvieron que rendirse las plazas de Loja, Velez, Baza y por último Granada, la capital del reino musulman, y el foco de donde salían los defensores de Mahoma á hostilizar á los cristia-

nos españoles. España es ya cristiana; la raza árabe, ó abjura los errores de su secta, siquiera con ficcion, ó repasa el estrecho para habitar el país que sus padres dejaron siete siglos antes. La conquista de Granada forma época en los anales de nuestra historia.

Pero no les es bastante á los reyes católicos haber arrojado de España á los enemigos de su religion; quisieron que esta religion divina fuera á alumbrar á otros países desconocidos; y gloria grande fué para Fernando é Isabel el haber descubierto sus naves un mundo nuevo, la América, que ni soñado habian los hombres, que pudiera existir otro emisferio. El pensamiento fué de Cristobal Colon y apoyado de Fernando y de Isabel, salió con su pequeña flota del puerto de Palos, surcó las naves á merced de las aguas, y despues de mil peligros, alentado por su fé y su constancia, se encontró con un terreno desconocido; hermosas y fértiles islas que zozobraban sobre las espuma de los mares, y seres humanos que bajo los ardores de un sol abrasador faltábales la divina luz, que iluminaba á los hombres. El mundo atónito escuchó la relacion de los navegantes españoles, y las glorias de Colon ornaron la diadema de los reyes de España.

4. No hay dicha, no hay alegría duradera sobre la tierra. Los vientos de la adversidad combaten los palacios de los potentados y las chozas del pastor; tras la risa viene el llanto, y los reyes que sorben hoy el nectar y la ambrosía, se ven mañana obligados á apurar el cáliz amargo de la adversidad. El cielo habia concedido á

los reyes Católicos tres hijos; D. Juan, príncipe amable y muy digno de sucederles; D.<sup>a</sup> Isabel, casada con el rey de Portugal; y D.<sup>a</sup> Juana esposa del archiduque de Austria D. Felipe. Murió D. Juan, poco tardó D.<sup>a</sup> Isabel en bajar al sepulcro, y D.<sup>a</sup> Juana, ó bien de resultas de un parto, ó porque el amor á su esposo no era correspondido, perdió el juicio, cayendo en una embecilidad, que le hacia inútil para gobernar el reino. La reina Isabel no pudiendo soportar el peso de tantas desgracias, consumida por el acerbo dolor y la melancolía, murió en 26 de Noviembre de 1504. Su nombre se pronuncia con respeto, y nadie podrá negar á Isabel la Primera, las virtudes de una gran reina, una esposa fiel, una cariñosa madre, y una fervorosa cristiana, que no en vano es conocida por la *Católica*.

5. Heredó los estados de Castilla su hija D.<sup>a</sup> Juana llamada la *Loca*, por su extravio mental, pero siendo incapáz para el gobierno de la nacion, se encargó de la regencia D. Fernando, hasta que D. Carlos, hijo de Don Felipe y D.<sup>a</sup> Juana cumpliese la edad legal.

Habia encargado la reina Isabel, que se revocasen las gracias, que se hubieran concedido en perjuicio de la corona y D. Fernando se valió de esta cláusula para reformar el reino, siempre combatido por una nobleza orgullosa y por las órdenes militares, que habian adquirido un poder inmenso. Siempre en pugna con el monarca los nobles y caballeros feudales, si alguna vez acudian con sus mesnadas en socorro del rey, exigian despues una recompensa en daño de la corona, y para ensanchar sus posesiones se valian de todos los medios, no siempre lí-



bitos y justos. El rey dió vigor al elemento popular y puso cuota á las demasías de los nobles; se administró los tres grandes maestrazgos, nombrando sus tenientes y dió fuerza al poder real. Tuvo que sufrir disgustos de su yerno D. Felipe, que le disputaba la direccion del gobierno, hasta ceder á sus pretensiones retirándose á Aragon; pero la muerte arrebató al jóven regente cuando solo tenia veinte y nueve años de edad.

6. No se hallaban conformes los grandes de Castilla en designar un nuevo regente. Quien se inclinaba al rey D. Fernando, quien al arzobispo de Toledo D. Francisco Jimenez de Cisneros, confesor que habia sido de la reina Isabel, uno de los grandes hombres, que contaba el reino, ó tal vez la figura mas culminante de su siglo. Era Cisneros fraile franciscano, de un talento extraordinario, de una virtud ejemplar y de conocimientos tan vastos, que era teólogo, canonista, versado en las lenguas orientales, político, y para que nada le faltara, supo gobernar los dominios de España con tal prudencia y tino, que apenas registra la historia un período mas bello y glorioso para nuestra pátria. Bajo su tosco sayal se ocultaba un gran corazon y á la humildad y abnegacion de un fraile, unia la energía, el valor y fortaleza de un príncipe generoso. El nombre del cardenal, arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros ha pasado á nosotros como un recuerdo de aquellos tiempos en que la nacion, levantándose de la postracion en que yacia, era envidiada por su poder, por las ciencias, las artes y por todo lo que hace grande á un pueblo. El rey D. Fernando, se encargó de nuevo del reino de Castilla, pero

el cardenal Jimenez era su especial consejero, quien de hecho gobernaba.

7. La conquista del reino de Granada, el descubrimiento de América, las reformas y otros adelantos morales y materiales, que se vieron en el reinado de Fernando é Isabel nos hacen presagiar dias de gloria y de desventura; pero otros laureles habian de ornar la corona, aun despues de la muerte de la reina. En la costa de Africa tenia D. Fernando enemigos de Dios y de la patria, y estos no perdian ocasion en que pudieran molestar á los cristianos españoles, hoy como piratas que apresaban nuestras naves ó se dejaban ver en algún punto de nuestra costa para hacer esclavos á los habitantes desprevenidos y llevarles en triunfo á las ciudades musulmanes. El Cardenal Jimenez, que como dice Zurita, no cesaba de persuadir al rey de la necesidad de ejercitarse los soldados españoles en la guerra contra el moro, sueño dorado, que le seguia á todas partes, porque *no se divertia sino en grandes empresas*, pudo lograr del rey, se enviara una espedicion naval á la costa del Africa. El mismo, de sus rentas dió once cuentos de Castilla para la empresa, y saliendo de Almería á principios de Setiembre de 1505 una pequeña armada al mando de D. Diego Hernandez de Córdoba, llegaron á las playas de Oran y en pocos dias se apoderaron de la importante fortaleza de Marzaquivir. Este ensayo alentó al cardenal para proseguir la empresa, y de cierto que no se hubiera retardado, sin las desavenencias del rey y su yerno D. Felipe. Pero tan luego como estuvo tranquilo el reino, reprodujo el cardenal sus súplicas, y aparejando una arma-

da respetable al mando militar de D. Pedro Navarro, y bajo la inmediata direccion del cardenal Jimenez, se dieron á la vela, arribaron al Africa y conquistaron la importante ciudad de Oran, desalojando á los moros y librando nuestras costas de la piratería musulmana.

Hasta aquí Morella contribuía con sus jóvenes y dinero; pero nos place recordar un hecho, que auténtico hemos visto consignado. No solo hemos de presentar á los habitantes de esta montaña valientes en los combates, cuando se dieron en los valles ó gargantas, tambien hemos tenido nuestros tercios en el mar. En la expedición del conde D. Pedro Navarro, con objeto de apoderarse de Bugía, Morella ofreció costear una nave, con el capitan y soldados de tripulación. D. Berenguer Ciurana, hijo de D. Jaime, habia sido agraciado por sus servicios militares con la bailía de Morella, por decreto de 30 de Mayo de 1505. Entusiasmado por lo grande de la empresa, quiso acompañar la expedición de Navarro, comprando una nave y marchando á la costa de Africa con sus morellanos. Apellidaron la *Nave del Baile de Morella*, una de las once fustas que saliendo de España y arribaron al puerto de Marzaquivir. En la vispera de la Epifanía de 1510 llegó la pequeña flota á un tiro de Bugía, el conde D. Pedro Navarro salió á recorrer el terreno con alguna fuerza, y asegurado que estuvo de poder combatir la ciudad, desembarcó la fuerza, y ocupó las posesiones mas convenientes. Los moros de Bugía dispusieron, que saliera la gente inútil, quedando solamente los que pudieran aprovechar para la defensa. Salieron luego al campo, subieron á la montaña y al ver que los espa-

ñoles, á pesar de su número inferior, les atacaban, se retiraron á la ciudad, y fué tal el terror de aquellas gentes al verles asaltar impavidos los muros, que se entregaron cobardemente. Grande fué el botín que sacaron los cristianos, y no menor el número de esclavos que encontraron y á los que dieron libertad. Sigieron las conquistas de otras ciudades como Tunez, de modo que en poco más de un año el rey Católico entró en posesion de una gran parte de la costa de Africa.

En 1511 D. Berenguer Ciurana entró en Morella con sus tercios, orgulloso por haber contribuido con sus fuerzas á la conquista de aquellas fortalezas, y encontramos que traia, como uno de los trofeos de la victoria, una jóven esclava, á la que se impuso el nombre de Juana, que pasó luego al servicio de D. Gerónimo Pardo. Suspendamos ahora los hechos militares del capitan Ciurana, no tardaremos en verle al frente de sus morellanos recoger laureles y coronarse de gloria.

8. Tocamos ya á los últimos años del reinado de Don Fernando el católico, porque no es deber nuestro referir todos sus hechos. La salud del rey hacia temer una cercana muerte y fué preciso arreglar los asuntos de la corona. Dejaba el reino á D.<sup>a</sup> Juana, bien que por su incapacidad para el gobierno, debia su hijo D. Carlos, nieto del rey, tomar la regencia; pero hasta que viniera de Alemania, el gobierno deberia estar á cargo del Cardenal arzobispo de Toledo. En 23 de Enero de 1516 murió en Madrilejo, y su cuerpo fué trasladado á Granada en donde habia elegido sepultura. El haberse apoderado de Navarra dió motivo para que algunos historiadores

manchen su reputacion. Por este hecho, los franceses le llaman usurpador, pero se ha probado que le asistia la justicia.

9. D. Cárlos primero de este nombre en España, heredó los vastos dominios de los reyes católicos, y hasta que pudiera venir á coronarse, quedó regente del reino el cardenal Jimenez de Cisneros, segun prevenia el testamento de su abuelo. No pensó así el consejo del jóven príncipe, pues envió á su preceptor Adriano para regente de la corona, y esto dividió á los grandes, á quienes el carácter del cardenal no acomodaba para los fines que se proponian. Se atrevieron á pedirle los poderes, más Jimenez, que no sufría contradiciones, cuando le asistia la justicia y obraba en bien de la nacion: mirad, les dijo, enseñándoles un cuerpo de tropa en órden de batalla, mirad los poderes conque gobernaré la España hasta la llegada del Rey. Esta actitud amenazadora cortó los planes de la nobleza, y obligó á Adriano á caminar de acuerdo con el cardenal.

10. Era Adriano preceptor de D. Cárlos, nacido en Utrecht de una obscura familia se habia abierto el camino á la celebridad por su talento y aplicacion. Obtuvo el deanato de San Pedro; en 1516 fué nombrado obispo de Tortosa, luego cardenal de la iglesia romana, y por muerte de Leon X fué elegido Pontífice en 9 de Enero de 1522. Solo gobernó la iglesia un año, pues murió en el año siguiente, pero manifestó las prendas que le adornaban y el interés por reformar los abusos que se habian introducido. Este pues fué el compañero que ayudó á Cisneros en el corto tiempo que gobernó Castilla,

y el que quedó despues de su muerte. Porque D. Carlos, tan pronto como pudo desprenderse de los negocios de Alemania, se vino á España, en donde sórdidamente se trabajaba para apoderarse del corazon del jóven príncipe. Antes de verle el cardenal Jimenez, ya recibió una carta del rey en la que le manifestaba sus designios de separarle del mando; y cuando salió á recibirle, murió sin haberle podido hablar. Su muerte repentina dió motivo á las sospechas.

11. Entró el rey en Valladolid bajo palio entre las aclamaciones de un pueblo entusiasta, pero no tardó este mismo pueblo en manifestar su disgusto por verle rodeado de estrangeros, que no conocian las costumbres de España, con menosprecio de los naturales. Dió el arzobispado de Toledo á Guillermo Croy, obispo de Cambray, con sentimiento de D. Alfonso de Aragon que lo pretendia. Animados los flamencos con la proteccion del rey, despreciaban y desatendian á los españoles, cuyo carácter no pudo sufrir jamás las burlas y denuestos, y esto entibió al primer entusiasmo, fomentó la hablillas y chismes, y preparó los ánimos, para la rebelion. En las córtes de Valladolid de 1518, mientras los procuradores ó síndicos de las ciudades y villas deliberaban, los flamencos se permitieron entrar en la asamblea, irritando el orgullo castellano. Un diputado reclamó con energía la observancia de la ley, y pidió que no se consintiera, que los estrangeros obtuvieran los empleos del reino. Tambien en Zaragoza sufrió el rey disgustos, porque el pueblo aragonés no aprobaba, que viviendo D.<sup>a</sup> Juana, se titulase D. Carlos rey. Pasó luego á Barcelona á jurar los

fueros y franquicias, y en esta ciudad recibió la noticia de la muerte de su abuelo el emperador Maximiliano, que lo dejaba un vasto imperio, para agregar á los dominios legados por su abuelo D. Fernando: así Carlos I en los primeros dias de su reinado se encontró el monarca más poderoso de aquellos tiempos.

Pero en España perdía la estimacion de los pueblos por su apego á los de su nacion, y por los tributos que exigía. El descontento cundía, y el hallarse fuera de la nacion, en Alemania, á donde habia ido á coronarse, dejó el campo libre para que estallara una rebelion. Habia nombrado gobernador de Castilla al cardenal Adriano, obispo de Tortosa, visrey de Valencia, á D. Diego de Mendoza, y Justicia Mayor de Aragon á D. Juan de Lanuza, y descansando en el celo y autoridad de estos personajes, se gozaba de su alto destino cuando estalló la revolucion. D. Juan de Padilla se levantó en Toledo, siguieron otras ciudades, y hasta el obispo de Zamora Don Antonio Acuña levantó en masa al clero y al pueblo, para ponerse bajo la bandera de la revolucion. La batalla de Villalar sofocó la sublevacion del populacho, que en los pocos dias de su existencia dió muestras de lo que es un pueblo sin travas, y de lo que se deben temer esas masas ciegas que en dias de vértigo y de furor se abandonan al desenfreno de las pasiones. Los jefes de la sublevacion, Padilla, Bravo y Maldonado cayeron prisioneros, sufriendo la pena capital en el dia siguiente 24 de Abril de 1521. Apesar del castigo, D.<sup>a</sup> María Puchero, esposa de Padilla aun quiso defenderse en Toledo, y con

un valor varonil, desafió á todo el ejército del poder real, hasta que faltos de recursos, tuvieron que rendirse los que defendian la ciudad. Años despues, hallándose el obispo Acuña preso, mató al alcaide para fugarse, pero detenido por un hijo suyo, fué sentenciado á muerte. Hemos tirado solo algunas líneas del cuadro que nos presentan las *Comunidades de Castilla*, sin detenernos en las vejaciones, tropelías, robos y asesinatos de aquella conmocion popular, porque otra nos aguarda que debe interesarnos más y de la que daremos estensos detalles.

12. Antes de concluir este capítulo nos parece presentar el estado de desmoralizacion en que se encontraba España, fijando solamente la atencion en estas montañas. En las minorias de los reyes pocas veces se conserva la paz, ni las costumbres pueden ser las más puras, porque los pueblos se conmueven bajo un gobierno débil y transitorio, y los que mandan se ven obligados á contemporizar, dejando para otro el castigo de los crímenes, ó el acallar las quejas de los descontentos.

Los historiadores hacen una triste pintura del estado lamentable en que España se encontraba á la llegada del príncipe D. Carlos; nosotros, cuyo cometido es particularmente recordar lo que sucedió en Morella y sus aldeas, tenemos un documento auténtico, que nos ha conservado el estado de desmoralizacion en este país. Este documento es un convenio del síndico municipal de Morella, con acuerdo del baile, con los bailes de Aliaga, Castellote y Cantavieja, para obrar de acuerdo en la captura y castigo de los criminales. La reunion fué en la Mata el 11 de Mayo de 1519, y congregados los sín-

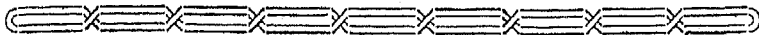


dicos de los pueblos limítrofes de Aragon, tomó la palabra Juan Royo, dibujando á grandes rasgos el estado lamentable del pais, en donde, segun dijo, sin temor á Dios ni á la ley, se cometian los mayores crímenes, robando, asesinando y como se escribe en el acta, *aquells que son lladres, traidors, desafadors, y aquells, que per forsa sen porten é forsen dones donselles, casades, viudes* etc. pero que para eludir la ley pasaban á otro bailío á ampararse bajo los fueros de Aragon ó de Valencia, sin poder la justicia aplicarles la pena. Se redactaron once capítulos y en ellos se obligaban los pueblos á mantener un número de vigilantes armados, que persiguieran á los malhechores, sin descansar hasta encontrarles, aunque fuera traspasar los límites de la bailia; y una vez capturados entregarles al Justicia del pueblo en donde habian cometido el delito, sin escuchar la reclamacion de los fueros. El notario Luis Mazana estendió el acta y entregó un testimonio á cada síndico para su resguardo.

Eficáz seria la medida, porque los bandoleros dejaron el terreno, acosados por todas partes por las partidas de la *Hermandad*, cayendo muchos en manos de la justicia. Esto nos dá una idea del estado social antes de estallar la gran revolucion popular, llamada la *Germania*, de la que vamos á ocuparnos largamente, porque en esta guerra vemos retratado el carácter morellano con sus verdaderos colores. En nuestros días se ha querido juzgar aquella comocion, y colocar á los que levantaron una bandera para sacudir el yugo de la potestad real, en la galería de los héroes del pueblo. Nosotros referiremos los he-

chos dejando para el fin nuestro humilde juicio: si nos  
engañamos será de buena fé.


---



## CAPITULO X.

### RESUMEN.

(1.) Principio de la Guerra de la GERMANÍA. 2. Nobles y plebeyos. 3. Juntas populares. 4. Sorolla. 5. Actitud hóstil del pueblo de Valencia. 6. Sublevacion en el reino. 7. MORELLA. 8. Junta de prohombres. 9. Sorolla en Morella. 10. Preparativos para la defensa de esta plaza. 11. Sepáranse algunas aldeas. 12. Niéganse á prestar auxilio á Morella, Cantavieja y otras bailías. 13. Prision de los capitanes agermanados de las aldeas. 14. Represalias en Valencia.

 medida que nos vamos acercando á nuestros tiempos, los hechos se presentan con mas claridad, abundan más los documentos, y vemos con luz más clara, sin aquellas sombras que nos inpedian mirar los objetos envueltos entre celajes. La guerra de la Germanía, que en los primeros años del reinado de Cárlos I rey de España, ó Cárlos V como emperador de Alemania, turbó el reposo en nuestro reino, derramándose sangre con profusion, y dividiendo los pueblos en la lucha encarnizada, debe llamar nuestra atencion y particular cuidado. Escribimos en un tiempo en que se aplauden, se santifican las como-ciones populares; se hace la apologia de la rebelion y se

llaman héroes á los que se sublevan contra la autoridad y conculcan la ley; se hace la apothéosis de los traidores y nosotros que debemos ensordecernos á los gritos de los que claman hoy, para recordar tiempos que pasaron; nosotros que, aunque hijos del pueblo, y que le amamos con todo el corazon, y que procuraremos con todas nuestras fuerzas su bien estar, y que nos duele su miseria..... nosotros debemos tambien, á fuer de historiadores imparciales, consignar los tristes acotecimientos de una sublevacion popular, en que Morella figura en primer línea. Si consultamos los escritos antiguos, las historias contemporáneas, Morella fué un pueblo de héroes; si leemos lo que se escribe sin examinar los hechos, nos llamaremos retrógados, esclavos y con otros nombres que ha inventado el fecundo espíritu del siglo en que vivimos.

Más parécenos á nosotros, que para apreciar los hechos, el historiador debe trasladarse al siglo que recorre y hacerse cargo de las ideas que en él dominaban; debe estudiar los acontecimientos, las causas que los produjeron, las consecuencias, y todo con un frio cálculo, sin tener en cuenta otras ideas, que nacen en tiempos de vértigo, cuando las pasiones exaltadas turban el reposo y obscurecen la razon. Hoy por hoy, decimos, condenaríamos el arrojó de los morellanos; pero si hemos de legar nuestros escritos á la posteridad, si hemos de ser imparciales y alabar lo que fué siempre digno de elogio, la fidelidad de los morellanos en el tiempo de la Germania merece recordarse, entonces enalteció su nombre: mientras las pasiones estan exacerbadas nos se puede juzgar. La narracion la tomaremos de un escrito inédito, obra de

un testigo de vista, si bien seremos moderados en los calificativos que dá á los que militaban en partido contrario.

1. Los corsarios del Africa arribaban con frecuencia á nuestras costas, sorprendiendo los pueblos y robando con insolencia lo que encontraban, sin descuidarse de apriisionar hombres y mujeres, seguros de que la presa les habia de valer por su rescate. Las fortalezas que los españoles conquistaron de los moros pudo ser un motivo para que disminuyera la piratería, pero no acabó el atrevimiento de los mahometanos. En tiempos del rey Católico se habia dado una órden para que las poblaciones de nuestras playas se armasen para la defensa comun. Pero no eran solo los moros del Africa los que turbaban el reposo de los españoles, en nuestras provincias meridionales se habian quedado muchos, y estos no perdian ocasion para instar á sus correligionarios de la otra parte de los mares á que viniesen en su auxilio á reconquistar el terreno perdido. Habia corrido la voz en Valencia, de que los moros se aprestaban para una sublevacion, esperando un desembarque de tropas africanas, y esta voz de alarma obligó á tomar precauciones armándose el pueblo y formándose compañías de los gremios y oficios de la ciudad. Raras veces el pueblo armado afianzó la paz; cuandose creyó fuerte desafió al enemigo, si no lo es de la patria, lo encuentra entre sus mismos conciudadanos y la ambicion, y la venganza y demás ruines pasiones fraccionan las sociedades en bandos y parcialidades, que turban el sosiego público ó introducen el desórden en los pueblos. La historia así nos lo dice.

2. El pueblo de Valencia era un inmenso cuartel y

los artesanos convertidos en soldados, no teniendo enemigos que asaltaran la costa, los buscaron en la misma ciudad. Ni en ningun tiempo, ni en parte alguna se ha visto tan nivelada la fortuna, que haya dejado de haber ricos y pobres, hombres de talento y de escasa comprension, unos que mandan y otros subordinados á las órdenes de la autoridad; esto no rebaja la dignidad del hombre constituido en una sociedad bien ordenada. Pero se mira con envidia la fortuna; el yugo de la ley parece pesado, y el hombre quisiera romper las travas que le sujetan y ser libre, muy libre en sus acciones, sin pensar que la libertad en obrar sería la esclavitud mayor de los pueblos. El pueblo pues de Valencia miraba con prevención á los que mandaban en nombre del Cesar, y á los ricos, que vivian sin los penosos afanes del labrador ó del menestral. Parece que soñaban en un socialismo, que siglos despues habian de reproducir otros utopistas. El pueblo estaba en dos bandos conocidos por los *nobles* y *plebeyos*, que sórdidamente se propagaban, sembrando el odio á los señores y barones, y la desconfianza en las autoridades. La mina estaba preparada, solo faltaba introducir una chispa para que hiciera su explosion.

Los historiadores valencianos de aquellos dias nos refieren algunos acontecimientos, que prepararon la gran comocion popular, ó que fueron como presagios del cataclismo social; acontecimientos, mirados en sí, pueriles, pero que el pueblo crédulo vió señales de próximos trastornos. Dicen, que un dia, mientras se celebraba el santo sacrificio de la misa, entró en una iglesia un labrador

y cruzando por entre la multitud, ofreció al sacerdote dos velas, una colorada y otra blanca, y dirigiéndose luego al gobernador Cabanilles, le entregó una espada desnuda, diciendo: haz justicia. Luego dijo al justicia criminal: alerta, porque nos amenaza una gran calamidad. Recuerdan una gran avenida del Turia; un rayo que cayó en la torre de las horas, un leon que recorrió las calles de la ciudad y otros señales de dias aciagos. Pero lo que dió motivo á un tumulto del pueblo, fué la predicacion de un religioso, que sin preveer las consecuencias, y hallándose Valencia envuelta en una enfermedad contagiosa, atribuyó el castigo del cielo á la desmoralizacion de las gentes y en particular á la sodomía, y si como al pueblo perteneciera castigar los pecados, vióse una multitud, que recorria las calles en busca de sodomítas. Se acusó á un panadero, como mancillado en el delito, y como estuviese tonsurado, se le presentó á las cárceles eclesiásticas. El Vicario general, que no encontró pruebas, le condenó sin embargo á que estuviera de verguenza durante la misa y luego quedara preso; pero la multitud que se habia agrupado á la puerta del templo, azuzada por otros con siniestras intenciones, pedia la muerte del supuesto sodomíta, rompiendo las ventanas á pedradas. Creció el tumulto, tomó grandes proporciones el motin, y ni la presencia de autoridades, y ni la escomunión y censuras de la iglesia pudieron hacer que el populacho desistiera de su pretension. De algunas parroquias sacaron en procesion al Santísimo Sacramento, pero fué inútil. Entónces se convocaron á los clavaros de los

gremios, para que con las compañías armadas protegieran las autoridades, y no dudaron ya, que los gremios atizaban el fuego, pues se escusaron ir contra el pueblo. Entre tanto el infeliz panadero habia caído en manos de la multitud, que despues de haberle sacado fuera de la ciudad, le arrojó á una hoguera entre los frenéticos gritos de *viva la justicia*. ¡Así profanaban este santo nombre aquellos desalmados soliviantados por los que esperaban sacar provecho de la turbacion y anarquía!

3. Las autoridades, al ver su poder despreciado y temiendo que la revolucion tomara incremento, cuando vieron la actitud de la plebe, que hacia alarde de sus fuerzas armadas, celebraron una junta, para cortar el mal en su origen. Era tarde; los más furibundos demagogos recorrían las calles insultando y atropellando á los nobles y á los oficiales del rey; entraban en las casas bajo el pretexto de buscar á los enemigos del pueblo y ¡ay! del que se declaraba contra las aspiraciones de los amotinados! Solo pudieron los nobles, amenazados por los plebeyos, nombrar una comision, con el objeto de pasar á Barcelona, en donde el rey se preparaba para el viaje á Alemania, y manifestarle el estado de la ciudad y los peligros en que se encontraban sus personas y bienes. No se descuidaron tampoco los que empujaban al populacho. Habia un hombre de condicion obscura, pero que gozaba de gran popularidad entre el vulgo, llamábase Juan Lorenzo, de oficio pelaire, pero tan locuáz, que sabia engañar á las turbas, que le tenían como un *adivino*, porque se permitia pronosticar los sucesos del porvenir. No le faltaba talento natural, y conoció, que



no bastaban las fuerzas, que era preciso organizarlas y nombrar una junta directiva. Para esto convocó á los clavarios de los gremios, invitando á los oficios para reunirse el dia 28 de Diciembre de 1519. Acudieron pues, y tomando la palabra Juan Lorenzo manifestó la necesidad de crear un consejo, que juzgase los procesos sin fuero ni ley, sino á juicio de los hombres rectos, ya que los nobles y oficiales del rey no atendian debidamente á sus reclamaciones y procedian con pasion manifiesta; y que el gobierno de la ciudad debia estar en manos de la plebe y no ser patrimonio de los grandes, que absorbian todo el poder para esclavizar al pueblo. La reunion aplaudió el pensamiento de Lorenzo, y uno de los más influyentes, Guillem Sorolla, que no podia presentarse en público, porque, dice Escolano, que se recataba de un caballero que queria matarle, tomó la palabra para apoyar el discurso del tribuno. Se procedió luego al nombramiento de la junta directiva, que en memoria de Jesucristo y sus doce apóstoles, quisieron que constase de presidente y doce vocales, recayó la suerte en Juan Lorenzo, pelaire; Antonio Garbí, pelaire; Sebastian de Noha, vellutero; Guillem Sorolla tejedor, de lana; Vicente Moncholí, labrador; Pedro Villos, tundidor; Pedro Bage, curtidor; Damian Iseru, guantero; Alonso Cardona, cordonero, Juan Hedo, botonero; Gerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; Juan Sancho y Juan Gomis, marineros. Así se constituyó el gobierno de la plebe, que debia dar las disposiciones para el nuevo régimen de Valencia y su reino.

4. Nos parece decir algo de Sorolla, uno de los *trece*

de la junta de agermanados. Guillem Castellvi, nació en San Mateo de padres muy pobres, y habiendo ido á Valencia, en donde tenia un tio materno, tejedor de oficio, aprendió á tejer para ganarse el sustento. De su tio tomó el nombre de Sorolla, por el que era conocido. Era de una figura regular, apuesto, franco con sus amigos, y no le faltaba talento sagacidad y travesura para llevar á cabo sus proyectos. El sabia que el bajo pueblo miraba con envidia y quizá con odio á los nobles, ricos y empleados y no cesaba de maldecirles, empleando los epitetos de crueles, tiranos, injustos, para exacerbar sus ánimos; él mismo habia sido perseguido por un noble y vivido oculto por temor de caer en sus manos, y el virus de la venganza se destilaba de sus lábios, cuando hablaba de las clases privilegiadas; ya tendrian confianza aquellas gentes, á las que se habia hecho creer, que al caer los nobles, recogerian sus bienes, sus empleos y ocuparian sus palacios. Los sueños de los agermanados, segun nos dicen, se reproducen en nuestros dias.

La comision de los nobles, que se presentó al rey para hacerle ver los peligros en que Valencia y su reino se encontraban, consignó una carta, encargando al visrey que prohibiera las manifestaciones armadas; pero el gobierno de los *Trece* envió otra comision, haciéndole presente, que ellos obraban por el bien comun y con arreglo á los fueros. Creyóles el monarca y escribió otro oficio concediéndole al pueblo lo que pedia. Ufanos los plebeyos, que este era el nombre que ellos se daban, se creyeron dueños de la situacion, y difícil ó imposible era contener á un pueblo sin trabas y con sueños de su fu-

turo bienestar. Habia la justicia condenado á muerte á un salteador y asesino, y Sorolla, que era la cabeza del pueblo, se valió de un pretesto para lanzarse á la revolución. Al frente de una turba se adelantó hasta la comitiva que conducia al reo al patibulo, lo arrancó de sus manos diciendo, que se vulneraban los fueros. Comprometido el fongoso tribuno, se dirigió á casa del virey con ánimo de apoderarse de su persona, pero encontró una vigorosa resistencia, y tuvo que ceder. Ocurrióle la idea de irritar al populacho, ocultándose en su casa y haciendo correr la voz de que el virey le habia aprisionado, y de tal modo sublevó las pasiones enconadas contra los nobles esta noticia, que los plebeyos sacaron sus banderas, y á caja batiente se dirigieron á la morada de la autoridad, gritando: *mueran el virey, mueran los caballeros*. Allanaron la casa de algunos ricos, cometiendo tropelías y vejaciones y quizá hubiera pasado á un degüello, á no ocurrirle al obispo de Segorbo, que Sorolla pudiera hallarse en casa y debia manifestarse en público. Se marchó á buscarlo, obligando á su mujer á manifestarlo. El prelado lo tomó y entre las tinieblas de la noche, y acompañado con hachas de viento, fué conducido al tumulto, cuando un grito resonó entre aquellos amotinados; *viva nuestro rey, viva Sorolla*. Dice la memoria que hemos consultado, que Sorolla era aclamado rey de los agermanados, y á tanto llegó su fanatismo, que le cortaban girones del vestido como prendas de gran aprecio. ¡Ya podia esponjarse la vanidad del humilde tejedor!

5. No eran ya los de Valencia solamente los que presentaban una actitud amenazadora, las halagüeñas

promesas del consejo de los *Trece*, las escitaciones de los agermanados, y el bello ideal de la felicidad que esperaba el pueblo, siempre que venciera á los nobles y humillara su orgullo, esto habia alarmado á la plebe de algunas poblaciones del reino; Játiva fué una de las primeras. Siguióle Murviedro, que se levantó en masa, á escepcion de algunos pocos, que miraban aquella revolucion muy contraria al bien comun, pero estos fueron llevados al castillo, en donde despues de haber sido maltratados, fueron ahorcados inhumanamente, incluso dos niños de corta edad.

6. La sublevacion popular, se estendió rápidamente por todo el reino. Hasta los pueblos mas pequeños formaron su consejo de trece hombres y se hermanaron á los de Valencia. Era un delirio, que súbitamente habia atacado á la plebe. La ribera del Jucar, como la del Mijares; las llanuras de nuestras costas marítimas, como las montañas del Maestrazgo, todo se hallaba en movimiento, en todas las poblaciones se izaban banderas, se nombraban capitanes, y con lanzas y las armas que podian encontrar, se formaban compañías, sin que nadie se opusiera al general movimiento. ¡Quién se atreve á detener la rápida corriente de un rio desbordado! Los nobles se ocultaban por temor de caer en manos de la plebe, los hombres pacíficos, que miraban las fatales consecuencias de un reino en la anarquía, no osaban reprobar el proceder de los agermanados, porque una palabra les hubiera comprometido; por esto los pueblos todos ó de buen grado, ó temerosos manifestaron su adhesion á la Germania.

7. Los pueblos todos, no. Hubo un pueblo ¡uno solo! bastante fuerte, que desafiando todo el poder del reino, no temió levantar al aire una bandera, que no era la bandera de la Germania, que juró morir, antes que ser infiel á su rey á los ministros y oficiales puestos por el monarca; este pueblo que fué entonces la admiracion de todo el mundo, y que se atrajo el odio de los agermanados, fué Morella. Hasta entónces los morellanos habian oido con indignacion las tropelías y asesinatos de los sublevados, pero se contentaban reprovándolos en secreto; más cuando vieron que el fuego habia prendido en todas las poblaciones, el Justicia y Jurados á son de trompeta llamaron á junta general en las casas del consejo, para saber la opinion de sus representados. El abogado D. Miguel Agustin Sancho tomó á su cargo dirigir la palabra al pueblo, haciéndole ver el estado en que se encontraba el reino y el peligro á que se esponia Morella sino se adheria al movimiento general; pero que recordasen, que el timbre que les annoblecia era su fidelidad á los monarcas jamás desmentida, y que seria rasgar las más bellas páginas de su historia tomar las armas, para unirse á los que habianse revelado contra los ministros de justicia y demás oficiales, que en ausencia representaban al Cesar. La multitud, porque pobres y ricos habian concurrido á la reunion, protestó contra los desmanes de la Germania, y *Viva el Rey*, dijeron; antes perderemos mil vidas que ser infieles á la cesárea Magestad de D. Carlos, y á nuestra patria. Calmado aquel primer movimiento, quisieron saber los Jurados si estaban prontos á sacrificar sus vidas y sus haciendas para defender al rey,

y para esto juramentó á cada uno. Tal era el entusiasmo que juraron, no solo combatir con todas sus fuerzas á los agermanados, sino que, *si alguno, por más que fuera pariente y hasta hijo, se inclinara á la Germania ó hablara en favor suyo, se le diera garrote, sin consideracion alguna, ó como dice la crónica, ells los apuñalarien dins de les cases; y vullga Deu no fora meneste.* O era grande su confianza en la fidelidad del pueblo, ó fué imprudente el juramento, esponiéndose á que se satisficieran odios y venganzas.

8. Sabian ya los jurados la opinion de los morellanos, pero faltaba organizar las masas, y aumentar las fuerzas con los jóvenes de las aldeas, apercibiéndose de este modo, para cualquier intentona de los agermanados, que aumentaban cada dia en audacia y en poder. Reuniéronse los prohombres de la villa, y antes se quiso saber si podrian contar con una cantidad bastante para cubrir los gastos, tanto para el salario de los soldados, como para hacer acopio de víveres y municiones. Podeis contar con lo que tengo, dijo el médico D. Gerónimo Esteve. Y con lo mio, añadió, otro médico, D. Gerónimo Sancho, y siguiendo D. Damian Monserrat y otros caballeros, se abrió un préstamo voluntario, cuyo resultado superó en mucho á las esperanzas de los Jurados. Pareció prudente escribir una carta al rey que se hallaba en Alemania, ocupado en las fiestas de su coronacion, á cuya carta acompañaba una larga poesía, suplicando á Don Carlos se apresurase á venir á estos reinos, para cortar la sublevacion y y volver la paz á los pueblos. Nosotros que hemos copiado en otra parte (T. II pág. 62) la última estrofa, no

podemos trasladar este largo escrito, en donde se comprende el entusiasmo de Morella y el estado de efervescencia, que en estos días reinaba. No queremos ser tan pesados.

9. La arriesgada determinacion de los Morellanos produjo una alarma, no solo en Valencia, en donde se reunieron los *Trece*, sino en todo el reino; porque el reino todo se hallaba conmovido en favor de la Germanía. Era peligroso salir de esta plaza, porque el nombre de morellano irritaba á la plebe, que en todas partes perseguia á los que no se adherian á su hermandad. Los valencianos en particular al saber, que Morella no seguia el movimiento general, tocaron las cajas de guerra, sacaron los estandartes, y querian venir á vengar el atrevimiento de un pueblo, que solo de safiaba el poder del reino. Pero más cauto el consejo de los *Trece*, nombró una comision, para que se presentase á Morella ó hiciera conocer lo arriesgado de su determinacion, y las sanas intenciones de los representantes del pueblo, que se habia levantado para reclamar la recta administracion de justicia. Los comisionados elegidos por los *Trece* fueron Guillem Sorolla, Vicente Mancholí y Francisco Nisa, saliendo de Valencia el dia 24 de Julio de 1520, y arribaron á Morella el dia 27, hospedándose en un parador público. No tardó en divulgarse la noticia de la llegada de algunos agermanados de Valencia, y como el pueblo estaba contra los que habian levantado aquella bandera, comenzó un murmullo, que tomaba sérias proporciones. Se reunieron los Jurados y consejo y acordaron encar-

gar la prudencia hasta saber el objeto de su viaje. El municipio morellano dió la comision á algunos individuos de su seno, para que se presentasen á la posada y vieran quiénes eran los huéspedes valencianos, y que negocio de interés les conducia á esta montaña: así lo cumplieron.

Guillem Sorolla, á quien no faltaba desembarazo, respondió, que él era uno del consejo de los *Trece*, nombrados por el pueblo de Valencia para su gobierno, que traia una carta para los Jurados de Morella y que luego esplanaria los deseos de los verdaderos representantes del pueblo valenciano. Se aplazó para el dia siguiente, y entretanto se encargó una prudente reserva á los morellanos, que apenas podian reprimir su indignacion, por la osadia de los viajeros. Reunidos los Jurados y consejo, presentóse la comision y despues de saludarles cortesmente, entregaron el escrito que nosotros copiaremos.

*Magníficos Señores: los que llevan esa carta son síndicos nuestros y van á tratar con vosotros de cosas, que cumplen mucho al servicio de Dios, del Rey nuestro señor y de la república; y por quanto todas las que advertirnos no se pueden encomendar á la pluma, por ser muchas y de calidad, os pedimos por cortesia, que á los embajadores, que son tres hermanos nuestros, les deis ante todo fé y creencia, como sea nuestra precisa voluntad todo lo que ellos os comunicasen. Dado en Valencia d 24 de Julio de 1520.*

Leida la carta por los Jurados, Sorolla tomó la palabra, pronunciando un estudiado discurso, que por su extension, la compendiaremos todo lo posible. «Bien sabeis, señores, que en nuestro reino no se administraba debi-



damente justicia, porque los nobles y caballeros absorbían el poder, tratando con aspereza á los pobres y castigando sin compasión á los desvalidos. Por esto la ciudad de Valencia recurrió al rey y ha podido lograr un privilegio, para elegir cada año trece personas del pueblo, que ejerzan rectamente la justicia, sin distincion de grandes y pequeños, reprimiendo el poder de los nobles; y para esto se han armado los oficios, conservando la paz y la tranquilidad. Estos beneficios, que se palpan, despues que el privilegio se ha puesto en práctica, han obligado á todos los pueblos del reino á hermanarse con los de Valencia. Sola esta villa ha querido singularizarse, tal vez por no saber el fin que se proponen los agermanados. Asi pues, el consejo de los *Trece*, ya que la aman tanto como á la misma ciudad de Valencia, os convidan á hermanaros con ellos, y á participar de los beneficios; que ha de reportar al bien comun este nuevo régimen. Yo en en su nombre os suplico que admitais la oferta, seguros que os defenderán de cualquier tropelía de los nobles. Vosotros, que habeis merecido la distincion de que os brinden con su hermandad y no harán cosa de importancia, sin oir vuestro parecer.» Así habló Sorolla ante el consejo de Morella y concluida su preroracion, uno de los Jurados, se levantó, y dirigiéndose al comisionado le dijo: «Escrito han dejado los antiguos filósofos, que toda mudanza repentina en los reinos turba la paz y engendra la desunion y discordia. Por esto nos admira vuestro arrojo procáz de constituiros gobernadores del reino, sin consultar antes á tantos hombres eminentes en saber, providad y virtud como tiene Valencia. ¿Y quién no

se admira, cuando habeis trastornado el orden de cosas, que á peticion de los ciudadanos honrados establecieron los reyes, para bien de los pueblos? Quién podrá creer que vosotros, hombres ignorantes, criados entre la hez, sin conocer otra cosa que los instrumentos de vuestros oficios, podais gobernar con justicia, cuando os ha guiado un furor ciego y no la prudencia y sensatez que se necesita para dirigir un pueblo? Cómo es posible que el Rey os haya concedido un privilegio, contra los fueros del reino, rasgando así el cuerpo de privilegios, obra de la esperiencia y del saber de nuestros mayores? Si S. M. os concedió, dejándose sorprender, el consejo de los *Trece*, ha sido para que defendais á los pobres de las demasias de los ricos ante los tribunales, no para que usurpaseis la suprema jurisdiccion de sus jueces y empleados, porque en este caso hubiera revocado sus nombramientos, y hubiera enviado el título correspondiente, no una simple carta, que vosotros interpretais á vuestro placer. Si el monarca os ha permitido tomar las armas, ha sido porque le ponderasteis los peligros en que se encontraba el reino por la invasion iminente del moro; no para dirigirlas contra los oficiales reales; no para arrancar los reos de las manos de la justicia; no para asaltar las casas de los ciudadanos, cometiendo robos, vejaciones, y hasta asesinatos. Por esto, por la esperiencia que tenemos, y por la fidelidad proverbial de los morellanos á sus reyes, os amonestamos, que mireis lo que habeis hecho, hermanándoos sin el permiso del rey, y corrompiendo la república. Porque si alguno de vosotros abriga bellas intenciones, muchos, bajo el falso pretesto de corregir los abu-

sos de los nobles, abrigan aviesas miras, quieren levantarse del polvo y colocarse en el lugar que no les pertenece. Pero aunque todos abundaseis de un buen cielo ¿no sabeis que las conmociones populares, por más que al principio puedan justificarse, terminan siempre en desafueros con peligro de los bienes y la vidas de los ciudadanos? Debiais haber considerado el justo cargo que os hará por haber turbado la paz del reino, cuando el monarca se hallaba ausente, y que el pueblo es un caballo indómito, que no se sujeta, ni se le puede detener en su rápida carrera. Os repetimos, que no es incumbencia vuestra el gobernar el reino. Cuidad de vuestras casas, tomad los instrumentos de vuestro oficio, ó los áperos de la labranza y dejad el reino á quien pertenece. Por fin, concluiremos diciendo que Morella no necesita hermarse á vosotros, porque por la misericordia de Dios, aquí se administra legalmente la justicia, sin que se incomode á nadie, pagándose las deudas. Y cuando así no fuera, no acudiríamos á la Germania, sino á los tribunales nombrados por el rey, ó á su Magestad, que es Príncipe justo y benigno y escucharía nuestras quejas. Morella es fiel á su rey, y entre los timbres que enoblecen nuestra villa, el máspreciado es la fidelidad. Sin embargo contestaremos por escrito á los *Trece*, porque en materia tan delicada no trocareis una palabra por otra.»

Corrido quedaria Sorolla al oír la contestacion que los Jurados dieron á su respuesta; y más cuando sabido por el pueblo el objeto de su mision, comenzaron á alborotarse los morellanos, pidiendo la cabeza de los comisionados. Pero algunos hombres influyentes pudieron persuadirles

que seria una temeridad manchar sus manos con la sangre de los comuneros, cuando todo el reino se hallaba hermanado, y Morella sola se habia declarado por el rey. Se redactó pues la respuesta y al entregarla á Sorolla le dijeron: que si no marchaban en seguida no podian las autoridades responder de sus vidas. No aguardaron otro aviso, y saliéndose de Morella se marcharon á Valencia, maldiciendo á los morellanos que despreciaban sus ofertas.

10. Tiempo era de prepararse, para rechazar al enemigo, que de seguro habia de vengar el atrevimiento de los morellanos. De temer era que los valencianos al recibir la arrogante respuesta se armarian para castigar lo que les parecia una injuria. El justicia Jurados y Prohombres se reunieron en consejo y deliberaron para ponerse en estado de defensa. Como el pueblo todo, sin distincion de clases se manifestó pronto para tomar las armas, fué preciso enviar un comisionado á Zaragoza para comprarlas; este fué el notario de curia D. Guillermo Cros, uno de los mas entusiastas morellanos. Compró quinientas picas ó lanzas cincuenta escopetas y dos cajas de guerra, que con las armas que tenian, podíanse contar con mil docientos hombres útiles para ponerse en campaña. Pero lo que llenó de satisfaccion al pueblo, fué una bandera de seda encarnada, en cuyo centro se hallaban pintadas las armas de Morella, y una cerventilla, con un collar de oro, y el tema. *Noli me tangere, quia Caesaris sum*, aludiendo á la misteriosa cierva de Cesar, que sola saltaba entre los soldados, sin que nadie se atreviera á tocarla. Se recibió la bandera entre las más en-

entusiastas aclamaciones; se repartieron las armas, y se nombraron capitanes y alféreces, para que adiestraran á los paisanos en el manejo de las armas. De los jóvenes más robustos se creó un tercio, nombrando capitan á Don Berenguer Ciurana, baile de Morella y capitan que habia sido en la espedicion de Bugía y Tunez, y alfez á Don Pedro Sancho.

Para mejor comprender la animacion y entusiasmo de Morella, á pesar de hallarse sola y sin esperanza de un pronto socorro, nos permitiremos copiar alguno de los cantos populares que nos han quedado.

*Prospera Deu á Morella  
per sa gran fidelitat  
que ningú se troba en ella  
que vulga la germanad.*

*Los Tretse la han requestada  
prometenli grans ofertes  
ab raons mol encubertes  
y ab veu mol disimulada.  
Dientli, Morella honrada  
será de nostra ciutat,  
si vos en esta jornada  
entreu en la germanad.*

*La resposta fon tornada  
als tretse, que sen anaren,  
dientlos, que procuraren  
de eixir prest de la posada  
perque vila tan provada  
en cas de fidelitat  
no farà tan gran errada  
de entrar en la germanad.*

Otros cantares podríamos citar; pero bastan los que hemos copiado.

11. El mortal odio que los agermados tenían á Morella, y en particular los valencianos, llegó al colmo de su delirio. Se buscaban por las posadas, se preguntaba á los caminantes y bastaba ser morellano para que se apriesionara, recibiendo insultos y mal tratamiento. Viéndose obligados á presentarse al cardenal Adriano por asuntos de la cruzada, le suplicaron que dispensase por entónces, porque no habia quien se atreviera ir á Valencia. El cardenal pasó á Benicarló, pero esta poblacion se habia hermanado cuasi en masa, y como el prélado representaba al rey, tuvo que escaparse, temeroso de algun atropello. Tenemos copia de la representacion y de la atenta carta de Adriano, y el historiador Escolano las trae en su Crónica.

Pero la heroica resolucion de los morellanos no solo admiró á los hombres de órden de toda España, la noticia llegó al Emperador, y quiso manifestar su agradecimiento escribiendo desde Aguisgram una carta muy cortés al Justicia y Jurados, como representantes del pueblo morellano. Nos parece copiarla literal.

### EL REY.

*Amados y fieles nuestros: por relacion de algunas personas de ese reino hemos entendido la fidelidad y buen celo, que siempre habeis tenido á las cosas del servicio real: y especialmente cuan bien os habeis habido en esta concurrencia de tiempos, haciendo siempre, como buenos y fieles súbditos nuestros, en todo lo que se ha ofrecido, sin ayuntaros con los*

*otros pueblos que han sido de diversa opinion en hacer cosas contrarias á nuestros reales madamientos y en comocion de los pueblos. De cierto, hemos quedado de vosotros muy servidos y os tenemos por fieles súbditos nuestros; y ofreciéndose se cosa que sea bien comun de los poblados en esa villa, nos acordaremos dello como es razon y lo vereis por la esperiencia. Y pues hasta aquí lo habeis fecho tan bien, os encargamos y mandamos, que siguiendo vuestra buena costumbre, lo hagais así de aquí en adelante, acudiendo siempre á lo que por el Visorrey, Gobernador y otros oficiales nuestros de ese reino vos será escrito y mandado, certificando vos, que en hacerlo así, nos servireis en grande manera. Dada en Aguisgram á veinte y dos de Octubre de mil quinientos veinte.*

YÓ EL REY.

Esta carta aprovando la conducta de los morellanos era la reprovacion de la Germanía, y rasgaba el hipócrita velo con que se cubrian los Trece de Valencia y los que les seguian. Pero habian arrojado ya la mascarilla y creyéndose bastante fuertes, no temian oponerse á las tropas reales.

12. Las aldeas de Morella, si bien no manifestaban gran confianza de adherirse á la determinacion de los Jurados de esta villa, no se habian manifestado abiertamente hostiles. Pero en el Forcall, Pedro Balaguer, tal vez hijo de aquel Miguel Balaguer, que en el reinado de Don Juan II levantó bandera de rebelion, esparcia doctrinas comunistas, halagando á la multitud con la idea de cambiar de condicion, si triunfaba la Germanía. Habia he-

cho un viage á Valencia y llevaba instrucciones del consejo de los *Trece*, y fueron sus razones tan eficaces que pudo subvertir á todo el pueblo, á escepcion de cuatro casas. Sabido esto por los Jurados de Morella, enviaron una comision con el objeto de cortar el mal, invitándoles á unirse á los morellanos, y leyéndoles la carta del rey. Pero Balaguer, no solo declaró su propósito sino que volvió á Valencia, compró armas y una bandera, y de vuelta, entró en Villafranca y levantó gran parte de la poblacion en favor de la Germania, nombrando capitán á Miguel Carrascull; de allí pasó á Portell y pudo comprometer al pueblo, dejando por capitán á Antonio Altafulla, y á su llegada al Forcall fué recibido por sus compatriotas con demostraciones de júbilo. Estos pueblos fueron los que quisieron entrar en la hermandad por entonces, y de temer era que otros les siguieran.

13. Todo conspiraba contra Morella, ni una poblacion se manifestaba amiga, cuando más algunos pueblos se mantenian neutrales, esperando los primeros resultados: de lejos habia de venir, si habia de encontrar apoyo alguno. Se participó al rey el estado de apuro en que se contraban, pero añadiendo que no por esto desmayaban los morellanos, sino que estaban prontos á sacrificar sus bienes y su vida por el rey. Pidieron auxilio al arzobispo de Zaragoza, para que mandara venir tropas de Belchite, Valderrobles y Cantavieja, y si bien el prelado manifestó sus buenos deseos, los pueblos se hicieron sordos; solamente contestó Cantavieja, diciendo: que no eran tan injustas las pretensiones de los agermanados, para tomar las armas contra ellos.



14. La propaganda de Balaguer no solo hacia prosélitos en el Forcall; en otras poblaciones se oían voces subversivas y temiase con fundamento que la rebelion cundiria, comprometiendo al pueblo bajo, al que se hallaba con los bienes de los ricos, diciéndole, que eran sudor del pobre arrebatado por su avaricia y crueldad. Creyeron los Jurados de Morella que habia llegado el tiempo de escarmentar á los que se habian puesto á la cabeza, y saliendo de esta plaza una compañía de cien hombres y diez ginetes á media noche, llegaron á Villafraanca al amanecer, sorprendiendo al capitán Miguel Carrascull y llevándoselo preso. Pasaron á Portell, apriisionando á Antonio Altafulla y sorprendiendo, por fin, á Pedro Balaguer en el Forcall, entraron por la noche con los tres capitanes de los agermanados. No estrañaremos que el pueblo de Morella, comprometido en defender á D. Carlos, manifestara una venganza poco meditada, pero la voz de sus representantes acalló los gritos de los que pedian la cabeza de los agermanados. Era Justicia mayor D. Damian Monserrat, Jurados Pedro Juan Allepúz, Antonio Miró, Marcos Argent y Juan Sanz y Edil D. Miguel Antonio Sancho, personas comprometidas, y que merecian la confianza del pueblo, y estos prometieron, que se comenzaria el proceso, y se daria garrote á los tres dias, si se hallaban culpados.

13. No faltaron amigos á los presos. De el Forcall marchó á Valencia una comision á dar cuenta al consejo de los *Trece* del atropello de los morellanos. Como la recibirian aquellos reyezuelos improvisados fácil se comprende, y como aquel pueblo armado, que se creia poten-

te, sin que nadie hasta entonces hubiera contrariado sus disposiciones, ni siquiera las autoridades que representaban al mismo monarca; como este pueblo, con infulas de *pueblo rey*, veria las quejas de los comisionados del Forcall, tambien podremos formar la idea. La Crónica nos dice, que los síndicos del pueblo valenciano, exasperados por el atrevimiento de los morellanos prorrumpieron en amenazas, jurando vengar una ofensa hecha á sus hermanos, y prepararon una expedicion, para que dirigiéndose á Morella entrase á sangre y fuego. Nos dice tambien, que el pueblo alarmado recorrió las calles de la ciudad, gritando *guerra á Morella, mueran los morellanos*, y que entraban en las posadas en busca de algun morellano, cualquiera que fuera el objeto de su viaje, con ánimo de prenderles y usar con él de represalias. Pocos cayeron en sus manos, por que si alguno habia procuró ocultarse á las pesquisas del pueblo amotinado; pero hallábase Don Guillermo Cros, aquel notario que habia sido comisionado para comprar armas en Zaragoza, y este no pudo escapar de las manos de la rabiosa plebe. Sin duda hubiera acabado su vida entre la gente amotinada, á no haberse interpuesto el gobernador de Valencia D. Luis Cabanilles, haciéndoles ver, que á la muerte del morellano Cros seguirian las ejecuciones de los capitanes de las aldeas de Morella. Pudo contener á las turbas y constituyéndose mediador, escribió una carta á los Jurados de esta villa, rogándoles encarecidamente que sobreeseyesen la causa de Balaguer y compañeros, porque en el estado en que se encontraba el reino, y la disposicion del resto de España, se esponian á que cayese sobre esta villa toda la venganza de los ager-

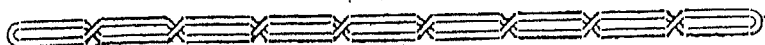
manados. Tenemos esta carta, que no copiamos por su estension. La fecha. De Valencia á XXVIII de Mayo de MD XXI.

Embarazados se encontraban el Justicia y Jurados despues de leer la carta del Gobernador de Valencia, porque dejar libres á los tres capitanes del Forcall, Villafranca y Portell no parecia bien al pueblo que les habia aprisionado y pedia un ejemplar escarmiento; retiniéndoles, no podia esperarse que los *Trece* de Valencia soltaran la presa que tenian para contener á los morellanos, y D. Guillermo Cros era apreciado de la poblacion y uno de los que más se habian distinguido en la heroica resolucion de oponerse á los de la Germania. Para salir de todo compromiso y evitar algun conflicto en el pueblo se reunió el consejo el dia 3 de Junio, convocando á junta general de prohombres, y D. Juan Grau, que en ausencia de D. Damian Monserrat hacia las veces de Justicia mayor, leyó primero la carta de D. Luis Cabanilles, y haciendo presente despues el estado del escribano Cros, espuesto á sufrir atropellos, ó tal vez á ser victima de las turbas de Valencia, si se ejecutaba la sentencia impuesta á los agermanados, exigió el parecer del consejo y prohombres en aquellas apuradas circunstancias. Unánimes convinieron en dar libertad á los presos, pero esto debia ser cuando se la dieran los *Trece* á Don Guillermo Cros, y siempre que prestaran juramento *sagrament*, de no turbar la paz en los pueblos de la generalidad, siendo fieles al rey.

La misma familia de los presos se encargó de entregar á Valencia la proposicion del cangeo; y luego ven-

dria el escribano, pues en 13 de Junio se encontraba ya en Morella. No sabemos, que durante la guerra de la Germania se reprodujeran en nuestras aldeas desagrables escenas como las del Forcall, Villafranca y Portell, antes encontramos, que Catí, Vallibona y los pueblos de la Tenenza de Benifazar, se hallaban acordes con la matriz, y tenian su gente armada, para el caso de que los agermanados invadiesen el terreno.

---



## CAPITULO XI.

### RESUMEN.

1. Estado en que se encontraba el reino. 2. Motin en San Mateo. 3. Arrojo de los morellanos. 4. Carta del Rey. 5. Consejo de los Trece. 6. Estellés en Villareal. 7. Niégase auxilio á los de Morella. 8. El duque de Segorbe. 9. Derrota de Estellés. 10. Desórdenes en Valencia. 11. Las tropas reales en Nules. 12. Batalla de Murviedro.

1. **T**riste y sombrío se presentaba el aspecto del reino en la primera mitad del año 1521. El pueblo contaba con numerosas compañías, que se organizaban comprando armas y fabricando picas para resistir la reacción, que se proyectaba en los palacios de los grandes barones, cansados ya de sufrir los insultos del pueblo, que sin reserva pedía el esterminio de la nobleza. Cuéntase, que una mujer, al ver pasar un caballero por la calle, tomó del brazo á un hijo suyo y mira, le dijo, mira ese caballero, para que en algun dia puedas decir, me acuerdo de haber visto caballeros pasar por la calle; tal era el ansia de acabar con la clase noble, que les parecia que su nombre solo quedaria escrito en las historias. A pesar

de este ciego fanatismo político, no faltaban en los mismos pueblos hombres de orden, que deploraban los males y presagiaban un triste porvenir. Las tropelías, robos y asesinatos eran bastante comunes, y ni las juntas locales, ni la de los *Trece* podían detener el desbordamiento del populacho, que se lanzaba á todos los excesos con el pretexto de que no eran adictos á la Alemania. No se les ocultaba á los comuneros de que el rey no aprobaba sus disposiciones y que sus oficiales y empleados trabajaban en connivencia de los nobles para derrocarles del puesto en que se habían colocado. Esto les hacía vivir recelosos, pareciéndoles ver en todas partes enemigos encubiertos que conspiraban contra la Alemania.

2. El pueblo de San Mateo estaba dividido en dos bandos, los hombres de orden, que se llamaban los *buenos*, y la baja plebe que se había agermanado, y eran conocidos por los *malos*: los que por temor ó por egoísmo permanecían neutrales eran apellidados por los comuneros hombres de mascarilla, *enmascarats*. Ocurrióle un día á una mujer de un comunero propalar por el pueblo de que en casa el teniente del Maestre de Montesa D. Bernardo Zahera se hallaban ocultos algunos soldados para sorprender á los agermados de la villa, y esta falsa voz puso en movimiento toda la plebe de San Mateo. Sacaron una bandera, tocaron á rebato y en pocas horas la casa de Zahera se hallaba cercada por todas partes. Los gritos y amenazas obligaron al gobernador á asegurar las puertas, pero el motin crecía, se aumentaban las exigencias, diciendo que sacase la tropa que tenía oculta ó le quemaban la casa. Aproximaron fagina y pez, y al dar-

le fuego, por no verse Zahera abrasado con su familia, se determinó á franquearles la entrada, bajando á la puerta con su mujer, sus hijos y un criado, únicas personas que habia en la casa. Tan pronto como las turbas vieron al gobernador, se arrojaron como caribes, hiriéndole y prorrumpiendo con palabras que hacian temer la cercana desgracia. En vano su mujer con lágrimas y desesperacion imploraba, que conservaran la vida de su amado esposo; en vano un sacerdote se presentó allí con las vestiduras sagradas y el Santísimo Sacramento en sus manos, por ver si hablandaria sus corazones la presencia del que era manso cordero y perdonó hasta sus enemigos, porque enfurecidos contra el que tenia el *gran delito* de ser caballero, se arrojaron sobre él, le destrozaron entre los vestidos del sacerdote y entre los brazos de su mujer: el criado, que quiso parar los golpes dirigidos á su amo, fué igualmente asesinado.

Triunfantes con su primer *fazaña*, quisieron seguir, acabando con todos los ricos; pero estos que recelaban algun atropello, se encerraron en la torre de las campanas, dispuestos á defenderse. Viéndose burlados, saquearon sus casas y abriendo las bodegas, hicieron un pregon, convidando á comprar vino á *dinero el cántaro*, á *pagar á San Juan*; burla que pagaron despues. Lo restante lo derramaron por las calles, inutilizando aquella parte de riqueza con que contaba la poblacion. Cuando aun palpitaban los cadáveres de las victimas asesinadas, cuando resonaban los ayes de la familia de Zahera, y con las manos manchadas con sangre, se reunieron en la plaza,

promoviendo un baile entre la algazara y los gritos de *mueran los enemigos del pueblo, que se enriquecen á costa de sus sudores.*

3. Los que pudieron escapar de la muerte, y habian eligido la torre de las campanas, como una ciudadela para defender sus vidas, conocieron, que si no les venia pronto socorro sucumbirian á la violencia del pueblo de motin ó por el hambre, y no sabian de qué parte pudieran socorrerles, porque en todas partes ondeaba el pendon de la Germania. Algunos jóvenes se ofrecieron á dar cuenta á Morella, que era la única poblacion, que se habia declarado en masa por el César, y otros se dirigieron á Benicarló, que si contaba un número considerable de comuneros, estaban reprimidos por el buen celo y acertadas disposiciones del comendador de Montesa Don Francisco Despuig, sobrino del Maestre D. Francisco Bernardo Despuig, y Teniente general del Maestrazgo. El dia 18 de Junio llegó á Morella la noticia del motin de San Mateo y sus fatales acontecimientos, y los Jurados reunieron consejo para deliberar sobre lo que convendria en aquellas circunstancias. Pero era tal la indignacion que habia causado la muerte violenta del procurador Zahera, que todos á una voz pidieron venganza para los asesinos, disputándose la preferencia en marchar en socorro de los hombres *de bien*, que se hallaban encerrados en la torre de las campanas.

El comendador Despuig tenia en Benicarló alguna tropa, pero no juzgó que fueran suficientes para entrar en San Mateo, y como se hallaban con él los comendadores Pelegrí y Bou, reclamó algunos soldados á Vinaróz y



Traiguera, únicos puntos que les inspiraban confianza. Se ofreció á tomar parte en la expedicion D. Luis Boteller de Tortosa, declarado enemigo de la Germania, y con estas fuerzas salieron de Benicarló, pernctando en Cervera. Desde este punto, juzgando que para asaltar los muros de San Mateo no bastaban quinientos hombres ofició á los Jurados de Morella, para que le enviasen un tercio de doscientos hombres; pero los morellanos se habian adelantado, porque á la misma hora que salió el comendador de Benicarló, D. Berenguer Ciurana con su bandera y doscientos hombres escogidos, con algunos soldados de caballo, se habia puesto en camino de San Mateo. En el barranco de Vallivana recibió el caudillo morellano el oficio del comendador, al que contestó; que al dia siguiente, 20 de Junio, se hallarian las tropas de Morella en las puertas de San Mateo al rayar el alba. Dice la Crónica, que Despuig, al ver tan pronto al portador de su carta, quedó maravillado; pero, *sosegaos, señor, le dijo, alegravos, que Morella ve ab molt bella gent é mol ben armada, é mol gran consert é ordenanza, que es gloria de veurells. Yo els he trobat en lo bosc de Vallivana y ara deuen estar ya en les rambles.* Y añade, que fué grande la alegría que manifestaron los que se hallaban en Cervera, dando un refresco á la tropa y preparándose para estar á la hora misma en las puertas de San Mateo.

Al amanecer se encontraban las dos banderas cerca de esta villa, y retirándose los jefes al convento de estramuros, tuvieron consejo, del que resultó; que debia escalarse la muralla por tres partes á un mismo tiem-

po; el comendador por la misma puerta de Valencia; Don Guerau Bou por la de Albocácer y Ciurana con su tercio por la puerta de Chert. Media hora despues ocupaba cada uno su lugar, y se dió principio al ataque porfiado, con ánimo de no ceder ni uno ni otro bando. Por dos veces se acercó á la puerta de Chert, el jóven alférez Don Pedro Sancho, seguido de los morellanos, pero los comuneros disparaban sus arcabuces y enviaban tal número de piedras que tuvo que retroceder. El comendador Bou, que combatia en la puerta de Albocácer, cayó víctima de su arrojo, pero no por esto desmayaron los sitiadores. Eran las doce del dia, y fatigados los agermanados por no poder acudir á todas partes, se retiraron á la iglesia, con sus mujeres y cuanto tenian de algun valor, y dando fuego á las puertas, entraron los sitiadores la tarde del 20 en la villa, saqueando las casas de los comuneros. Llegó poco despues el comendador mayor Don Francisco Despuig, que se habia quedado fuera con alguna tropa de Benicarló, y quiso hacerse cargo del estado en que se encontraban los comuneros refugiados á la iglesia. Estos, retirados á la torre, tenian hecho acopio de municiones, y enormes piedras recogidas por los tejados, y difícil era reducirles si no tenian artillería.

Hallábase descansando en su alojamiento, cuando se le presentó una comision de los hombres de órden, ó de los *buenos*, ofreciendo á las tropas todos los bienes y personas; pero añadieron, «si es mucho lo que habeis hecho, es nada para nosotros, sino concludis la obra; porque nos dejais en peor estado. Ellos han despachado correos á Valencia y á otros pueblos de la Germania, y si no

se les saca de la torre, ausiliados por sus amigos, saldrán triunfantes y vengarán en nosotros los ratos malos que les habeis dado.» Reunió el comendador mayor á todos los oficiales, para que cada uno espusiera libremente su parecer, sobre si habian de continuar la obra, ó contentarse con lo que habian logrado. Despues de algunas observaciones D. Francisco Despuig, concluyó: «Yo, señores, soy de parecer, que reducir á los rebeldes con las armas es imposible, porque la torre es fuerte y ellos abundan en armas y municiones; y para reducirles por el hambre se necesitan muchos dias, ya que sabeis que han hecho acopio de comestible para ellos y sus mujeres. Lo acertado será marchar á Benicarló ó si quereis á Morella que nos ofrece seguridad, y esperar la reunion de tropas, que por orden del rey, se trata de hacer para combatir al enemigo.» Los comendadores y capitanes del Maestrazgo aprobaron el parecer del teniente General Despuig; pero D. Berenguer Ciurana y algunos caballeros de Morella, que le siguieron en la espedicion como voluntarios, manifestaron, que sus glorias se eclipsarian, si dejaban la empresa sin concluir. Que no hay imposibles en donde no faltan el valor y la constancia, y pues Dios les habia ayudado en el principio, él vendria con ellos para llevar la obra á feliz término. «Señores, dijo, si hay alguna bandera, que tome en cuenta suya la reduccion de los rebeldes de la torre, puede hacerlo, sino la de Morella se obliga á humillar su orgullo dentro de tres dias.» Esta *fanfarronada*, como dice la crónica, hizo asomar una sonrisa á los labios del comendador y sus capitanes, pero, dijo entonces Despuig; «si quereis tomarlo á

vuestro cargo, por más que veamos cuan imposible es conseguir el intento, os haremos mercé:» un cortés saludo y Ciurana con sus caballeros y oficiales de Morella se retiraron á su casa alojamiento. Los realistas de San Mateo, que habian presenciado la reunion en casa del comendador, enviaron una comision de prohombres al capitan Ciurana, con un regalo de doscientos ducados en un azafate; pero el capitan, á quien no cegaba el interés, «no aceptó dinero, dijo á la comision, porque solo me impulsa á continuar la empresa el honor de Dios y el de mi rey. Y para que veais que no desprecio la oferta, tomaré cincuenta ducados, para premiar á los soldados que se porten con mayor valor.»

El tiempo urgía, si habia de cumplirse la promesa de reducir á los agermanados dentro de tres dias, y Ciurana no se durmió. Dispuso, que hicieran una *manta* especie de andamio de fuertes maderos, travados con cuerdas y clavazon, capaz de contener bajo hasta veinte hombres. Asegurado que estuvo de su fortaleza, mandó colocar veinte soldados robustos con armas y picotas, y tomándole sobre sus cabezas, la aprocsimaron al zocalo de la iglesia. Colocada verticalmente contra la pared, comenzaron á abrir boquete; pero era tal el fuego que arrojaban los sublevados, tan grandes las piedras que dejaban caer de lo alto del campanario, que segun un testigo de vista, *pegaban tan gran colp, que tota la vila fehien tremolar*. Pudieron llegar hasta la puerta, no sin mucho peligro, porque los sitiados habian puesto colchones a los vanos, formando garitas desde donde hacian un horroroso fuego. La restante fuerza de los morellanos, estaba

colocada con oportunidad en las casas de enfrente, impidiendo que los comuneros salieran á tirar piedras. En el primer dia nuestros escopeteros mataron dos sublevados. Esto era el dia 22 de Junio.

El 23, víspera de San Juan, mudaron los que se hallaban bajo la manta, entrando otros veinte. La puerta de la torre estaba ardiendo y pudieron penetrar hasta la escalera, *caragol* llama la crónica, y como al intimarles la rendicion, pidieran pactos que no podian cumplirse, se renovó la lucha. Los morellanos tomaron garbas de trigo y puestas sobre la cabeza las introducian dentro la torre y las dieron fuego. Las llamas, el espeso humo subia hasta lo alto; cuando á hora de vísperas, clamaron *misericordia, misericordia*. D. Berenguer Ciurana, que dirigia las operaciones, les dijo: entregaos á *merce*, porque haremos de vosotros lo que nos parezca justo. Cesó el fuego, que apagaron con agua, subieron á la torre y les encontraron medio ahogados. Dejaron á las mujeres y tomando del brazo á los hombres, les ataron á una cuerda, paseándolos por la poblacion, llevando delante la bandera de Morella, hasta encerrarles en la cárcel. Dieron luego libertad á las mujeres, tomando los despojos, que se repartieron entre la tropa morellana. Al dia siguiente mandó el comendador Despuig, que el capitán de los comuneros y siete de los asesinos de Zahera fueran ahogados en medio la plaza.

Se consiguió una victoria y los morellanos levantaban la cabeza con orgullo, pero los oficiales del comendador estaban corridos, al ver que el triunfo se debia al que llamaron *sanfarron*, y habia vencido las dificultades, que

hacian imposible el triunfo. Entre los despojos tomados al enemigo, lo mas apreciable era la bandera, que los morellanos querian entrar en triunfo; pero el comendador mayor, se atrevió á pedirla á Ciurana, alegando, que si bien la habian ganado los de Morella, era él el gefe superior y aquel trofeo le pertenecia. Esto indignó á los morellanos, que dispusieron tocar á marcha, sin despedirse del gefe. *E com lo capitá general feu una poca de sinsabor sobre la bandera dels agermanats de San Mateu, que habien pres en lo campanar, el capitá de Morella maná tocar los tambors y sen ana de San Mateu á Morella.* Los vecinos que habian podido escapar de San Mateo por temor á los comuneros, regresaron á sus hogares, y al preguntarles á qué venian, «venimos dijeron, á cobrar el dinero por cada cántaro de vino que se derramó de nuestras cubas, pues ha llegado el plazo de San Juan,» aludiendo al sarcástico pregon que mandaron hacer los agermanados.

4. El tercio de Morella entró en esta plaza entre las aclamaciones del pueblo, que celebraba el triunfo de sus armas. Satisfaccion era para los vencedores; y mayor la recibieron, cuando se les leyó la última carta del Emperador, contestacion á la que los Jurados le escribieron cuando los acontecimientos del Forcall. Merece un lugar en nuestra obra y vamos á copiarla.

*EL REY.*

*Amados y fieles nuestros: vuestra letra de XX de Enero hemos recibido, en la cual nos consultais sobre lo que debeis hacer contra los del Forcall, aldea de esa villa, que entra-*

ron en la Germania contra vuestra voluntad y prohibicion, y nos enviatis la carta, que os hicieron sobre ello los que se dicen Trece, stndicos del pueblo de Valencia; y nos faceis saber la constancia que esa nuestra villa ha tenido en no agermanarse, que cierto ha sido muy bien merecido y nos tenemos de ello por muy bien servidos, y así lo continuareis, que no podeis haver cosa más en honra nuestra y servicio nuestro: é si la disposicion del tiempo diera lugar á hacerse alguna caecucion y castigo á los dichos del Forcall, que así se agermanaron, no dejeis de lo poner en obra, conforme á la requesta que tenéis de nuestro Lugar-tiniente y Capitan General D. Diego Mendoza, á cuya orden y obediencia estareis en todo, como esta nuestra. Pero si viéredes que dello podríades reportar daño, será mejor agora pasarlo con dissimulacion, hasta que las cosas tengan más asiento, y con nuestra real presencia, pues estamos ya de partida para allá, se ponga remedio en ellas. Y para que esa dicha villa tenga favor y amparo en sus vecinos, hemos mandado escribir á nuestro Lugar-tiniente de Aragon y al Arzobispo de Zaragoza, que de sus tierras, las que estan en comarca vuestra, vos ayuden siempre que les escribiérades á pedir socorro para vuestra guarda y defensa; y perseverando con lo que hasta aquí habeis fecho, siempre os haremos especialmente recomendados. Dat en Vormes á XXX de Marzo de M. D. XXI.

YO EL REY.

Vt. Carigas. Vl. Uries secretarius.

5. Veamos el efecto que produjo en Valencia la no-

ticia de hallarse sitiados sus amigos de San Mateo. El mismo día, que los comuneros de San Mateo se vieron obligados á entregarse llegó la carta en que se pedía auxilio al consejo de los *Trece*, y fué tal la indignacion del pueblo al saber, que Morella tenia su bandera fronto á los sitiados, que se determinó en junta, que se enviase una division, al mando del carpintero Miguel Estellés, furibundo comunista de grande prestigio entre las turbas. Se avisó al mismo tiempo á los agermanados de Murviedro y pueblos del tránsito, para que se agregasen á la expedicion, y todos juntos, sublevasen al Maestrazgo, dispuesto ya á combatir á los morellanos. Se dió á Estellés para secretario y teniente á Gerónimo Bremon, y con una fuerza de seiscientos hombres salieron de Valencia el 26 de Junio. Fueron tambien recibidos en los pueblos del tránsito, que no solamente se agregaban sus jóvenes, si que les proporcionaban dinero y comestible en abundancia. El 27 entraron en Villareal, en cuyo punto se les habia preparado una ovacion digna de un príncipe, haciendo por la tarde una corrida de toros para obsequiar á los expedicionarios.

6. La pesadilla de Estellés era Morella, y si podia contar ya con mil quinientos hombres, no le parecia bastante fuerza para asaltar sus fuertes muros, y un sitio prolongado podria dar tiempo para unirse los nobles y cercarle entre los riscos y breñas, sin poder escapar de las manos del enemigo. Por esto, aconsejado de Bremon, escribió una carta atenta á los jurados de esta villa, invitándoles por última vez á tomar parte en el movimiento general del reino. Copiaríamos íntegra la carta, sino temié-



ramos cansar á nuestros lectores; pero como el historiador Escolano la trae vertida al castellano, bien que con algunas variantes, nos dispensamos por esta vez. Su fecha *Villareal XXVII de Juny de MD XXI. firmada por Miguel Estellés, capita y Hieronim Bremon Tretse.*

No era tiempo para que los morellanos aceptasen la oferta. El triunfo alcanzado en San Mateo, la satisfactoria carta del rey y la esperanza de recibir auxilios del bajo Aragon, todo les alentaba para seguir la empresa. El dia 29 se reunieron, y redactaron una contestacion estensa, cuyo contenido manifiesta el entusiasmo de los morellanos y el desprecio que hacian de los soldados de Estellés. No podemos copiarla íntegra, pero entresacaremos algunas cláusulas, siquiera como una muestra de la energía unida á la sencillez del lenguaje.

*En Miguel Estellés: una vostra lletra en lo dia de hui habem rebada, en la cual nos dieu, que habeu poder de Joan Caro, racional de Valencia é Capità general, que asistiæcam ab dosens homens á la vila de San Mateu, aon la bandera de Valencia serà de la cual dieu son capità; é asó per socorrer é favorir á la dita bandera, contra los que diuen que habeu fet loca é gabella en deservei de la cesàrea Mag. del Rey nostre Señor. A la que satisfaent os diem; é vosatres no ignoreu, que nosaltres som dels que diuen, que vosatres habeu fet la dita è loca unió y gabella apellada vulgarment Germanía, en deservei é contra la cesàrea é Real Magestad del Emperador é Señor nostre: é aso aferman é podem be afermar per so, que son avisats per dos lletres de la C. Ce. é Rl. Magestad..... A lo que dieu, siam ab dosens homens á la vila de San Mateu, vos diem, que no coneixem al*

*dit Joan Caro, ni manco á vos ni sabem qui vosaltres dos sou; é la vila de Morella no obeis sino á la C. é C. M. del rey D. Cárlos, rey natural é Señor nostre, lo cual per molts anys nostre Señor Deu mantinga, á la obediencia dell é de sos oficials reals aquesta vila está obedentissima; é axi lo comú com los particulars de aquesta están tots prontisims à tener aparelats pus de mil homens, é totes les sustansics é bens pera son servey, é pera que S. M. é sos oficials reals manaren. E nostre Señor sia en guarda de tots axi com es menester. De Morella á XXVIII de Juny M D. XXI.*

*Pera la honra vostra promtes lo Justicia é Jurats de Morella.*

7. Preparándose estaban los morellanos para salir al encuentro de Estellés y alguna esperanza abrigaban de que los pueblos del bajo Aragón no se harían sordos á las escitaciones del Arzobispo y del Justicia Lanuza, cuando recibieron una fria contestacion, que á las claras manifestaba, que eran en el corazón comuneros. Leyeron las contestaciones en pleno consejo, ante los prohombres de Morella y parece, que alguno comenzó á desmayar, viendo que sola esta villa se habia conservado fiel al rey D. Cárlos, pero el edil ó mustazaf D. Miguel Antonio Sancho, hombre enérgico, se levantó ante la reunion y «Señores, dijo, Dios por su grande bondad quiere que nuestros vecinos nos abandonen, para que toda la gloria sea nuestra. Confíemos en Dios, que sabe que nuestras intenciones son buenas, que no nos faltará su ayuda. Muchas veces quiere manifestar su poder y que los pocos vengán á los muchos: sirvámos á Dios y á nuestro rey, y pues lo hemos prometido, cumplámoslo.» Esto dijo, y una

sola voz. se oyó en el salon de sesiones; *á la guerra, á las armas, ó morir ó vencer.*

8. El baile Ciurana escribió entonces á Peris, baile de Onda, confiando en su amistad y parentesco, y si en aquella poblacion habia muchos comuneros, no faltaban hombres en la bailía que reprobaban los escesos y tropelías del populacho. La respuesta del de Onda no solo alentó á los morellanos por saber su conformidad, sino que participó los designios del duque de Segorbe.

Don Alfonso de Aragon, duque de Segorbe, jóven de veinte años, hijo del infante D. Enrique, sentia una desazon al ver la apatía del virey y gobernador de Valencia, dando treguas con su contemporisacion á que los comuneros se envalentonasen, tomando incremento en el reino. Pidió licencia á su padre para armar á sus vasallos, tanto á los cristianos, como á los moriscos, que poblaban algunos lugares de su señorío. Obtenido el permiso formó sus compañías, y cuando supo, que Estellés se vino á Morella, quiso salir á campaña para dar ejemplo á la tímida aristocracia, y socorrer á esta plaza heroica. No dejó el infante D. Enrique de manifestar su desconfianza por tener pocas fuerzas y ser los comuneros mayor en número; pero D. Alfonso formó su plan, y se decidió á levantar bandera, confiado, que en caso de algun siniestro, Morella le abriria sus puertas, y con el auxilio decidido de sus hijos podria desafiar á todo el reino. Estellés pasó de Villareal á Castellon, aumentando sus fuerzas con una compañía de esta poblacion que habia levantado un tal Coll, y siguió su marcha, con el objeto de sorprender á los de Alcalá, en donde los moriscos y otros comenza-

ban á declararse en contra de los agermanados. Decia Estellés, que venia á defender los intereses de Dios y por lo mismo se debia obligar á los moros á bautizarse ó morir; por esto al llegar sus tropas á Alcalá, asaltaron la morería, y entrando por los tejados degollaron á los infelices, juzgando de este modo que se convencerian los habitantes del Maeztrazgo de la santidad de su causa.

En la hora misma en que Estellés ofrecia el triste cuadro de la matanza en Alcalá, el duque de Segorbe caminaba rápido por el llano de Nules, con una division de cuatrocientos hombres entre cristianos y moros, pero antes de llegar á Villareal unióse Peris, el baile de Onda con ciento cincuenta voluntarios. Los de Morella que tenian sus confidentes en Alcalá para observar el movimiento de Estellés, recibieron aviso de que la columna espedicionaria de los comuneros trataba de pasar á Catí, pues habia sabido, que en esta poblacion se habian declarado contra la Germania; era esto el dia de San Pedro. Se ofició al tiniente del Justicia de Morella, para que alentara á los catinenses, asegurándoles, de que al dia siguiente saldrian de Morella seiscientos hombres en su ayuda. En efecto el 30 de Junio, despues de haber oido misa salió la bandera en direccion de Catí. D. Berenguer Ciurana capitaneaba un tercio de doscientos hombres, agregándose algunos caballeros; y cuatrocientos hombres que debian ocupar los cerros inmediatos á dicha villa, para impedir la entrada. Cuando Ciurana llegó á Catí encontró todo el pueblo armado, jóvenes y viejos, con ánimo de resistir á la entrada de Estellés. Pero no tardó en recibir una carta del comendador D. Francisco Despuig, que le daba cuen-

ta de hallarse el duque de Segorbe y el baile de Onda en las inmediaciones de Villareal. Se comunicó esta carta á los Jurados de Morella y estos en sesion del primero de Julio resolvieron ofrecerse al duque dirigiéndole un oficio, en el que entre otras cosas le decian, que podia disponer de toda la gente de Morella porque todos sin excepcion estaban prontos á sacrificar sus vidas por su rey y señor.

Llegó D. Alfonso á los muros de Villareal, hizo la señal de asalto, y los comuneros se retiraron despues de una ligera resistencia, ocupando la poblacion las tropas realistas. Este primre ensayo animó á los soldados, y sin descansar pasaron adelante con direccion á Castellon de la Plana. En la tarde del primero de Julio se hallaban á vista de la villa. El duque habia dividido su tropa en tres compañías, que llevaban sus banderas, hechas de sábanas, como dice la crónica, y colocándolas en tres puntos diferentes mandó asaltar las murallas de tapia. A pesar de que eran pocos, la resistencia fué más tenáz. El capitán Coll recorria la línea alentando á los comuneros; pero los soldados del duque pudieron tomar una torre, y desde allí desalojaron á los que defendian una de las puertas y pudieron apoderarse de la poblacion. Aquella noche fueron saqueadas las casas de los agermanados.

9. En Castellon recibio el duque la carta de los Jurados de Morella y contestó con fecha 2 de Julio, manifestando su agradecimiento, y añadiendo, que ya sabia, que podia contar con los morellanos, que no faltarian á la fidelidad; que entonces y siempre su casa, persona y bienes estarian á disposicion de Morella; pero que le en-

viaran pronto la gente, porque deseaba verse con el *ballaco de Estellés*. Este se hallaba perplejo en Alcalá al saber la determinacion del duque. Temia, que dirigiéndose á Morella podia ser atacado con ventaja por los realistas de esta plaza y los de Catí, que se manifestaban hóstiles, y que su retirada seria cortada por los de Segorbe y Onda, en un terreno montuoso con desventaja para sus tropas, poco acostumbradas á la guerra de montaña. Por otra parte Valencia no le enviaba el refuerzo, que le tenia ofrecido. Consultó con Bremon sus recelos, y determinaron volverse á la capital, antes que pudieran unirse los morellanos con el duque.

El capitán de Morella D. Berenguer Ciurana, con doscientos hombres y veinte caballos, dejó á Catí, despachando la demás tropa que debia reforzar la guarnicion de esta plaza. Algunos caballeros, como D. Bartolomé Vilanova y D. Damian Monserrat, quisieron seguir la expedicion. Estellés salió de Alcalá, tomando la playa del mar hasta Oropesa, y caminando aquella noche; al rayar el alba se hallaba ya en esta poblacion. El duque de Segorbe, avisado de la proximidad de los comuneros, á los que escaparon de Castellon, salió de prisa con seiscientos infantes y cincuenta caballos. Avistáronse las dos contrarias divisiones. Estellés quiso poner en orden á sus soldados; el duque de Segorbe manda adelantar y los escopeteros y unos y otros se disputaban la victoria, peleando con valor; pero el duque dispuso, que la caballería die-  
ra una carga, y los comuneros aterrados al ver llegar el tropel de caballos, se dispersaron, tomando las marjales. En vano Estellés procuró detenerlos, la caballería les al-

canza alanceando á su placer los dispersos. Entraron luego los infantes con sus largas picas, y en poco rato acabó la division del caudillo Estellés, cayendo en poder de sus enemigos. Cuando comenzó la accion, el tercio de Morella, que habia salido de la Puebla-Tornesa, se hallaba en la cuesta de la *gurofera*, y á los primeros disparos de los mosqueteros, terció el camino á la izquierda y á paso doble se dirigió al lugar del combate; pero cuando llegó, se habia conseguido la victoria, y solo ayudaron los morellanos á sacar de los charcos á los comuneros, para conducirles á presencia del duque. Escribe un testigo de vista, que fué tal el desórden y la confusion, que muchos perecieron ahogados en el mar, otros en las acequias, mientras que los más pedian una mano ausiliadora, que les sacase de los lodazales en donde se habian encharcado; *é estaban defanch hasta les barbes*. Muy pocos pudieron escaparse; el mismo Estellés, Bremon su ayudante y el capitan de Castellon, Coll, quedaron prisioneros.

Triunfantes volvieron los soldados del duque á Castellon, y al dia siguiente, mandó D. Alonso ahorcar al desgraciado Estellés, á Bremon y al capitan Coll, en medio la plaza y habiendo dado libertad á los menos criminales, dejó el cuidado de conservar la paz al gobernador Viciana.

En Castellon se convocó á junta de capitanes, en la que se resolvió acercarse á Valencia, para intimidar á los agermanados, pues el visrey no pudiendo vivir entre las turbas, se habia trasladado á Denia. Salieron, pues, el 8 de Julio y despues de descansar en Villareal, entraron el 11

en Nules, punto elegido para cuartel general. El eco de la victoria había despertado á muchos caballeros de su marasmo y corrieron á incorporarse á la division del duque de Segorbe, unos con sus tercios y compañías, otros con sus escuderos. El comendador mayor D. Francisco Despuig, D. Luis Oliver y D. Luis Boteller de Tortosa, llegaron con sus banderas, ávidos de participar de la gloria, mientras que de Valencia llegaron otros señores, que no podían vivir en aquel continuado motin y perpétua anarquía.

10. Honda pena produjo en la plebe de Valencia la derrota de Estellés; pero cuando supieron la aproximacion de las tropas del duque de Segorbe, el populacho de motin, indignado por la pérdida del gefe de los espedicionarios, quiso vengarse con los ricos. No aguardaron estos en sus casas, porque, ó abandonaron la ciudad ó se retiraron, escondiéndose en las iglesias ó en parajes disimulados. Desde entónces ya no eran solo los fieros demagogos los que se entregaron á toda clase de escesos; mujeres, ludibrio de su sexo, recorrian las calles en busca de ricos y propietarios, ó de los que tenían en sus venas alguna gota de sangre noble; entraban en las casas y los atropellos y el pillaje, y todo genero de insultos parecia poco á aquellas turbas, ébrias de corage y de furor. Por desgracia en estos dias dos jóvenes de Murviedro salieron á bañarse, y se ahogaron en una de las acequias cercanas á la poblacion. Un tal *Fransisquot*, furibundo agermanado concibió un pensamiento, que con otros compañeros lo llevaron á ejecucion. Encargó á unas mujeres llevar á Valencia á aquellos dos cadáveres, fingiendo que



eran víctimas sacrificadas por los moros, que seguían la bandera del duque de Segorbe; y marchando delante, se colocó en la puerta de Serranos, esperando á las embusteras, que habían de representar el papel de doloridas hermanas. No bien habían entrado por el portal de Valencia, cuando *Francisquot* y sus amigos tomaron los cadáveres, y entre denuestos y maldiciones á los nobles, los llevaron á la plaza de la catedral, cuando un numeroso gentío se agrupó al rededor de los declamadores, atraído por la curiosidad. Había *Francisquot* acrivillado de puñaladas á los ahogados para escitar la animosidad del pueblo, esto, acompañado de las exclamaciones contra los supuestos asesinos, alarmó al populacho. Un Fraile agustino, Fr. Lucas Bonet, que participaba del vértigo que se había apoderado de la plebe, tomó un crucifijo en la mano y seguido de las turbas, se marchó á la catedral á sacar el estandarte de la cruzada, y no pudiéndolo lograrlo de los canónigos, predicaba el esterminio de los moros. Entonces un jóven, hijo de un escribano, cuyo nombre se ignora, dice el cronista del reino D. Vicente Boix, pero que nosotros encontramos un tal *Artes*, este se colocó á la cabeza de la plebe, marchó á la casa de la ciudad, se apoderó del estandarte, y lo colocó en la puerta de Serranos, como señal de guerra al duque de Segorbe. Fr. Bonet colocó un crucifijo en una ventana del meson de dos puertas de la calle de Serranos entre dos banderas, y escitada la plebe, corrían en busca de armas, gritando *guerra, guerra*, al duque y á sus amigos

D. Diego Hurtado de Mendoza, virey de Valencia, había levantado un ejército en la ribera del Jucar, pero los

agermanados no desmayaron al verse entre dos enemigos. Se reunieron en la plaza de San Francisco hasta dos mil hombres, tocaron á rebato y el pueblo conmovido acudió á tomar las armas. Se dividieron en dos ejércitos, uno que debía marchar á las órdenes de Juan Caro, confitero de oficio, á combatir al virey en la parte de Játiva, y otro á las órdenes de Jaime Ros, debía trasladarse á Murviedro para atacar al duque de Segorbe. Se dió libertad para suscribirse en cada una de las expediciones, segun su voluntad, colocando dos mesas, una en la puerta de San Vicente y otra en la de Serranos, y fueron tantos los que se alistaron, que los encargados no podian cumplir en su cometido. Dejaremos ahora la expedicion del Jucar y nos ocuparemos de los de Murviedro, en donde se hallaban nuestros tercios.

11. En Nules esperaban las tropas del duque á los comuneros de Valencia, reuniéndose todos los dias algunos caballeros. De Cataluña pasó Mosen Piquer con algunos soldados que se agregaro á la compañía de D. Luis Oliver, pudiendo contar la division realista con mil quinientos infantes y ciento diez ginetes; fuerza débil, si se atiende al número, pero subordinada á sus gefes, inspiraba alguna confianza á D. Alfonso y á sus capitanes. Habia el jóven caudillo de los realistas pasado á Almenara, en cuyo punto supo la salida de los comuneros de Valencia, y quiso que sus tropas se acercaran á Murviedro, en donde habia de ser la reunion de los agermanados. El dia 17 de Julio se tuvo consejo presidido por el duque y hallándose D. Juan Escriba, racional de S.M. el comendador Despuig, D. Luis Oliver y demás capitanes.

Se resolvió atacar á los enemigos, sin reparar en el número, dividiendo la fuerza en tres cuerpos de infantería, y un escuadron de caballería. Esto era á las cinco de la tarde.

Los de Valencia, en número de seis mil infantes y muchos caballos, habian llegado á Murviedro, conduciendo tambien un tren de artillería, porque algunos officios tenían sus cañones, fundidos espresamente, con los escudos del officio. Dice la crónica, que iban tan apuestos y tan lujosamente ataviados, que algunos llevaban medias de coste fabuloso, *calses de deu ducats*. De Murviedro y de otros pueblos cercanos se reunieron dos mil, elevándose la cifra de los comuneros á la de ocho mil hombres. ¡Temible fuera este número, con otra subordinacion y disciplinal! Pero los gefes eran sus compañeros, elegidos por ellos y si bien estas fuerzas son temibles por sus bruscos ataques y rudas acometidas, no pueden sostener una accion de guerra dirigida por el cálculo y la pericia militar.

La noche del 17 de Julio los comuneros continuaron recibiendo refuerzos; era Murviedro una confusion de gentes que rebullian, pero con el ansia de salir al ataque. Sabian ellos las fuerzas que se hallaban con el duque de Segorbe, y ni soñar podian que les esperase; pero estaban con el ánimo de seguir la marcha, entrar en Almenara y en Nules y aprovecharse de los comestibles, que tenían almacenados los realistas. El magnánimo jóven Don Alfonso no pensaba así; confiado en el valor y disciplina de sus soldados y el arrojo de los caballeros prometíase la victoria. Para precaver una sorpresa, aquella noche

envió de guardia avanzada á D. Berenguer Ciurana con sus morellanos, dejando descansar la tropa en Almenara. El mismo no quiso dormir, y acompañado de sus adcanes, visitó dos veces la avanzada de los morellanos, manifestando el aprecio y confianza que le merecian los valientes y disciplinados soldados del capitán Ciurana.

12. Llegó el día doce de Julio. Ni una nube cubria la azulada estension de los cielos; el sol como inmensa hoguera lanzaba rayos de fuego; apenas se ha visto un día más caluroso. Las tropas de los comuneros salieron de Murviedro cuasi en ayunas, con la confianza de almorzar en Almenara, utilizando las provisiones de los realistas. Su general Ros les habia dicho, no perdoneis la vida á los soldados del duque, cualquiera que fuere su clase; no quiero dar cuartel. No era necesaria esta advertencia á unos hombres ébrios de coraje y saña contra los nobles y realistas, porque difícil fuera perdonar á los que se atrevian á contrariar las disposiciones de la plebe. Dividió en dos grandes cuerpos, de cuatro mil hombres cada uno, á sus comuneros; uno que debia marchar por la carretera y otro por detrás de un monte llamado de los Cuervos, con el objeto de cortar la retirada de los realistas.

Tambien el duque tenia su plan de batalla. Por la mañana dió orden, de que las tropas comieran en Almenara, enviando un destacamento de caballeria á la vista de Murviedro para observar los movimientos del enemigo. No tardó en llegar un ginete con la nueva del gran número de comuneros que se apercebían para salir al combate. Algo desanimaría á alguno de los capitanes esta noticia, cuan-

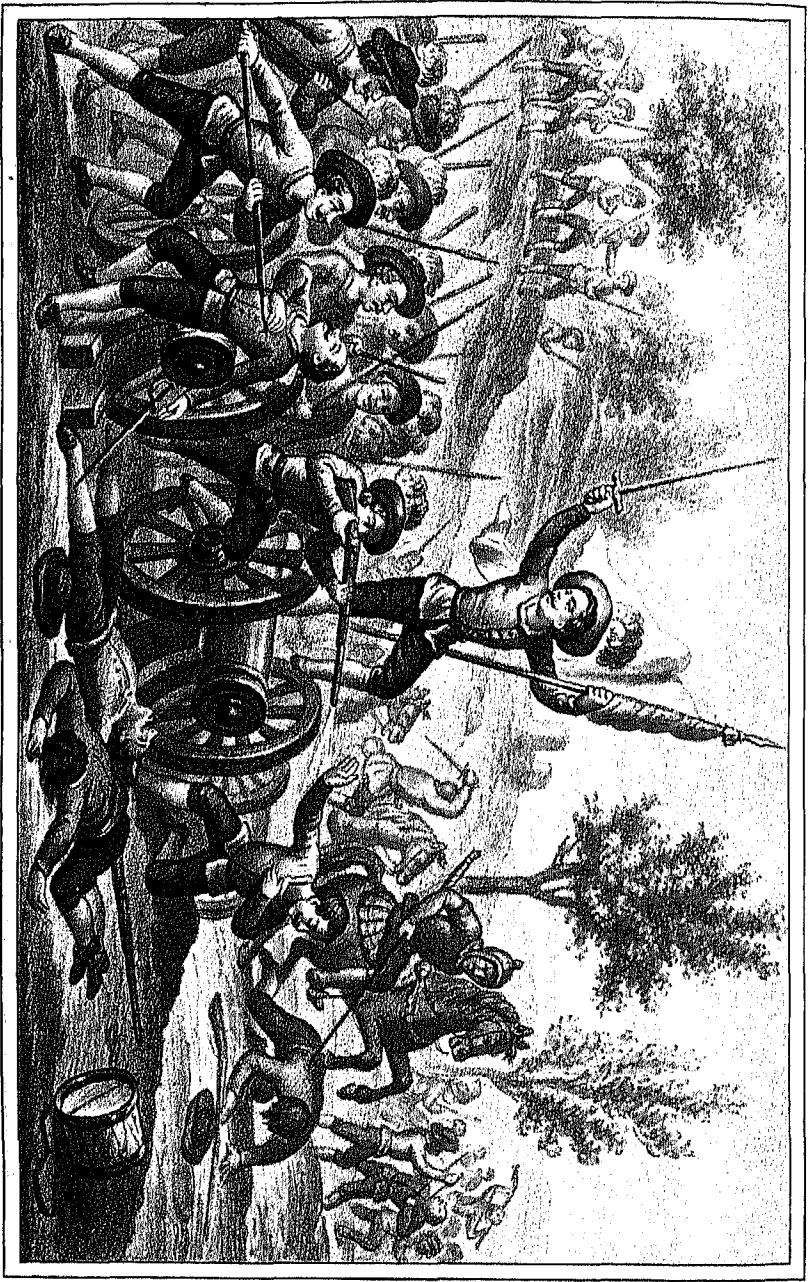
do el joven caudillo, levantó la voz, diciendo: «si somos desiguales, el valor podrá vencerles; más quiero aventurar nuestras vidas, que el honor, las haciendas y las familias.» Entónces como si entre sus caballeros no hubiera más que un sentimiento, ofrecieron ó vencer, ó morir todos á su lado.

Eran las nueve de la mañana, cuando recibió el duque el aviso de hallarse los enemigos en camino, y mandó tocar á marcha, sin tener tiempo para comer. Las compañías de Morella y la de Onda se disputaban la preferencia de marchar á vanguardia, pero el gefe realista no quiso entónces disponer, hasta salir al campo. Tenian una hora de camino, cuando el duque mandó hacer alto; dividió en tres batallones su tropa; el primero formado con las compañías de Morella, al mando de D. Berenguer Ciu-rana; del de Onda, su capitan el haile Peris; y del de Castellon, su capitan D. Jaime Viciano, hijo del gobernador de esta villa. El segundo batallon era de moros de las cercanias de Segorbe y Benaguacil, acaudillados por el moro Benamises; y el tercero por los catalanes, comandado por el vizconde D. Luis Oliver. La caballería estaba á cargo del comendador D. Franciso Despuig y del racional Don Juan Escrivá: este cuerpo era de caballeros nobles, cuyos nombres ha consignado el historiador Escolano, y fuera pesado el trasladarlos. La artillería realista consistia en cinco cañones de lomo, tres de bronce y dos de hie-ro, los descargaron de las bestias y se pusieron sobre las cureñas, *sobre els caballets*, dice la crónica.

Una gran polvoreda que se levantaba en el camino de Murviedro fué la señal de hallarse cercanos los enemigos.

Eran las doce del día diez y ocho de Julio. El duque bajó de su caballo, mandó tocar á oraciones y curvando sus rodillas sobre la ardiente arena, oró unos momentos; todos imitaron al gefe, reinando un silencio sepulcral. Se levantó luego el jóven caudillo, subió ligero sobre el corcel y desnudando su brazo derecho, en señal de no temer al enemigo, tomó la lanza de mano de su escudero, y marchó al combate. Habia dispuesto, que para distinguirse los soldados se colocáran cada uno una cruz de cinta blanca sobre el pecho.

Las compañías de Morella marcharon de vanguardia, tremolando la bandera D. Pedro Sancho; seguian las de Onda, Castellon y el Maestrazgo. El segundo batallon todo de moros ocupaba el centro; y cerraba la marcha á retaguardia el vizconde D. Luis Oliver, con sus catalanes. Luego se descubrió al enemigo. Doscientos caballos de vanguardia acometieron con furioso ímpetu á nuestras compañías, que puestas como un muro en el llano hicieron un fuego terrible. La circunstancia de ser cuasi todos escopeteros, y con unas pocas lanzas, que entónces suplian las bayonetas de nuestros dias, hacian temer que no podian rechazar un ataque; pero la serenidad y firmeza hicieron parar al escuadron enemigo, hasta llegar las compañías de Onda y Castellon. Parapetáronse entónces entre unos acebuches para evitar una carga de caballería á pecho descubierto y comenzó un fuego graneado de una y otra parte. Nadie queria ceder; pero D. Pedro Sancho que llevaba la bandera, observó que el fuego contrario disminuia en el centro enemigo, y pareciéndole que las municiones escaseaban, *á ellos*, dijo voz en grito, *á ellos mo-*



R. Segura. Dib.

ACCION DE MURVIEDRO.

Lit. de SANCHIS. Valencia.

rellanos, que la victoria es nuestra; y como leones se arrojaron sobre las masas de los comuneros. Llevaba la bandera de la cruzada de Valencia Miguel Marzá, cardador, y dirigia la fuerza de la division comunera el maestro de campo Juan Sisó, mesonero, y al ver la arremetida de los morellanos desmayaron: corre el alfez á salvar la bandera, y las tropas se desbandaron, huyen sin orden; cuando entraron los de Onda y Castellon con sus picas y alancearon á los Valencianos, que agachados entre las matas cerraban los ojos para dejarse degollar. Grande fué la carnicería, porque sin haber comido, ahogados por el calor sofocante, se dejaban caer demayados.

Mientras los capitanes Peris y Viciana acababan con los comuneros en una viña, en donde segun espresion de un testigo de vista, habia tantos muertos como cepas; mientras les despojaban de armas y riquezas, los morellanos, siguiendo á Sancho con la bandera, quisieron desalojar una compañía que custodiaba el tren de campaña. Dió el capitan Ciurana la señal, y doscientos hombres como una masa compacta, cayeron sobre los agermanados. Estos sorprendidos del arrojó, en vano quisieron hacer uso de la artillería, porque encaramados los escopeteros de Morella sobre los cañones, rechazan á los artilleros y se apoderan del tren. Ni aquí paran. Mientras alguna fuerza se quedó con los cañones y la compañía de Onda, el resto de los morellanos y la compañía de Castellon corrieron como gamos en seguimiento de los comuneros que se retiraban á Murviedro; llegaron hasta el arabal, en donde alentaron del cansancio despues de ha-



ber muerto á muchos enemigos y hecho prisioneros. Pero quedaba el segundo cuerpo y si oían el disparo de la escopetería, no sabían el resultado del segundo y tercer batallón.

En el principio no fué muy favorable la suerte al duque de Segorbe. El batallón de moros, era gente del campo que trabajaba en las posesiones de sus señores, y jamás había estado en campaña. A los primeros disparos de artillería, aturdidos con el ruido del cañón, quisieron cubrirse doblando la montaña del Cuervo, pero allí estaba el segundo cuerpo de comuneros, que marchaba á cortar la retirada á los realistas. Encontráronse pues cercados, y fué necesaria toda la energía del duque, que les auxilió con un escuadrón de caballería, para hacerles entrar en orden. Fueron muchos los que murieron á manos de los valencianos, y los que pudieron escapar bajaron otra vez al camino real, pero como azorados sin saber lo que les pasaba. Mientras esta derrota sucedía á la otra parte del monte del Cuervo, los catalanes avanzaban para unirse al primer batallón, y al llegar al campo, en donde se había dado la acción primera, se vieron solos, porque los morellanos y castellanenses no habían vuelto del alcance de Murviedro y el segundo batallón y gran parte de la caballería con el duque peleaban detrás del monte. Así estaban cuando los comuneros, que habían avanzado se arrojaron sobre ellos, y eran tantos en número, que, según la crónica y Escolano, *dieron las espaldas*. Enfurecido D. Luis Oliver, se colocó con diez y seis ginetes ante los soldados, y «qué haceis les dijo, pues todo está perdido y no podemos escapar con las vidas, vendamos-

las caras y peleémos como á caballeros.» Se rehicieron los catalanes y arremetiendo con furia, introdujeron el desorden en las columnas de los plebeyos, que cansados por el sol y tres horas de pelea se dejaban matar. Cuatrocientos catalanes sostuvieron el fuego contra mil quinientos plebeyos, hasta que llegó el duque con el resto de los moros y los que venian del arrabal de Murviedro. Entónces uno y otro bando hicieron el último esfuerzo, uno y otro bando pelearon con valentía; pero desmayaron los comuneros, entró la caballería realista á dar una carga y se dispersaron en desordenada fuga. *Victoria*, clamaron los realistas, recogiendo ricos depojos y alanceando hasta cerca de Murviedro á los desmayados agermanados. Era tal el estado de fatiga de estos, que las mujeres les esperaban en el arrabal con cántaros de agua y botellas de vino; pero apenas bebían, cuando quedaban muertos. Así acabó la célebre batalla de Murviedro, en cuyo sitio se conserva una cruz de piedra, que llaman la *Cruz de la Victoria*.

El despecho se apoderó de los agermanados la noche que en Murviedro descansaron de la fatiga de un día agitado y caluroso. Pocas veces confiesa el soldado su cobardía ó insubordinación; achácase á la impericia del gefe que manda la fuerza, á la traición vil, ó al soborno. Una voz tomó cuerpo entre los soldados, de que el mesonero Juan Sisó, aquel improvisado maestro de campo, que no quería perdonar la vida á ninguno de los enemigos, había sido traidor, y aquella voz exacerbó los ánimos, que pedían venganza. Entraron en su casa-alojamiento, le prenden entre los insultos de cobarde y traidor, y llevado á la

plaza, le alancean sin piedad, muriendo acribillado por el bote de las lanzas de los comuneros el que pudo escapar de las picas de los morellanos. El valor y arrojo de nuestros tercios se recompensó poco despues; hoy á todas horas, el mágico sonido de las campanas nos recuerda la celebridad de aquella jornada, y retrocediendo tres siglos y medio, parécenos ver ondear en el aire la bandera victoriosa.

Rico fué el botin que recogieron los vencedores; pero esto mismo fué la causa de que la mayor parte de los soldados abandonaran al duque, y cargados de riquezas marcharan á sus casas á depositarlas al seno de sus familias. Restituido el gefe realista en Nules, quiso pasar revista de las tropas que le quedaban, y vió con sorpresa que solo estaban los morellanos, algunos caballeros nobles, y muy pocos de los vasallos suyos de Segorbe; los de Onda, Castellon y los catalanes se habian marchado á sus casas. Con tan pocas fuerzas temible era, que los de Murviedro, sin el auxilio de los valencianos salieran á sorprenderles, y pasar á Nules, asaltando sus débiles tapias, y vengando la derrota de los suyos. Pero se habian amilanado al ver que un puñado de valientes desafiaron el poder de la Germia, y á pesar de su inferioridad numérica, triunfaron en sus campos.

A pesar de esto, el duque de Segorbe, quiso saber cómo pensaban los caballeros que le acompañaban, y reunió una junta de capitanes y señores nobles, para deliberar la conducta que observar debian, ya que las operaciones del ejército realista del Jucar no ofrecian una seguridad, que pudiera tenerles tranquilos. Algunos de los

señores de la reunion fueron de pensar, que debian establecer el cuartel general en Morella, punto fortificado, que les daria tiempo para reclutar nuevas fuerzas, y reunir las que se hallaban dispersas por esta parte del reino y riberas del Ebro; pero el general duque de Segorbe respondió; que esto seria dar á entender que abandonaban el campo despues de la victoria, como á cobardes, y que era de parecer, que permanecieran en Nules con vigilancia, esperando que los pueblos, desengañados ya de las pretensiones de los comuneros y no viendo en ellos otra cosa, que un motin continuado, que traia el desorden, y la perturbacion en el reino, se habian de armar por necesidad para acabar con aquella conmocion, que tan malos ratos daba á los que tenian que perder. Pero, añadió, que no debian dormirse, sino que se debia procurar reclutar gente y buscar recursos. No pareció mal el pensamiento del duque de Segorbe, y como el estado en que se encontraban no permitía dilaciones, se nombró comisionado para levantar un tercio mercenario á D. Bartolomé Villanova, caballero morellano, que no se habia separado de sus compatricios en las expediciones, portándose siempre como valiente y fiel soldado. Se le entregaron seiscientos ducados para los primeros gastos de enganche, dando la facultad para reclutar un batallon en Morella, pueblos del bajo Aragon, y cuando nó, que pasase Zaragoza á verse con D. Juan Lanuza, y con su apoyo y proteccion reclamar tropas de aquella ciudad.

Las contrariedades que tuvo que superar Villanova y el resultado de su viaje lo dejaremos para el capitulo siguiente, reduciendo en lo posible la narracion de los he-

chos de esta guerra civil, que tantos regueros de sangre abrió en el suelo del reino de Valencia.

